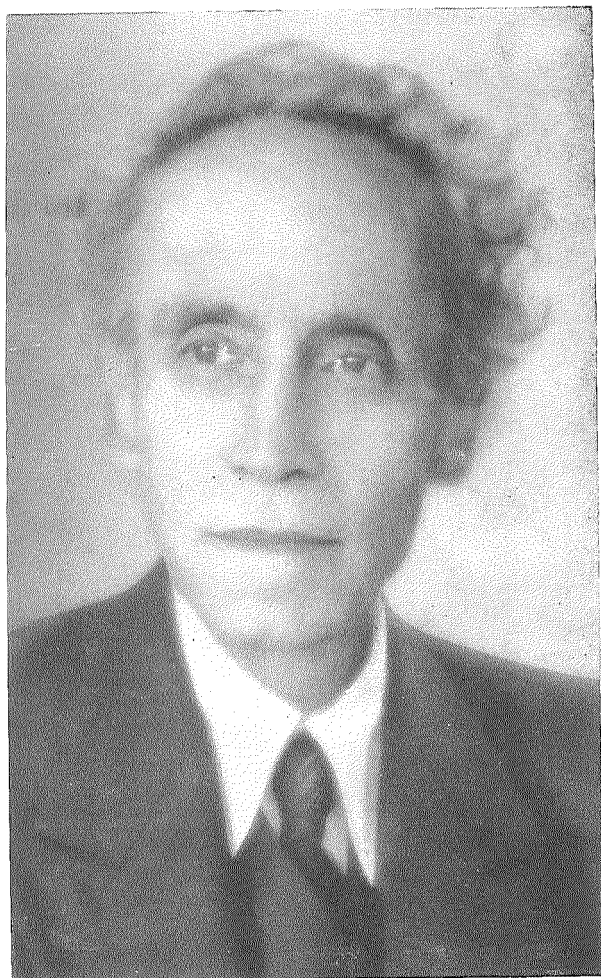




GREGORIO REYNOLDS

GREGORIO REYNOLDS

POESÍAS ESCOGIDAS

FUNDACION UNIVERSITARIA
"SIMON I. PATIÑO"
LA PAZ - BOLIVIA

La Fundación Universitaria Simón I. Patiño haciendo una justa valoración de la personalidad del gran poeta Dn. Gregorio Reynolds, había resuelto financiar la edición de su obra titulada POESÍAS ESCOGIDAS, como un estímulo a su labor y como una consagración definitiva del hombre que en el campo de las letras había conseguido corona de laureles.

Cuando la presente obra se encontraba en prensa, después de corregidas las pruebas personalmente por el autor, el día 13 de junio de 1948 se produjo el lamentable deceso del vate nacional.

Como un homenaje a su memoria, la Fundación Universitaria se permite insertar en esta primera edición de POESÍAS ESCOGIDAS, algunos de los discursos pronunciados en ocasión del sepelio:

- 1º Discurso del Exmo. Señor Canciller de la República Dn. Adolfo Costa du Rels.
- 2º Discurso del señor Alcalde de La Paz, Dn. Luis Nardín Rivas.
- 3º Discurso del señor Fabián Vaca Chávez en representación de La Academia de la Lengua.
- 4º Discurso del señor Augusto Guzmán en representación del Ateneo de Bolivia.
- 5º Discurso del señor Alberto Salinas López en representación de la Fundación Universitaria Simón I. Patiño.

Publicación Financiada por la
Fundación Universitaria "Simón I. Patiño"

Impreso en la Argentina - Printed in Argentine

Imprenta López Perú 666 Buenos Aires

ADIÓS A GREGORIO REYNOLDS

A. COSTA DU REIS

Cuando después de haber disipado en lejanas tierras una niñez que fué toda ausencia, cuando después de haber afilado el espíritu en el dintel de viejas universidades, regresé a la tierra natal en pos de la verdadera *alma mater*, quise conocer a aquellos a quienes podía embargar una inquietud análoga a la mía. Fuí así como pude ser introducido en el cenáculo de "La Mañana", diario levantisco que, a la sazón, dirigía, en Sucre, Claudio Peñaranda, el poeta.

Confieso que me sentí un tanto desorientado entre aquellos diez o doce mocetones que, aunque me acogieron con cierta urbanidad, continuaron, sin preocuparse de mí, redactando sus crónicas diarias, en medio de un fuego graneado de agudezas y de maledicencias. Pocos minutos bastaron para que yo quedara enterado de todos los entreveros de una sociedad, en donde, a la par que el famoso floripondio de Santo Domingo, de perturbadores aromas, florecía el inmortal caramillo chuquisaqueño, de temibles destellos...

Quedé espantado, pero también seducido, por aquel certamen de la inteligencia y del ingenio, en el que sobresalían Claudio Peñaranda y Jorge Medieta; habían otros igualmente sarcásticos, pletóricos de talento, algunos de ellos apenas adolescentes... Sus nombres habrán sido ya recogidos por algún acucioso cronista de la psicología chuquisaqueña que los modernitas de la época pasaron por el tamiz de una cultura francesa de segunda mano. Ese cronista podrá sonreír hoy a sus anchas con las evocaciones de inverosímiles marqueses escépticos, educados por Voltaire, y con aquellos castillos versalles-

cos trasplantados a orillas del Quirpinchaca por obra y gracia de Verlaine, el Fauno ebrio, y de Rubén, el Indio azul.

Un tanto perplejo ante esos seres despiadados, cuya verba demolidora parecía remontarse a los enciclopedistas, busqué dónde refugiarme para observar mejor. Tomé asiento en un rincón, cerca de un hombre un tanto rubio, de espesos mostachos, que parecía impermeable a la algazara reinante. De vez en cuando apuraba, sorbo a sorbo, una taza de té, sin que nada turbara su aislamiento. La mirada de este hombre se elevaba hacia el techo, y, sirviéndose de alguna sortija de humo azul, parecía dar caza a las imágenes de un mundo irreal... A ratos sus ojillos verdosos relampagueaban, mientras, con ademán maquinal, rechazaba en sus mangas unos importantes puños que parecían querer devorarlo las manos... Esa lucha simbólica de un hombre con sus puños se me quedó grabada para siempre en la memoria.

—¿Quién es? —pregunté yo—. ¿Un escritor?

—No —contestóseme—. Es un hombre que lee, que lee desde hace veinte años... Conoce como pocos el léxico castellano... No digamos nada de la gramática. Se ríe de toda la Academia... A veces gusta de corregir las pruebas del periódico... No hay perla que se le escape... Habla poco. Por ello, lo queremos mucho...

—¿Su nombre?

—Gregorio Reynolds.

—¿Ha publicado algo?

—Nada.

La tarea de la noche había terminado. Obedeciendo a ritos preestablecidos, los redactores de "La Mañana" buscaron en el fondo de la temible taza de té con... té, el secreto de la ironía. Y ésta, aquella noche, si mal no recuerdo, se ejercitó a expensas mías, pues, al hacerme ciertas preguntas capciosas a las que contestaba con marcada ingenuidad, muy propia de la juventud, fui yo el blanco de las despiadadas saetas de esos noctámbulos que encendían, en la noche ya de por sí estrellada, los fuegos artificiales de su ingenio.

Al retirarme yo, Reynolds, sin proferir una palabra, me acompañó hasta la puerta de calle. Con el tono apacible de un hermano mayor, me dijo:

—No te enfades. Son buenos muchachos que gustan de chancearse... La *tomadura de pelo* es acá el bautizo de todo escritor... Vete tranquilo, has salido airoso de la prueba...

Aquella voz sorda vibró en mis oídos con un acento de bondad que me impresionó.

Pocos meses después los Juegos Florales de La Paz revelaron bruscamente al gran público el nombre de Reynolds, con profundo regocijo nuestro. Quedó así sellada la fama del poeta, y entre nosotros una amistad que ni los años ni la distancia pudieron amenguar.

Es por ello que hoy, cumpliendo con el mandato de mis camaradas del PEN Club Boliviano, todos escritores amigos, de los que el poeta fué su querido presidente, y con el mandato de la Universidad de Charcas, de la que fué Rector en 1926 y luego doctor *honoris causa*, traigo aquí a Gregorio Reynolds la expresión, no del adiós frente a la noche cerrada, sino el eco de una melancolía atenta frente al silencio, al largo silencio que empieza...

El mejor de nosotros se ha ido. El más puro de los escritores bolivianos de su época, el más completo, el más noble, el más humilde. Y éstas, créaseme, no son apreciaciones circunstanciales; son el grito de la verdad. Es que Reynolds no fué un poeta, fué el Poeta. Vivió por su arte y para su arte. En un país aun hipotecado por una adolescencia recelosa e inquieta, en el que los géneros se confunden, perjudicándose a menudo; en un país en el que la gloriola literaria busca el respaldo de alguna agrupación ideológica, Reynolds halló, por la magia de su verbo y la constancia de una inspiración sin mácula, algo muy difícil de conquistar en nuestros pagos: el respeto. La musa de este ser privilegiado no conoció lo que hoy se ha dado en llamar literatura comprometida. ¡No tuvo más compromisos que los del corazón!

No soy yo quien pueda delinear acá la obra de Reynolds.

Cuando el tiempo concluya su tarea depuradora, Bolivia quedará sorprendida de haberse enriquecido tanto. Que otro, mejor crítico, analice y escudriñe este enriquecimiento. Hablo tan solo del hombre, del artista que, rompiendo los moldes añejos del romanticismo sonoro, pudo captar el alma misma de nuestra tierra. La captó en estrofas musicales que vivirán mientras haya bajo este cielo un ser viviente que comprenda y que sienta. Hermoso, hermoso en verdad es el destino de quien supo y pudo ser el atalaya de nuestras cimas andinas y el intérprete de nuestros paisajes. Abierto y atento a todos los efluvios del horizonte patrio, cantó la ruda belleza del Altiplano, el ardor panteísta de nuestras selvas benianas; se inclinó sobre la árida vida del indio, sobre su choza, sobre su llama... Su verbo compasivo fertilizó la tierra avara, y este descendiente de celtas y de vascos, consiguió dar a su quena quechua, las modulaciones desgarradoras de nuestro viento en las matas de paja brava...

No hubo ser más sencillo ni más bueno. Había en él algo de Tagore y del Poverello de Assis. Tuvo el más hermoso de los genios: el que se ignora. Y para nosotros, servidores del arte de las palabras armoniosamente dispuestas alrededor de una idea, su vida fué una enseñanza. Sirvió a la belleza y supo hallarla en los temas más humildes; sirvió a la Patria y supo exaltarla en sus ímpetus más nobles. ¡Qué más puede desear un hombre que ser el vocero de todo un pueblo, el Vate, es decir, el anunciador!

A nuestro regreso al solar patrio, hace algunos meses, contemplamos con dolorosa sorpresa la marfileña figura del poeta, ya medio esculpida por la Eternidad; presentimos, sobre su rostro enjuto, que parecía derretirse como una cera —mientras la frente se agigantaba— la sombra de un álamo invisible donde modulaba ya el cuervo agorero del ocaso. Me habló —hace apenas dos semanas— del destino del hombre y de su fragilidad, con el real desprendimiento de un Príncipe de Dinamarca es que ya sabía que el problema “de ser o de no ser” había quedado resuelto para él, con el aporte de sus canciones...

Y ahora que me sea permitido depositar sobre este corazón aquietado, albergue de los más puros ideales, la medalla de divina arcilla que otrora sus dedos modelaron. Es tan solo un soneto: ¡catorce versos! Bolivianos, hermanos de la puna y del valle que me escucháis, grabadlos en vuestro espíritu. Pocas veces el idioma castellano ha servido para eternizar mejor el alma misma de nuestra tierra adusta, pero maternal. Escucha Reynolds; es tu propio genio el que te arrulla y se despide:

LA LLAMA

Inalterable, por la tierra avara
del altiplano, ostenta la medida
de su indolente paso y apostura
la sobria compañera del aimara.

Parece, cuando lánguida se para
y mira la aridez de la llanura,
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara.

O erguida la serviz al sol que muere
y de hinojos, oyendo el miserere
pavoroso del viento de la puna,
Espera que del ara de la nieve
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna.

La Paz, junio de 1948.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
ALCALDE MUNICIPAL DE LA PAZ,
SEÑOR LUIS NARDÍN RIVAS

Señoras y señores:

Traigo aquí, en esta triste y luctuosa hora, el sentimiento del pueblo que acogió al ilustre poeta durante muchos años y que al final le dá su tierra para tumba; ante su cuerpo cubierto por el velo de la muerte, rindo emocionado homenaje al artífice del verso, que anidó en su alma infinita grandeza. Y ante la obra imperecedera de Reynolds, pongo en expresión de tributo, la admiración de esta ciudad que le fué tan grata por sus virtudes cívicas y porque en ella encontró la síntesis de su pasión: LA UNIÓN DE BOLIVIA.

En esta ciudad de encuentros y de incesante laboriosidad, Reynolds, disfrutó del halago de todas las latitudes y palpitaciones de la Patria, y por eso quedó aquí, a reposar sus años coronado de lauros y cerrar su obra vibrante con las últimas inspiraciones de su alta poesía.

El grande hombre, productor de estéticas emociones, amó a su Patria con el amor fortalecido por la inteligencia; fué maestro y como tal su verbo o su sola presencia dictaron lecciones de dignidad que no se olvidan; predicó con el ejemplo enseñando a ser humildes, patriotas y ser gratos a Dios por las vías de la sencillez y el respeto de las normas humanas.

Fué diplomático y en esta tarea difícil en que una incomprensión puede ser funesta para la propia tierra, puso en evidencia su talento y tuvo la satisfacción de ver cómo con la jerarquía de su espíritu y la belleza de sus expresiones, hizo tanto por Bolivia en el extranjero.

Fué poeta; sobre todo poeta. Produjo asombro colectivo con la mágica composición de los términos elaborados épicamente para cantar a la Patria. Narró sonoramente la gesta de Bolivia. Siguió al compás del tiempo marchando sobre siglos, la historia apasionada de su tierra; y la hizo más grande con su voz

ardiente, de trovador en éxtasis. Y al final, para sellar la cadena de méritos y glorias, pulsó la significación de las más ardientes ideas y cantó elogiando a la Paz, en homenaje que le dió admirativo afecto, la epopeya del 21 de Julio. Él supo el justo valor de ser libre, porque no hay poder humano que impida el nacimiento de las superiores manifestaciones, y como quiso para él esta libertad, generoso y justo no dejó nunca de luchar por ella en beneficio de los demás.

Aquí vivió las horas del crepúsculo, aquí se apagó la lámpara de su existencia; pero también aquí, en esta ciudad que le abre su seno para brindarle una tumba, se levantó el sol de la inmortalidad que alumbrará la obra maravillosa del gran poeta.

Esa obra, campana argentina que repicó muchos años recordando el deber de cultivar todas las formas de dignidad y belleza, tañe hoy en la jornada doliente, que del final de una existencia brote nueva vida y que la obra del hombre sirva de ejemplo a las generaciones presentes y venideras para que ellas en afán creador aspiren siempre a llegar a las altas cumbres de la superación humana.

DISCURSO DEL DOCTOR FABIÁN VACA CHÁVEZ

Señor presidente de la república, señoras y señores:

Como en la despedida de Gorgias —de la parábola de Rodó— venimos a ajustar la última rosa en la corona de la vida de Gregorio Reynolds. Por mandato de los hombres, Gorgias debía morir con la postrera luz del día y sus discípulos enjugaban una lágrima cada vez que consultaban la altura del sol. Los amigos del poeta que acaba de morir, por disposición del destino, le vemos partir envuelto en los resplandores de un atardecer radiante de gloria. Con la misma serenidad del filósofo griego, él ya dijo su último brindis:

"Muerte, borra el dolor
de la carne y el alma;
Te espero como al amor;
..... más que al amor aún... Dame la calma.

Te siento ya, te acercas, sí, me ofreces
el descanso infinito
que pedí tantas veces
a tu piedad... Ahito,
de todo goce el corazón se enfriá".

Y el poeta se ha ido, pero después de habernos dejado repleto el cofre de su poesía, que fué una veta inagotable. Porque eso —un soñador y un artista— y nada más fué Gregorio Reynolds: un gran poeta, un excelso cantor de la belleza y de la vida, un corazón de niño, un alma transparente y luminosa, que hizo del amor y del arte los más potentes faros de su existencia. Tampoco tuvo necesidad de otros títulos ni de otros recursos para imponerse al cariño y a la admiración de sus contemporáneos. Todos ellos —bolivianos y extranjeros— vieron en él al bardo eminente y —cosa tal vez única en nuestro medio— él que subió tan alto en alas de su inspiración, o acaso por eso mismo, no concibió jamás las muecas de la envidia ni sintió las dentelladas del odio.

Vino de la Charcas nativa trayendo en el alma el fulgor de sus noches de luna y en el cerebro la aristocracia de su ancestro intelectual, para cosechar acá, en la altiplanicie, los primeros lauros de su carrera literaria. Y acá quiso acabar sus días, en medio de los laureles que brotaron a su paso, no sin antes haber pagado al Ande su deuda de amor y de gratitud en versos insuperables de belleza y de sentimiento.

Un camarada de Reynolds —el malogrado poeta Bedregal— dijo de él:

"Canta el amor en tu alma sonora y transparente
con la amplia y rumorosa frescura de la fuente
en que bebió tu hermano San Francisco de Asís".

Y así fué. De igual modo que la vida del "poverello" no fué sino una oración, la de Gregorio Reynolds fué solo un poema, un poema al que sólo la muerte ha podido poner el punto final. De él es esta estrofa que traduce la suprema aspiración de su espíritu:

"Vivir sin hacer daño,
morirse de repente,
son la envidiable vida
y la envidiable muerte".

O esta otra que denuncia a un mismo tiempo su ascendencia moral y el escepticismo que en veces torturaba su alma:

"Jesús... Jesús... ¡Con qué inefable arrobo
San Francisco de Asís dice tu nombre!
Piedad, Jesús, para el hermano lobo,
para el hermano lobo que es el hombre!"

Pero dejemos este camino, que puede llevarnos muy lejos, y vayamos al objeto que me ha traído a este lugar. La Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, no podía estar ausente en esta ocasión. Se va con Reynolds el más ilustre de sus miembros, aquel que por derecho propio ocupaba el primer lugar entre los cultores de las letras nacionales. Su obra, su inspiración, su pleno dominio del habla castellana le habían señalado un puesto en el cual será insustituible el vate desaparecido. Era; es, mejor dicho, el poeta máximo de nuestra literatura. Conoció todos los secretos del idioma. Trabajó sin descanso durante más de treinta años, como ningún otro escritor de Bolivia, cantando a las glorias, las bellezas y todo lo que se relaciona con la patria. Y cual si hubiera sentido su próximo fin, trató de arrancar en los últimos tiempos, del venero de su imaginación, la mayor suma de poesía. Gran parte de ella queda aún inédita, igual que un tesoro, que es el más rico legado de su obra maravillosa y de su vida ejemplar, toda ella consagrada al arte.

Azarosa como ha sido la vida de nuestro país y por muy grande que sea nuestro optimismo en la hora actual, no nos es dable presagiar las sorpresas que nos depara el porvenir. Pero, por encima de todo, por sobre todas nuestras contradicciones y peripecias, los versos de Reynolds seguirán transmitiendo su emoción a través de las edades futuras, tal como la poesía de Homero ilumina todavía el horizonte de la Grecia inmortal.

Señores: Más que al borde de una tumba nos encontramos hoy ante el dintel de la inmortalidad. ¡Paso al espíritu de Gregorio Reynolds!

DISCURSO DE AUGUSTO GUZMÁN EN LOS FUNERALES DE GREGORIO REYNOLDS

Distinguida concurrencia:

Este invierno ha enlutado las letras bolivianas y el espíritu está de duelo. El día de la muerte del poeta fué un domingo helado, húmedo, triste y sombrío. Cayó, sin defensa posible, el árbol más alto, más coposo, más florido y frutecido de nuestra lírica. En sus ramas, de multicolor follaje, se cruzaron todos los vientos para cantar el himno polifónico del arte y de la vida. Así Gregorio, fué el poeta más completo, el poeta más poeta de su tiempo.

No conoció la decadencia, melancólico crepúsculo del creador cansado. Sus últimas producciones mantienen el prestigio y la vibración rotunda de un estro sin desmayo. Su obra no yace dispersa. En su rica variedad expresiva se proyecta con nitidos contornos: logro de voluntad y pensamiento. Apagados los ojos, mudos los labios, yerto el corazón, rota la lira del cantor potente que anduvo entre nosotros, ronda en torno de este duelo la resonancia inmortal de sus versos que hablan de renacimiento en los propios umbrales oscuros de la muerte.

No habrá gozado mucho de comodidades materiales. Su sen-

da fué siempre estrecha y modesta, sembrada de tropiezos al paso de sus necesidades. Pero conquistó el afecto y la admiración de sus contemporáneos. Limpida nombradía y ejecutoria sin mácula. Consuelo de mortales.

Su obra es una prolongación de su vida con dimensiones de perpetuidad. La muerte del hombre no apareja la del poeta. Así el término fatal de la agonía y del afán de lucha, se ilumina en este trance con fulgores de gloria. Y no es gloria póstuma la suya, tardío descubrimiento, consagración demorada por la indiferencia de los hombres. No. Reynolds muere con la corona de laureles sobre las sienes cavadas por las vigiliass del arte. En esto hay un descargo de conciencia que nos libra del arrepentimiento. El gran poeta de la vida, del amor, de la naturaleza, del dolor y de la muerte; el esteta de los sueños esculpidos en poemas inolvidables, desciende a la tumba bajo los ojos abiertos de la Justicia, que muestra, en su balanza, rutilante legado espiritual, maravilla y deslumbramiento: el tesoro mágico del artista.

En el Parnaso su talla es inmensa. Tiene la estatura del Maestro. Y su destreza, es un ejemplo de disciplina estética ceñida en rigor implacable por alcanzar lo perfecto. Ciencia y paciencia de benedictino.

"El Cofre de Psiquis", lección de claridad y de armonía. Excelsitud de forma y compresión emotiva. Ánfora de licores dionisiacos y corola de perfumes apolíneos. "Horas Turbias", ramillete escarchado de lágrimas furtivas, introspección aguda, desvelo, angustia. Sentimiento trágico de la vida. Amor en los brazos de la tristeza nocturna Juventud crucificada en madurez. "Redención", el canto épico a la raza, poema de gran aliento en que se entrelazan inspiración y estudio. "Prisma", filosófica vendimia servida con donosura. Amargo zumo del saber doliente. Apretado racimo de síntesis reflexiva. "Beni", canto a la selva amazónica, descripción animada de la Hileá, soberbio poema de sostenida y pujante fuerza en que se siente la primitiva grandiosidad del trópico boliviano. "Camino de locura", impresionante presentación de la inquietud codiciosa

y agresiva que precedió, en Europa, a la segunda guerra mundial, "Tunari", homenaje a Cochabamba, elogio del valle y del alma quechua. "Illimani", visiones altiplánicas, la nítida belleza de las alturas.

Apenas si menciono la obra monumental de Gregorio Reynolds. Generación y descendencia de espíritu. Junto a ella, demos el adiós a sus restos mortales. Que ellos descansen, venerados, en la madre tierra boliviana que amó su ancho corazón de poeta y exaltó su verbo musical y luminoso.

Interpreto, en este acto de condolencia, el cordial homenaje del Ateneo de Bolivia.

AUGUSTO GUZMÁN

DISCURSO DEL DR. ALBERTO SALINAS LÓPEZ

Señoras, señores:

A nombre de la Fundación Universitaria Simón I. Patiño y por especial encargo de su Directorio, quiero decir unas palabras en esta oportunidad en que el sentimiento boliviano expresa su dolor por la muerte de Don Gregorio Reynolds, poeta excelso que en floración magnífica, ganó para la Patria honra y gloria en las batallas del espíritu, del talento y la inspiración.

Reynolds en vida, tuvo la bondad del pan de su canto, la ternura de sus madrigales, la nobleza del vino de sus poemas, la hidalguía de sus himnos y la grandeza múltiple e infinita de sus sonetos de fuego, de sus sonetos de seda, de sus sonetos de bronce, de sus sonetos de cristal.

Ciudadano austero, patriota de verdad, cinceló su vida con la sencillez del niño y con la resignación del santo, y nunca tuvo un lamento ni una imprecación; sus triunfos no le envanecieron, los reputó siempre cortesías del Destino, galardones para la Patria y blasón para los suyos.

Reynolds poeta, en la cumbre de su triunfo literario, coronado por su pueblo, por Bolivia que tanto amó y a la que quizo encarnar en sus sueños infantiles, no se irguió prepotente con orgullo olímpico, respondió a la vida con gesto humilde, con ademán de santo y postura de patricio.

La Fundación Universitaria Simón I. Patiño tiene la suerte, que acaso después constituya un orgullo, de haber recogido las mejores poesías del vate nacional seleccionadas por él mismo, que después de pocos días circularán bellamente editadas como el mejor homenaje a su memoria, como el legado selecto de su gran producción.

"Para la muerte y de la muerte somos
Somos de la tierra,
De ella nos nutrimos,
Volveremos a ella".

Así dijo un día con cristiana resignación y se entrega a la muerte y vuelve a la tierra; de sus despojos emerge un lampo de luz, en los corazones hay un sístole de angustia y un diástole de pena. La Patria está de duelo, en su ciudad natal doblan las campanas con ritmo de lamento, el poeta querido, el poeta admirado asciende por el camino de sus versos en un soneto de eternidad, para decirle en el cielo al divino Maestro, al dulce Rabí su primer verso blanco con metro de gloria con canto de ángeles y rima de perennidad. PAZ EN SU TUMBA, el epitafio queda esculpido en el alma de Bolivia y su recuerdo en el corazón de los bolivianos.

La Paz, 15 de junio de 1948.

ALBERTO SALINAS LÓPEZ
Secretario General

DEL LIBRO
"EL COFRE DE PSIQUIS"

LOA AL REY DE LAS QUIMERAS

Gloria a ti, gran señor a quien venero,
loco ejemplar, divinamente humano,
de Francisco de Asís eres hermano,
y hermano de Don Juan, el pendenciero.

Necesitan, señor aventurero,
tu amparo la mujer, tu odio el villano,
y eterno Rocinante, el vulgo vano,
tu luciente espolín de caballero.

Compendias a Jesús y a Don Rodrigo
de Vivar. . . Los poetas, cuando sales
ávido de imposibles, van contigo,

porque el gran don Miguel te hizo en sus males,
consejero leal y buen amigo.
Tú por él y él por ti sois inmortales.

LA LLAMA

Inalterable, por la tierra avara
del altiplano, luce la medida
de su indolente paso y su apostura,
la sobria compañera del aymara.

Parece, cuando lánguida se para
y mira la aridez de la llanura,
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara.

O erguida la cerviz al sol que muere,
y de hinojos, oyendo el miserere
pavoroso del viento de la puna,

espera que del ara de la nieve
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna.

EPITALAMIO

Junto a la linfa, entre laureles rosa,
insinúa su halago el cisne augusto,
y bajo el palio del propicio arbusto
entreabre los muslos de la diosa.

El cuerpo tibio y palpitante posa
como en la comba clásica de un busto.
sobre el seno en pentélico, venusto,
donde la línea ondula victoriosa.

Y en el instante en que pasmado queda,
y alarga, serpentino, el cuello suave
por los rígidos pechos, siente Leda

en su entraña la olímpica simiente,
y absorta de placer, oprime al ave
que se extenúa cadenciosamente.

LA CABEZA DEL PRECURSOR

¡Con qué flexible levedad felina
trenza su baile Salomé...! Parece
que ondulando, espasmódica, obedece
al influjo de un ansia libertina.

Es la mujer en flor, semidivina,
que en imperiosa súplica enardece;
es el cuerpo intocado que se ofrece
a la concupiscencia masculina.

Y su relampagueo policromo,
y su olor, y el olor del cinamomo,
enajenan a Herodes epicúreo

que, temblando, rendido a la belleza,
mira entre un chorro cálido y purpúreo,
aparecer la bárbara cabeza.

DECADENCIA

Entre música y flores la Corte se divierte:
luciendo ambíguas formas, un efebo camina,
y con invitadora sonrisa femenina,
el vino de Falerno en áureas copas vierte.

Turbados los sentidos por el perfume fuerte
que dan los pebeteros, con laxitud felina
en suntuoso triclinio se recuesta Agripina,
y sueña que la aguardan el poder y la muerte.

Pensando en Alcibiades, en Platón, en sí mismo,
el ático Petronio platica sobre ciencias,
y en sus labios sutiles florece el humorismo.

Y en el ambiente cálido de capitoso aroma,
Nerón compone versos de indolentes cadencias
para cantar el vuelo flamígero de Roma.

LUCRECIA BORGIA

¡Oh, el perverso prestigio, la malsana
floración del orgullo, y el divino
veneno del pecado, bajo el fino
cuerpo de la princesa cortesana!

Ella fué la mirífica fontana
para el pródigo duque Valentino;
el placer familiar y libertino
en la mansión católica y pagana.

Fué diosa en los Estados Pontificios,
y cuando César se lució en España
con la plenipotencia de los vicios,

sintió, prístina sangre del incesto,
el regresivo fermentar funesto
de la progeñe en su sedienta entraña.

AQUELLAS NOCHES...

Cafetín con gramófono: fracturada armonía
que repitió, implacable, su plebeyo cantar;
nervios atormentados que el chirrido mordía
en una sinuosa cosquilla medular.

Y la nébula amarga del ajeno en la fría
y traslúcida fiebre de los ojos de Agar,
ojos casi niqtálopes, sonámbulos, que un día
clavados en los míos echáronse a llorar.

Espejos en la sombra fantasmales y turbios,
y luego por la lúgubre quietud de los suburbios,
el fortuito encuentro con alguna mujer

de escurridizos pechos y blandicie rastrera...
Y el alejarme solo, y el paso por la acera,
furtivo, de aquel alguien que nunca pude ver.

NO ANALICES, POETA...

No analices, poeta... Vive, aspira,
deja al alma su equívoca ventura,
si estar enamorada se figura
de una mujer que finge que suspira.

Que te ciegue el amor, y que tu lira
eleve un himno a la ilusión perjura.
¿Qué te importa el futuro y su impostura,
si hasta para ti mismo eres mentira?

Si en la eterna promesa de la hora
que va huyendo, te ofrece, tentadora,
la hermosura su rosa de alborada,

engaña a la embustera Primavera,
pues acaso a mitad de la jornada,
se encontrarán la muerte y tu quimera.

CRONOS

Viejo reloj de cuco del estante,
al oírle evoqué mi tarambana
vida de niño, tanto más cercana
en el recuerdo, cuanto más distante.

Amenguó mi sufrir perseverante
y distrajo la murria cotidiana,
ese viejo reloj de filigrana
que para siempre se paró un instante.

¡Oh, pulsación del tiempo! Sus latidos
no me hablarán ya más de los floridos
días de ayer. Mí corazón desea,

péndulo del dolor —aciaga suerte—,
que el ritmo arcano de mi sangre sea
detenido de pronto por la muerte.

PANTEÍSMO

Yo quiero de tus lágrimas el póstumo tributo,
en gracia de lo mucho que por tu amor sufrí,
el día en que siguiéndome con paso irresoluto,
al camposanto vayas para volver sin mí.

Al convertirme en árbol, te ofreceré mi fruto.
Será mientras existas mi sombra para ti...
Después, cuando a mi vera, cual mármol impoluto
reposes, mis raíces han de abrazarte allí.

Bajo mi savia —¡oh virgen!— tu carne toda en germen,
ha de surgir de nuevo con todos los que duermen
en subterráneo génesis el sueño vegetal...

Y al envolver mi tronco tu floreciente traje,
arriba, luminosas, en el etéreo viaje,
daránse nuestras almas el beso sideral.

A UN CADAVER

"Todos morir habemos. Hasta mañana hermano",
musita el Egoísmo. Le comprendes quizás...
Cruza tus manos rígidas sobre el signo cristiano,
y transido de miedo, se te pone detrás.

Y con rumbo a la fosa, bostezo del arcano
que pronto ha de cerrarse para siempre jamás,
con rumbo al tenebroso dominio del gusano,
adonde iremos todos, con otros pies te vas.

Tu sangre corrompida —la vida está en la muerte,
en el crisol enorme que todo lo convierte—
será purificada debajo de una cruz.

Nutrirá las raigambres del rosal y la encina,
y luego, en las alturas, en conjunción divina,
será efluvio tu carne y fu espíritu luz.

CONFORMIDAD

Sin razón y sin rumbo, llevé mi aduar
de anhelos desdeñados, por eso estoy
cansado del camino por el que voy
y sin saber adónde podré arribar.

Para sudario tengo —pobre juglar—
harapos de oropeles de ensueños... Hoy,
sin fúnebres guirnaldas y sin convoy,
quisiera que me lleven a descansar.

Tesoros de utopías mi alma sonámbula
ha entregado a la vida, vieja funámbula
que me ha ganado al juego mi corazón.

Y por eso a la vera de este sendero,
maltrecho y resignado la muerte espero.
¿No será la suprema desilusión?

ENVÍO

(Para Adela)

Nervios y sangre y lágrimas, mi canto
fué muy sincero porque fué vivido.
Templado a fuego, un verso es un latido
de este mi rudo corazón de amianto.

Hoy que por tu cariño sacrosanto
mi corazón ha sido redimido,
—promesa del edén— presiento el nido
en el refugio de un jardín de encanto.

Mi loca juventud se desentume.
La esperanza amanece. Es un perfume,
es la ofrenda nupcial que ha de embriagarte

por virtud del amor el arte mío;
pues, por gracia mirífica del arte,
amor es una flor que yo te envío.

EL ENVIDIOSO

Es el áspid del odio, repulsivo,
porque lo grande de la vida ajena
va gravitando en él como una pena
que enturbia en bilis su mirar furtivo.

Rencoroso, se ensaña sin motivo
en la reputación del que envenena.
Tiene el feroz instinto de una hiena
y la torva humildad de un perro esquivo.

Felón, rehuye toda franca lidia;
si está frente a su víctima, la alaba
en frases que son dardos de perfidia;

para herir mansalva, va de hinojos,
eludiendo el mirar, porque su baba
le sube amargamente hasta los ojos.

DEL LIBRO
"HORAS TURBIAS"

VOCES DE LA FIEBRE

Ha buscado un refugio en el pasado
mi corazón roído por el tedio,
y en plena soledad abre las alas
mi espíritu bohemio.
Vienen a mí nostalgias de ilusiones,
tenues perfumes de marchitos pétalos...

Pero entre las amables añoranzas,
los violines histéricos
que amó Verlaine, preludian un motivo
galante y fúnebre: Su trémolo
rige, ceremoniosamente, una pavana
de marquesas y abates esqueléticos.

Luego se acerca, petulante y pulcra,
la musa gata de pelaje eléctrico
que inflamó a Baudelaire, y fosforecen
—brazas de sortilegio—

sus pupilas preñadas de pecados,
de perversiones y de vértigos:
la musa medular de la vesania;
la que en transportes epilépticos,
descoyuntándose, arañando,
mayando de placer provoca el tétano.
Y son artificiales paraísos,
flores del mal, plegarias de los réprobos,
lúbricas oraciones que estremecen
como un roce epidérmico.

De súbito, lejano y pavoroso,
brota un graznido présago.
Alguien en la penumbra
desacompaña el péndulo.
Mi corazón se sobresalta.
Alguien está muy cerca y no le veo.

Tenebroso, girovago, letárgico,
despégase del muro un gran murciélago.
Bajo el tenaz vaivén desesperante,
bajo el torpe aleteo,
la llama de la lámpara titila
y todo se hace trémulo.

Es imposible reposar. Un frío
sutil se escurre por los tuétanos
y va hasta el alma con la idea fija.
Crujen los muebles tercamente. El trépano
de la carcoma repercute
en mi cerebro hiperestésico,

y la obsesión, aguja de fonógrafo,
rasca igual tonadilla en su perpetuo,
obstinado girar sobre la placa
sensible de la mente... ¡Oh, poner término
a este áspero són
que destempla los nervios...

Un insólito soplo
—ráfaga del misterio—
apaga mi lámpara.
Se abren las puertas en silencio.

INCERTIDUMBRE

Peregrino,
está oculto entre sombras nuestro sino.
y será siempre el porvenir
ilusión de partir
y desencanto de llegar.
Vamos, vamos andando...
¿Adónde vamos?... Llegaremos ¿cuándo?...

¡Oh, aciago azar
de ir arrastrando penas sin rumbo y sin camino...
y sin camino caminar!
Luctuosa y pesada es la jornada.
Nuestras almas se angustian y sangran nuestros pies.
Hoy no sabemos de nosotros nada.
¿Lo sabremos después?

El dolor está unido a nuestra suerte;
nunca nos dejará.
Nos acompaña hasta la muerte;
tal vez si más allá.

¿CUÁNDO?

¿Qué podría librarnos de este horrendo
tener miedo a no ser y a seguir siendo?...
Un poco, un poco nada más, de calma,
de olvido de nosotros mismos... ¿Cuándo
podremos reposar?... El alma
cansada de esperar, sigue esperando.

No nos deja un momento
este esperar constante de la vida
atormentada por el pensamiento.

¿Cuándo será nuestra postrer partida?
¿Cuándo podremos aliviar la mente
de su inquirir profundo?
¿Cuándo cerrar los ojos a este mundo
definitivamente?

RETRATOS ANTIGUOS

Borrosa transparencia de los viejos espejos,
tic-tac del tiempo que huye segundo tras segundo,
medroso ambiente que hace que los rostros perplejos
en los cuadros despierten de su sueño profundo.

Hay sonrisas irónicas y graves entrecejos;
hay hipnóticos ojos que acusan un rotundo
poder de pensamiento. Nos contemplan de lejos,
nos miran de muy hondo, de más allá del mundo.

Nos siguen, nos persiguen, nos vigilan con una
fijeza alucinante y, en tanto que la luna
de tal cual cornucopia copia ceños adustos,

Se entregan nuestras almas a las que en cautiverio
viven dentro las telas de retratos vetustos
una inquietante vida perdida en el misterio.

PUBERTAD

En el jardín recóndito de Armida,
bajo el viril deseo que le acosa,
para el adolescente es una diosa
la mujer, la deseada, la temida.

Al núbil corazón infunde vida,
como Febo al capullo de una rosa,
la sensación medrosa, temblorosa
y deliciosamente presentida.

Con su ardiente y salobre olor a siembra,
a sangre, a bosque, a mar alborotada,
esfinge viva yérguese la hembra,

y sonríe al mancebo, que se abate
al verla de peligros erizada
como una fortaleza en el combate.

VIAJE

¡Te vas, amor!... Entre la mar dormida
y la tristeza diáfana del cielo,
miro el breve aletear de tu pañuelo
que prolonga la tierna despedida.

Te vas, amor, llevándote mi vida
y dejando en mi espíritu el recelo
de ya no verte más, el sin consuelo,
el constante dolor de tu partida.

Brota una estrella en el azul... Como ella
será en mi alma tu recuerdo: estrella
de perdurable luz, de luz suave...

Extínguese el ocaso... En lontananza,
perdiéndose, meciendo mi esperanza,
con un leve vaivén se va la nave.

CISNES Y CUERVOS

¡Pobres poetas los de hoy día!
Nuestra vida es un haz
de nervios torturados por la histeria,
nada más.

Suspiramos por la romántica,
feliz ingenuidad
de aquel buen tiempo en que Natura
era un filón de inspiración... No hay
para nuestros espíritus esclavos
del eterno quizá,
sino exprimir de las neuronas médula
con loco afán.
El arte es rígido, anguloso,
atormentado, cerebral.

Ya todo nos aburre. Nos agobia
irremisiblemente el *surmenage*.

Las cosas no nos dicen nada,
y estamos fatigados de buscar
una emoción cualquiera que sacuda
nuestra apatía sensorial.

¡Oh, las bellas leyendas escuchadas
en la casona familiar;
los cuentos de hadas y de gnomos
y de infantas que un genio infernal
sumió en encantamiento; las proezas
de Amadís, Lancelot y Cristalián,
quienes en libros de caballería
hubieron mayor fama que Goliat!

¡Oh, las veladas patriarcales
del hogar!
¡Con cuánta nostalgia evocamos las épocas
de arrobo sentimental:
Carlota y Werther —los anhelos castos
que hicieronnos llorar—;
los prometidos de Verona
—balcón, escala, alondra matinal—;
Ofelia desolada, enloquecida
—flores, luna, laguna especular—;
Desdémona y Otelo
—fervor, plegaria, trágica ansiedad!—
¡Oh, juventud gozosamente ilusa
que no retornará!

En este siglo rutinario
todo es hostil, todo es brutal.

Estamos bajo el dominio
de un ciego autócrata juglar:
Nerón de comedieta
ridículo y venal,
de imponderable, de inefable.
de execrable perversidad.

Es el señor Tantos por Ciento,
cursi nabab,
el que impone por todas partes
su irreprimible fatuidad.
Acapara los arrumacos
de la dama de la *high life*
y los aplausos del gomoso,
espécimen de necedad
que rinde pleitesía al minotauro
de la opinión social.

Hoy va erigiendo el rey Cretino
a la Estulticia un alto altar
en sus estados del *far-west*
del *Manathan* municipal.
Hoy es Moloc el dios del orbe
y su profeta el tío Sam.

También celebran sus victorias
Caín, Calíban y Arimán:
Con la anarquía terrorista
de Dantín, Robespierre y Marat,
las hordas ácratas oprimen
al pueblo sin luz y sin pan.

La ola plebeya nos inunda
con el cieno del arrabal.

El vampiro, el cerdo y el pulpo,
en diabólica trinidad,
imprimen su sombra funesta
en el cielo, en la tierra, en el mar,
el corazón lamido por el tedio
como por un gusano contumaz,
siente que poco a poco se le infiltra
un sedimento de ruindad.

Con su veste inconsútil, etérea,
la cándida sombra tutelar
del Nazareno, esfúmase en perfume
por las praderas de Galaad.

Sin doctrina, sin fe, sin camino
corremos al azar
—pobres muñecos del absurdo—
soportando el dogal
de Edipo rex aniquilado
por la fatalidad.

Ya no es heroica la locura,
ya nadie alienta un magno ideal:
Lohengrin y Don Quijote
y Luis de Baviera habrán
de verse olvidados por todos,
y pronto nada quedará

de las coplas enardecidas
de Cyrano de Bergerac,
aquel de la triste figura,
temerario como Artagnan.

Sir Walter Raleigh y lord Buckingham
y Juan de Tarsis no son ya,
con el chambergo empenachado
del gentil burlador Don Juan,
los árbitros de la osadía
y la severa urbanidad.

Entre bursátiles enredos,
hombres de espíritu fa az,
tartufos impertinentes
de monóculo y frac,
sentaron reales en el mundo,
en el gran mundo de Falstaff.

Todo es grotesco ahora,
todo trivial.
Mercurio, Jano y el Buey Apis
rigen la prole de Adán.

Las suntuosas acrópolis —Atenas,
Babilonia, Bizancio, Bagdad—
y su admirable decadencia antigua,
son juzgadas no más
que por sus vicios cautivantes,
no por su grandiosidad.

La floración maravillosa
de una cultura secular:
los plácidos jardines de Academus
—sapiencia y amenidad—
son desdeñados hoy en día
por la canalla comercial.

Clausúranse los consistorios
del bel trovar,
y fachendoso y hueco y cacareando
cabe las ruinas del corral
de la Pacheca, esponja su plumaje
el gallo galo de Rostand.

Estruja el doctor Sangredo
la linda rosa de Ronsard,
y el doctor Max Nordau asegura,
rebotante de vanidad,
que el genio es caso de clínica,
y hace el diagnóstico mendaz
analizando, estilizando,
clasificando al inmortal.

Predicó Nietzsche en el desierto
su religión de voluntad.
(El superhombre fué Leonardo
de Vinci... ¿Quién le alcanzará?)

Fenicia —Norte América—
la del sentido impersonal.

compra músicos, bardos y pintores
de actualidad,
y va formándose una insípida
estética popular.
Se regodea Yanquilandia
en sórdido solaz,
a intermitencias de su fiebre
fabril y habitual.

Oteadas por la hidra, las tres Gracias
huyeron del hespérico pomar.
La hidra es el burócrata hechizado
por los frutos de áureo metal.

En los concursos de belleza
del bulvar,
Helena, la tindárida,
se muestra al tribunal
de ginecólogos pintada
igual que una mujer de lupanar.
La hermosura es ahora dudosa
porque no es natural.

El beso paradisiaco
de la hurí del Islam,
el elixir del viejo Fausto
y el milagroso fontanar
de Juvencio, han mermado
en virtud esencial.

Triste es vivir en esta fútil,
abominable edad

que insulsamente ha complicado
hasta el pecado original.
Las mariposas de Virgilio,
desde sus matas de arrayán,
alzaron el vuelo y posáronse
en la rocalla del erial.

Ya Salomé, la torva danzante,
no es armoniosa. Jokanín
al verla hoy no temblaría
de pavor, de horror sensual.
Exasperado y lúbrico y monótono
su meneo en el fox y el jazz
es epiléptico, galvánico,
desconectado, medular.

Petronio y Alcibíades
no se reencarnarán
en grandes almas como fueron
la de Verlaine, la de Oscar Wilde.

El dilecto efebo bitinio
dejó la púrpura imperial,
y ostenta su faca de apache
y su sonrisa de rufián.

Ya no juegan Brantôme y el Arcipreste
con el simbólico carcaj.
La airosa capa de antaño
y el misterio del antifaz

en la rumbosa donosura
de la gran dama y del galán,
lucen hogaño en intriguillas
del vulgo imbecil y procaz.

Áretino, Bocaccio y Casanova
con ojos irónicos verán
a quienes Caronte se lleve
precitos por culpa carnal.

Carece de refinamientos
la crueldad:
Colonna, Sforza, Borgia, Médicis,
almas de gavilán,
condotieros aventureros
de impetuosa actividad.
conquistaron con sangre el poderío
para robar, folgar y torturar.
En sus orgías turbulentas,
desde el palacio al lodazal,
arrastraban briosos y casullas
de brocado, felpudo y gorgorán.
Generosos y vengativos,
iban lo mismo al bien que al mal.

Apagaron su hoguera alucinante
Torquemada y Domingo de Guzmán.

Pasó el olímpico Cellini
con su grandeza criminal,

pasó el sutil Olivereto
con su soneto y su puñal,
pasó el divino César Borgia
que fué un gran César imperial.

¡Oh, la vida amorosa y luctuosa
de Margarita de Valois;
la de Renato el Florentino
que escanciaba el nepente letal;
la de Cagliostro, el celeberrimo
embaucador, el que a Satán
y a Zoroastro conocía
y sabía el trazo eficaz
del salomónico círculo mágico,
el horóscopo astrologal,
la taumaturgia cabalística
y el ensalmo en el talismán!

En prestigio vienen a menos
la epopeya y el madrigal.
El águila y el gerifalte
y el ruiseñor del encinar,
en los castillos berroqueños
disecados perdurarán.

El roquero romance de gesta
no percute su ritmo marcial.
Calló el eco del reto magnífico
de nuestro ibérico titán,
y perdió el olifante de Rolando
su bronca y ululante asperidad.

No ya el talante petulante
de los tercios de Flandes irá
con el duque de Alba fascinando
a las doncellas de Milán.

¿Qué fué de la bizarría
medieval?
¿Qué de aquellos guerreros aguerridos.
espejos de fidelidad:
Malta, Montesa, Calatrava,
la Tabla Redonda, Monserrat,
los nobles mitrados cruzados,
los caballeros del Grial,
la prelatura militante,
la vida de ardor ejemplar;
las carabelas argonauticas
de los conquistadores y el vivac
de los caudillos (el carácter
sobre todo); la cota y el sayal
de Pedro el Ermitaño
y de Raimundo abad;
la bravura paladinesca
del caballero Parsifal,
y la cortés altanería
de Hernán Cortés el capitán,
de Cuatémoc, el indio indomeñable,
y de Huáscar de estirpe solar?
La espada, la cruz y la lira,
ya nunca nos exaltarán.

En nuestra época no existe
ni dignidad ni lealtad.

Murieron María Antonieta
y la princesa de Lamballe.

El amplio gesto de cobate,
el categórico ademán
—Espartaco, Bayardo, Conradino
y Ricaute— amenguó en majestad.

Marchóse el último aristócrata
de la cepa foral:
don Juan Manuel de Montenegro,
munífico y arrogante y singular,
aquel luciferino antepasado
de don Ramón del Valle Inclán.

Almas ingenuas, almas rudas,
¿en dónde estáis?

Desde que hubo asolado la tierra
con ígneo soplo Leviatán,
ya no palpita en el Decálogo
la voz tonante de Jehová,
ni la trompeta apocalíptica
en los ríspidos labios de San Juan;
el verbo de Isaías ya no azota,
ni da el Eclesiastés luz de verdad;
ya no el eupátrida en sus versos
lanza su aliento de huracán.
Ya no más el grito esquiliano
sobre los pueblos vibrará.

Callaron Dante, Shakespeare,
Calderón de la Barca y Balzac,
y en las frases de Hugo extinguiéronse
la admonición y la piedad.

Por el teatro del silencio
las vidas inánimes van
reptando sus bajos instintos
y sus pasiones de *budoir*.

Sumido en hondas abstracciones
ante la esfinge humanidad
—la esfinge es una calavera—
Hamlet escruta en vano el más allá.

Por el abuelo microcéfalo,
por el homúnculo ancestral,
el hombre moderno ha dado
a la caverna el salto atrás.

El vuelo lírico de Apolo
y la flauta del egipán,
las ansias de amor y de gloria,
la gallardía en el pensar,
la azul bohemia de otros días,
claudicaron por siempre jamás.
Las golondrinas del ensueño
no volverán.

Ya no hay castillos en España,
ya no hay princesa que cantar,
ya el gran cisne Rubén Darío
en la laguna Estigia está,
amortajado por el mágico
velo de Mab.

En este tiempo utilitario el numen
está demás.

IMPOSIBLE

Mariposa Ilusión de alas azules,
leve y fugaz,
me atrajo tu fantástica hermosura,
me fascinó tu veleidad.

Como una flor mi corazón abrióse
para que en él libases al pasar;
mas no quisiste hacerlo, hada del aire
y de la luz, efímera y falaz.

Por ti mi alma tendió el vuelo,
y por quererte cautivar,
quebró sus alas como un frágil
insecto que tropieza en un cristal.

Mi juventud perdió sus horas;
inútil fué el afán
de alcanzarte, Ilusión... Estabas cerca
y siempre más allá.

DEL LIBRO
"PRISMA"

Poesías escogidas—4.

K E M P I S

Incrustado en el mío
siento tu pensamiento,
intenso y doloroso
como un deslumbramiento.

Tremendas concepciones
que me causan pavor,
como puertas abiertas
a la noche profunda.

☆

¿Qué es el presente? Nada. No dura ni un segundo.
El porvenir, atropelladamente,
se convierte en pasado sobre el mundo.

☆

La existencia pregunta, y la muerte responde.

Todo camino es un destino.

☆

Irisación de planos
y aristas del poliedro,
trémulas luces de prisma,
fugitivos colores, frío incendio
de estrella y de diamante, eso es la vida
en los ojos helados del Tiempo,
en los radiados ojos del enigma
en que dispérsanse los nervios
como imantadas antenas tendidas
a la diversidad del Universo.

☆

Perpetuamente y fugazmente
va pasando el instante al más allá.
Nuestra existencia está regida
por un isócrono tic-tac;
está sujeta al engranaje
del reloj que respira eternidad.

Tiembla la eternidad en el minuto
que se va.
Tras él pasan las horas,
como los siglos pasarán.

☆

El minuto que viene, es el que huye.

Tejer y destejer, eso es la vida;
tejer y destejer sin descansar.
Por la senda ya recorrida
regresar.

☆

Cristianos y paganos peregrinos
encontraron a Venus
crucificada en dos caminos.

☆

Dejando una ilusión que nos traiciona, vamos
en pos de otra ilusión, que es otro engaño.

☆

Viene un amor, un desencanto:
el mismo goce fugitivo;
otro amor... No hay remedio,
no hay remedio. Sentimos
cada vez más despótico el deseo,
y el amor cada vez más desabrido.

☆

En el decurso de los años,
las ilusiones son los imposibles,
y los recuerdos son los desengaños.

☆

Más y más cada día,
el hombre confía en todos.
Hasta en sí mismo confía.

Vida mundana, pobre vida
entretajida de sospechas:
mentidos esplendores, joyas falsas,
falsas sonrisas.

¡Ah el egoísta empeño
de serlo todo y a la vez!
¡Lo vemos todo tan pequeño
desde nuestra pequeñez!

☆

¡Por qué nos espantamos
de todo aquello que
con sus ojos vacíos
la calavera ve?

Siempre ante nuestros ojos
y nuestras hondas ansias,
está el enigma del camino,
está el arcano del mañana.

☆

Urgidamente, sin saber por donde,
marchamos con la muerte en los talones.

☆

Andamos entre escombros,
la corona de espinas en la frente,
y el peso de la cruz sobre los hombros.

Llevan en la jornada,
los que se van, el desencanto,
y los que llegan, la esperanza.

☆

Horrendo es nuestro sino.
Los hombres somos los gusanos.
Nos roeremos a nosotros mismos.

☆

Para la muerte y de la muerte somos.
Somos de la tierra,
de ella nos nutrimos,
volveremos a ella.

☆

¡Más allá! ¡Más allá!
Ya nos empujan los que vienen
adonde los que fueron ya.

☆

Pausado declinar de la existencia:
telarañas de tedio en la conciencia.

☆

¡Ah vida mal vivida y malgastada!
Bregar y fatigarse por el éxito,
hasta alcanzarlo... Y todo para nada.

Ya es tarde. . . Siempre es tarde.

☆

La tierra nos llama. La tierra
ha de acogernos ¿cuándo?
Cuando quedemos en tinieblas.

☆

Todo es hueco y enorme.

☆

¿Si morir será descansar?

☆

Mientras Hamlet se pierde en su dilema,
la muerte muelle un tálamo
de magnolias de espuma para Ofelia.

☆

Sobre los labios de la Esfinge
se congeló el silencio:
Un silencio abrumado por el turbio
pasar de los milenios.

OMAR KHEYIAM

San Francisco tenía
la gracia del Señor,
por su amor a la espina,
por su amor a la flor.

☆

Sangre del mar la nuestra.
Salobre y palpitante
circula en las arterias.

☆

Siguen la misma senda,
la vida, que destruye,
y la muerte, que engendra.

☆

Morir, multiplicarse indefinidamente.

Somos tierra fecunda y voluntad,
y porque somos tierra y pensamiento,
somos eternidad.

☆

El sol se ríe de la muerte.

☆

La eternidad palpita en las estrellas.

☆

En una gota cabe el sol.
Late el mar en el ámbito sonoro
de la espiral del caracol.

☆

Destino circular de agua corriente:
viajar, cantar,
calmar la sed del caminante,
fecundar las florestas al pasar,
reflejar en su espejo los paisajes,
llegar al mar;
vagar en el azul —neblina o nube—,
formar el iris —ósculo solar—,
y bajar otra vez a la tierra
para cantar, para viajar.

☆

El arroyo se va sin irse nunca.

Con un són de arrastradas cadencias
y un revuelo de blondas de espuma,
el piélago espacia
su vaivén en la tierra fecunda.
¡Qué ansiedad del océano, estupenda!
¡Qué implacable lascivia la suya!

☆

Entre pañales niveos,
la cordillera de los Andes
acuna al sol recién nacido.

☆

Illimani:
trono del sol de albísimos encajes.
Catafalco de plata,
catafalco del sol el Mururata.

☆

Chaco:
bituminosos cielos, lunas rojas,
fraguas solares, vientos furibundos,
suelos de arcilla incandescente y fofa,
floresta dislocada y enfermiza
con garras y ventosas,
y cruces, cruces, cruces, cruces,
sobre la tierra hidrófoba.

☆

Radiantes mediodías
de primavera.
En el jardín, malhumoradas,
rezongan las abejas.

Exágonos de ámbar se arraciman
como gotas de sol en la colmena.

☆

Se desvanecen con la aurora
las estrellitas del espacio.
Estrellado de margaritas
queda el campo.

☆

Hortelano sosiego matinal,
temblor sonoro del ambiente
de cristal,
són de campana aldeana
en domingo pascual,
voces de plata de los niños
en la capilla parroquial
que dicen: —“¡Libranos, Señor,
de todo mal!”

☆

Por entre mariposas
de terciopelo tornasol,
sobre las flores, raudos,
enciéndose el temblor del picaflor.

☆

La imperativa súplica del potro
gacude, aspérrima, los campos.
Con los hijos húmedos y trémulos,
se yergue el semental, triunfal, titánico.

Tras un menudo frenesí de danza,
encorva el espinazo.

Y cuando alza la crinada testa
al azul iracundo del espacio,
una sonrisa bárbara distiende
los belfos de la hembra enjabonados.
La Natura contempla el himeneo,
y se crispa también con el espasmo.

☆

En purpúreos cojines
se acurruca, friolenta, la tarde.
Frisa un temblor de oro
la quieta superficie del estanque.

☆

Quietud. Silencio. El parque duerme.
De pronto un cisne, con airoso arranque,
traza una estela efímera
sobre el escalofrío del estanque.

☆

El sol declina, esplendoroso.
Punza la tarde una cigarra
con su largo alfiler aurisonoro.

☆

Invierno.
La nieve amortaja
los árboles muertos.
¿A dónde irán nuestros pasos inciertos?

Ha cerrado sus ojos el día.
La noche va lamiendo
la sangre del ocaso... ¡Ave María!

☆

Madre Naturaleza, Dios, yo mismo,
alma total,
te siento en mí, te veo en el abismo
donde palpita el Universo astral:
en la cósmica masa estremecida
por el arcano soplo germinal.

☆

Columbro ahora los divinos rastros
sobre la vasta trayectoria
que en su vida de luz siguen los astros.

AL CAMINANTE

¡Buscarla gloria...! ¿Para qué la gloria?
¿Para qué hacer más ruda la jornada
por el absurdo anhelo
de ser eternidad, que es no ser nada?

☆

El goce está a tu lado.
La pena está contigo.
El cuerpo es el pecado.
El alma es el castigo.

☆

En la pista de la suerte,
a cada segundo damos
un brinco sobre la muerte.

☆

A esta vida fugaz,
le pone su paréntesis
el eterno quizás.

La vida es un conjunto de ficciones,
de posibilidades
y de limitaciones.

☆

Vamos al mismo punto
por distintos caminos.
Huyendo de la muerte, vamos a ella,
peregrino.

Va marchando a tu vera
la muerte que genera y regenera.
☆

No esperes arribar a lo absoluto
por el sendero utópico del mito,
ni midas el minuto,
porque el minuto es de lo infinito.
☆

Contigo avanza, caminante,
la perpetua amenaza del instante.
Cronos sigue tu paso irresoluto,
tu vacilante paso.
Ya llegará el minuto
que dispara el flechazo.

☆

De la tierra saliste.
Has de volver a fecundarla,
porque tu fin es ser Origen.

Con su vana ilusión del más allá,
en el barro, del barro y para el barro,
vive la humanidad.

☆

La vida es el contraste tragicómico:
es el problema irresoluble.
A ratos es ridícula, y a ratos,
tremenda como un choque de testuces.
☆

Teme al arma más corta que la tuya.
☆

Para no sucumbir,
defiéndete de todos.
Defiéndete de ti.
☆

Debes cuidarte de ti mismo,
porque eres tu enemigo.
☆

Debes fijarles linde,
al alma, que rechaza,
y a la carne, que exige.
☆

Piensa que eternamente
va pasando el momento a lo ignorado.

Piensa en que siempre hemos vivido;
sólo que no nos acordamos.

☆

Aspira al más allá.
Sé progresivo como el roble.
Mira más alto y profundiza más.

☆

Guarda tu corazón avaramente;
guarda tu corazón en un estuche,
como una rosa de los vientos
estrellada de rumbos e inquietudes.
Sé la aguja imantada que fluctúa
sobre un nivel de treinta y dos albuces.

☆

No confíes tus ansias al futuro,
porque todo es posible;
porque nada es seguro.

☆

¡Lo horrible que sería
vivir de nuevo nuestra vida!

☆

Vemos el paraíso desde el bátrato.
Mientras el cuerpo arde en las pasiones,
el espíritu juega con los astros.

Cerrando el horizonte,
sobre el llano trivial está la cumbre.
Sobre la cumbre, el Hombre.

☆

Comprensión compartida, eso es el arte.

☆

Escuelas son secuelas.

☆

Para seguir la intempestiva,
la rauda trayectoria de los dardos,
ejercita la mente y la mirada
sobre la tensa curva de los arcos.

☆

Dolor alquitarado es la ironía,
dolor con antifaz y con sonrisa.

☆

Cuando tu alma se reencarne,
sabrás que la vida te dan
los muertos y los que nacerán.
De los que fueron es la carne,
y el alma de los que vendrán.

ANTIFAZ

Canta la fuente conventual
como el alma del santo zagal
que condujo su grey al aprisco
donde mora el Cordero Pascual.
Igual
que el humilde y glorioso Francisco,
reza la fuente sororal.

La fuente difunde su profunda
canción de eternidad.

☆

Como en una laguna
riela el vago reflejo
de la luna en la luna
del espejo.

☆

En los carbones se acelera
la danza de las chispas.

Con la hirviente canción de las burbujas
rezonga la marmita.

☆

Juega el arroyo al escondite,
y deletrea sus murmurios...
Donosamente alborozada,
ríe la niña en el columpio.

☆

Primeras lluvias... Con su carga
de hojarasca en trocitos y de migas,
en procesión interminable
se trasladan de casa las hormigas.

☆

Musmés:
boquitas de frambuesa, ojos de anís,
delgadas cejas al revés.

☆

Morfina: fúlgido nirvana;
deleite de sentir
que no se siente nada.

☆

Fortuna, mujer sin rumbo,
mujer que se ofrece a todos
sin entregarse a ninguno.

Gelidez pegajosa de los muertos.
En las manos perdura, concentrada.
Se las refriega inútilmente.
Dan ganas de rasparlas.

☆

Cerebros:
relojitos descompuestos
sin remedio.
Desacompanan siempre
o se paran de golpe.
Cada reloj distinta hora.

☆

Dos de la tarde en el reloj del pueblo.
Dos de la tarde, hora insípida.
Zumba la mosca invisible del tedio.

☆

Obsesión:
cacofonía intermitente
de un invisible moscardón.

☆

Me duele la cabeza. Pasan sombras
recatadas, furtivas, del misterio.

☆

Todo se mueve sin moverse;
todo vive una vida de muy lejos;
todo adquiere tremendas proporciones
en la absurda maraña de mis nervios.

Retumba el aldabón
de la ferrada puerta,
y en la calle desierta
se encoge de pavor el corazón.

Calofriante,
cual oprimido aliento
de agonizante,
crispando los cabellos del viandante,
pasa un viento glacial... que no es el viento.

☆

Detrás del sueño, hay otro sueño
de cataléptica ansiedad.
Mientras nos estrangula la congoja
de que nos lleven a enterrar,
en atroz lucidez el espíritu juega
con el recuerdo un ajedrez tenaz.
Tremenda sensación de un infinito
correr sin avanzar.
Detrás del sueño, hay otro sueño
de una mayor profundidad.

☆

Amaneció... Nos acercamos
con cauteloso paso a nuestro lecho.
Sobresaltándonos, inusitadamente,
nos engulle el espejo.

☆

Juiciosa, la Locura,
simplifica en su órbita letal,

la complicada contextura
del engranaje cerebral.

☆

No hay nada más ridículo
que aquella impertinencia petulante
y aquella rigidez de media cara
que el monóculo impone al elegante.

☆

Al suscribir el compromiso,
o al celebrar el buen encuentro,
¡qué tortura reír, porque es preciso,
y estar llorando corazón adentro!

☆

Decadencias de raza, suntuosas:
falso esplendor, salones viejos,
desmesuradamente prolongados
en la vacua amplitud de los espejos.

☆

La oficina, la jaula:
el pasado, el presente, el porvenir...
el golpeteo espeluznante
de la máquina de escribir.

☆

Pasan, despavoridos, los ancianos,
porque se acercan a la muerte
que les hace temblar las manos.

Por un reborde endeble,
avanza el gato, pulcro y petulante.
Espeluznante, un guante
se crispa sobre un mueble.

☆

Barrio de Mangue en Río de Janeiro:
guarida de mujeres del pecado.
Un marinero bambolea, ebrio,
del brazo de un apache afeminado.
Al volver una esquina se tropiezan
con el cuerpo de un hombre asesinado.
Un acordeón estira hasta la angustia,
la tonada monótona de un fado.

☆

En la casona abandonada
de mucho tiempo atrás,
una campana da la medianoche
con un toque demás.

☆

Castañetea una
destemplada pianola de arrabal.
Él y Ella, de gorra y de bufanda,
se disputan el mísero jornal...
Sesga el cuchillo en la penumbra
su resplandor mortal.

☆

Esta luna de yeso abarquillado,
tiene la irónica tristeza
del rostro de un payaso.

La tarde, igual que un ermitaño,
se ha vestido de gris, de desengaño.

Tras el cristal azul
de transparencia turbia,
teje ilusorios panoramas
la lluvia.

Llueve, llueve despacio.
Canta la lluvia, terca,
la canción del cansancio.

☆

¿Por qué, a medida que me alejo,
voy penetrando más en el espejo?

☆

El muerto... ¿no vivía?
El muerto me miraba, estoy seguro.
Me mira todavía.

☆

Bajo un cielo preñado
de nubarrones lívidos,
un minuto duró mi pesadilla:
un minuto de siglos.

☆

Hoy que fué mía, ya no es mía.

Por acá, por allí,
Yo soy uno que pasa
para el que pasa junto a mí.

☆

Me zarandeaba el loco y se reía
cuando en mis ojos se cuajo el espanto.
Su risa me persigue todavía
como un abejorro satánico.
Bizcos eran los ojos del demente.
Bizcas también sus añagazas.
Aún ajustan mi mente
las tenaces tenazas
de su mirada convergente.

☆

No hay nadie... No estoy solo sin embargo.

☆

El otro yo que miro en el espejo,
el de ajadas y lívidas facciones,
cansancio y compasión tiene en los ojos,
y una sonrisa irónica en los labios:
una amarga sonrisa...

☆

La estrangulé una noche.
Oblicuamente me miraba.

Estaba prendida a mis nervios
como una araña.

Despertar nebuloso.
Febril olor a éter y mostaza.
Biliosas lucécitas
en el cráneo clavadas.
Irritadas meninges.
Cefalalgia.

☆

Le robaste a la fuente
su risa de cristal.
Hoy brota de tus labios,
como de un manantial,
la risa de la fuente
constante y musical.

☆

En tus ojos de infierno está la gloria.

☆

Tu cuerpo
tiene el olor y el color de la madera
del cerezo.

☆

Esta noche se mezclan, acendradas,
las lágrimas de luz de las estrellas,
y las estrellas de tus lágrimas.

El viento persigue distancias,
como yo en vano te persigo.

☆

En el tibio imposible de tu lecho,
husmean mis sentidos
la perfumada huella de tu cuerpo.

☆

Tienes la gracia undívaga,
las inflexiones mórbidas
de la selva, del fuego y del agua.

☆

Eres elástica, eres pérfida
como este mar que te posee
toda entera,
y eres ardiente como el vuelo
de tu imaginación aventurera,
bajo este sol de estío que rasguña
tu desnudez morena.

☆

Deja mujer que esconda
mi corazón bajo tu pie.
Ha mucho tiempo que soñé
con tu sonrisa de Gioconda
y tus ojos de Salomé.

Mujer, quimera, enigma, ensueño,
que sin estar estás conmigo,
quiero hundir en tus ojos de Esfinge
mis ansias de infinito;
quiero posar mis labios en los tuyos,
para sorberte el alma en un suspiro,
porque te quiero como nunca
nadie ha querido:
porque te espero hace
yo no sé cuántos siglos.

☆

Sé mía, sé mía
Que piensen lo que quieran;
que lo que quieran digan.
Sé mía, sé mía,
un instante no más, un instante,
para toda la vida.

☆

Mujer, ¿por qué volví?
Porque sólo contigo
me libraré de tí.

☆

Entre sueños, suave, untuosamente,
sentí pasar a Lucifer vampiro,
y ornar mi pecho en ovalado lacre
con el sello imperial de tu mordisco.

Entre sueños te vi, te sigo viendo
plasmada en mis delirios,
guiar sobre las llamas de la fiebre,
el vuelo alucinado de mi espíritu.

Tu recuerdo es el sol de la locura
desleído en la niebla del absintio.

☆

Puedes, mujer, ser gloria,
y puedes ser condenación...
Mujer de perdición,
canta esa copla depravada
que me resguña el corazón.

☆

¿Por qué al contacto de tu piel sedeña
por mi espina dorsal va deslizándose
un delicioso frío de anestesia?

☆

Tu beso me adormece
como el quemante frío
de la menta y del éter.

☆

Amé tu olor a bosque virgen,
tus labios áridos de fiebre,
tus ojos tempestuosos,
la tenaza de hielo de tus dientes,

tus cabellos fluviales,
tu castidad rebelde.
Por ti supe el mortal sentido de la vida;
por ti supe el vital sentido de la muerte.

☆

A tu inconstante amor me di,
como aquel que se mata
por temor a morir.

☆

Esta noche, como todas las noches,
nos encuentra aquí mismo,
esta noche, como todas las noches,
el hastío.

Traen distantes recuerdos las voces
que resucitan en los discos.

Mujer que ayer fuiste ilusión
y hoy eres remordimiento,
pasa sin detenerte por mi espíritu.
Cántame la canción que deseo escuchar.
Cántame la canción del olvido.

☆

Muerdes la poma. Me estremecen
el rojo terciopelo de la fruta,
y el ebúrneo destello de tus dientes.

Las parejas resbalan, giran, saltan
o van dando traspiés,
cadáveres galvanizados
sobre el *parquet* del cabaret.
Detiéndose de pronto
para escuchar cantar a Salomé.
En mis nervios se crispa
la avispa de un *couplet*.

☆

Quiero llorar, quiero llorar.
Me duele dulcemente el corazón.
La garganta de Agar
deshoja un férvido cantar,
como una rosa de pasión.

☆

Mientras succiona la hemofilia
el corazón del zarevitz,
fascinador y vigoroso,
Gregorio Effimovich,
brinda a la dama palatina
o a la consorte del mujik
su incontinencia pecadora,
su exuberancia varonil.

Bajo las voces agoreras
de las campanas del Kremlin,
se enerva Rusia, la orgullosa,
la vieja Rusia emperatriz,
entre los brazos del demonio
Rasputín.

Aparece la faz faunesca
del hortelano entre las pomas.
Huyen las colegialas
con un azoramiento de palomas.

☆

Oficio de Difuntos... Las tinieblas
recogen el chirriar de las matracas.
Pasa un aliento de ultratumba
por las almas.

☆

En la noche fragante
de color de zafiro,
suspiró la novicia,
suspiró en su retiro.
Con sus alas de sombra,
sofocando el suspiro,
la cubrió tibiamente
Satanás el vampiro.

☆

Imaginémonos que la piedra pensara
y que fuera sensible al dolor:
que viera sobre sí pasar los vuelos;
que sufriera la humillación
de ser vilmente pisoteada,
de soportar el hielo y el sol,
de rascar, de rascar sin descanso,
las úlceras de Job,
de girar-proyectil-en la honda
de Nemrod,

y de herir sin piedad a Hipatía
en el nombre de Dios,
y que sabiéndolo sirviese de bloque
para la estatua de Moloc,
de pedestal para el castigo
de la mujer de Lot,
o de cimiento en las malditas
ciudades de Magog...
Tendría más vergüenza que el soberbio
Rey de la Creación.

☆

Con don Quijote sigue dando vueltas
el molino de viento de la Tierra.

☆

Wagner: locura de armonía.

☆

Hembras gozadas y olvidadas.
Brumoso ambiente, Cafetín...
Mientras la taifa de ramera
pide el octavo copetín,
que han de pagar el provinciano rico
o el anglomano con esplín,
en la trastienda en que agoniza
el varioloso chiquitín,
ensaya un paso de comedia
Chaplin.

El niño no sabe
por qué marcha vestido de negro,

tras un carro con tules y flores
que va sobre el cieno.
Ante noche su madre dormía,
y tenía los ojos abiertos.

☆

Sonríe el bebé,
se revuelca, gatuno, en la cuna,
y se chupa un dedo del pie.

☆

Con un golpe de tos, fulminante,
ha muerto el pequeño
que llenaba la casa tan grande.

☆

¿Qué sabrá de la vida el que ha nacido ciego?
¿Qué idea de las cosas del mundo habrá en su alma?
Sólo vagos paisajes de música y perfume,
y el espanto de ser y no haber visto nada.

☆

Hoy a la torpe humanidad asedia
la congoja del Hado que latía
en la profundidad de la Edad Media.

☆

Se intensifican los dolores
de tu preñez —¡Oh Tierra!—
¿Nacerá el superhombre?

Y O

¡Esta gloria de luz, este torrente
de alegría sorbida a bocanadas...!
Hoy día voy corriendo
por el sendero de la gracia.
Mi corazón repica a fiesta.
Hoy día tengo el alma
como el agua purísima
de las arterias subterráneas.

☆

Soy de la eternidad: soy del momento.
Porque todo está en mí, yo estoy en todo.
Estoy lleno de Dios. En mí lo siento.

☆

Hay en mi cáliz sangre de Dionisos.

☆

Mirando al cielo estoy, como una cumbre.

La luz, alma del sol, está en mi alma.

☆

Mi corazón palpita como el fuego.

☆

Mientras la brisa en el follaje
provoca el frenesí de los espasmos,
siento correr en llamaradas por mis venas
la sangre del centauro.

☆

Entre todos estoy. Por eso mismo,
estoy libre de todos,
y sobre todo de mí mismo.

☆

Lanzada mi existencia a la ventura,
depuróse mi alma en armonía,
y mi carne, Señor, ardió en lujuria.

☆

Hay en mi alma hoy día,
como en un despoblado monasterio,
grandes infolios empolvados
de silencio,
fuentes de mármol secas,
celdas sin luz sobre jardines muertos.

Arte mío, acendrado y doloroso,
ungido en alma y en sudor de sangre;
hecho de aristas peligrosas,
de exaltaciones y contrastes!

☆

Se prolonga el paisaje en el espejo,
lo mismo que la vida en el recuerdo.

☆

En su cárcel de hueso está mi espíritu
igual que en un palacio;
pero en su jaula de costillas,
mi corazón es ave sin espacio.

☆

Mi mocedad, imprevisora,
se despertó entre espinas,
porque durmió entre rosas.

☆

Mi juventud de fuego, aventurera,
ha dejado ceniza en mi cabeza.

☆

Mi corazón es un desierto rojo.

☆

No sé por qué, no sé por qué
me han hecho triste, hasta la muerte triste,

la amada que no existe
y el país que no conoceré.

☆

Ella
pasó como un suspiro por mi vida.
Iba arropada de tinieblas.

☆

Pasó la dama vestida de negro,
la de negro antifaz,
y me abrumó con su hueca mirada
de eternidad.

☆

Quiero dormir para soñar,
y despertar para seguir soñando.
¿Qué soñaré, qué viviré durmiendo?
¿Qué viviré, qué soñaré despierto?

☆

Para mis inquietudes
y mis anhelos, abre
un camino de luz
la nave.☆

No se cansa mi espíritu
de esperar ¿hasta cuándo?
No ha de cansarse nunca
de seguir esperando.

Te soñé, Gloria, llena de gracia y hermosura,
ilusión hecha carne de azul de lontananza,
llamándome a tus brazos con férvida ternura,
para infundirme vida, dulzura y esperanza.

Y al verte cruciforme, de espaldas a la tierra,
brindar al abstinente vigor del peregrino
los múltiples encantos que tu figura encierra,
huí por no quedarme sin luz y sin camino.

☆

La humana voz del órgano preludia
un grave y lento *de profundis*. Crecen
las tinieblas sonoras. Por mi alma
pasa la antigua angustia... ¡Miserere!

Recónditas, profundas resonancias...
Las catedrales, alma mía,
las catedrales del recuerdo traspasadas
por voces cristalinas.

☆

Siento que está mi vida
por el terror sagrado estremecida.

☆

Tienen puntos de sangre radiosa
mis pies y mis manos,
una corona de espinas de hierro mi frente,
y una herida de sol mi costado.

Igual que la Victoria
de Samotracia, llevo en las espaldas,
la santa cruz de unas alas marmóreas.

☆

Señor Dios Jesucristo, aquí me tienes
con los brazos en cruz, como los tuyos;
con los brazos abiertos a la muerte.

DEL LIBRO
"DE ANTIFAZ"

TO BE OR NO TO BE

I

Esta mansion de la demencia -insomne,
este castillo de Elsinor tan tétrico,
y el cadáver de Ofelia entre dos aguas,
flotando como un loto del ensueño,
son fuerzas integrantes contrapuestas:
la vida y la ilusión: humano nexos.

La vida es noria que nos va arrastrando
en su girar perpetuo,
y la ilusión refugio del espíritu,
celeste alcázar para el arte excelso.

Somos urgencias corporales
en corporales ajetreos,
y neuronas: finísimas antenas
para captar la voz del universo.

¡Esta vida tan dura,
con tantas muertes dentro:
cariños, esperanzas, inquietudes
entre tantos despojos del recuerdo,
flores, marchitas flores,
amores que pasaron con el viento!

¡Esta vida interior tan opresora,
tan escondida y sin objeto!

II

En altas horas de la noche,
con qué grave recato en torno nuestro
se van acumulando los fantasmas
de los dominios del misterio.
Está vibrando, está vibrando
la arcanidad en el silencio:
tic-tac de los relojes y del pulso,
monotonía de seguir corriendo
circularmente hasta pararse
de súbito en el centro.

Nos va atrapando hasta el martirio
la pegajosa nébula del tedio,
esa tela de araña sutilmente
formada como el velo
de Penélope —ausencia— en su constante
tejer y destejer, tejer de nuevo.

Continuo, taladrante, irresistible,
penetra hasta los sesos
ese diabólico tornillo
del mismo pensamiento.
La idea fija inexorablemente
se incrusta en el cerebro.

Las altas horas de la noche pasan
sobrellevadas con el miedo
de quedarnos dormidos soportando
la pesadumbre de los malos sueños:
estrechas perspectivas de suburbio,
paisajes solitarios, plúmbeos cielos,
ríos de aceite diáfano,
anchos y tibios, hondamente quietos.
Aparición insólita y siniestra
de seres mudos, torvos, impertérritos,
que nos aterran y fascinan
tan sólo con su aspecto:
la sensación de angustia en la inminencia
del estrangulamiento,
y el intentar zafarse del peligro
y no poder mover siquiera un dedo,
y no poder gritar, y la pavora
que debe de sentir el cataléptico
al congelarse en el espanto
la crispatura del cabello.
Y la espada de luz de la alborada
que decapita al monstruo del desvelo:
la luz, la luz del sol que nos libera
del opresor aliento.
¡Ah las sufridas, insufribles horas
de calofrío y de bostezo!

III

Está en nosotros Hamlet, taciturno
frente al enigma eterno.
Mirádonos sardónico
bajo su adusto ceño,
nos dice: —“¿Qué es el ser pensante?
Alma y materia en triste contubernio.
Las que hoy son reflexión y disciplina,
pasión e instinto en el antaño fueron:
pasión e instinto desbocados
hasta romper el freno.
Cinco sentidos ya insensibles casi
para darle sentido al sentimiento.

—“¿El corazón? Motor a sangre viva,
motor y también péndulo
que toma su vaivén de la infinita
palpitación del tiempo,
y se acelera a ratos en febriles
girándulas de fuego:
la existencia mordida por minutos,
insaciables ratones del evento.

—“¿La humanidad? Farándula en desgonce
grotesca zarabanda de muñecos.”

—“¿La historia? Aberraciones y ambiciones
en recular funesto:
la caverna escondida en las metrópolis;

el primate a través de los milenios;
el pasado, el presente y el futuro,
iguales más o menos.
Empedernida, empecinadamente,
se sigue el mal ejemplo.”

—“¿La gloria? Vanidad de vanidades.
¿Qué importa, a fin de cuentas, cualquier éxito?

—“¿Y la belleza de las formas
corporizada en Venus?
Belleza, pudridero sostenido
por almacén de huesos.”

IV

¡Ah el apagado paso de los días,
iguales todos, todos lentos,
y el esperar, en vano, alguna cosa
que deseamos tener y no podemos

El recibir las horas recontíndolas,
y el verlas irse luego,
sin que nunca nos dejen nada, nada
que pueda complacernos.

El tener bajo el cráneo llamaradas,
y sobre el cráneo prematuro hielo.

Vivir con la sonrisa a flor de labios
y estar llorando corazón adentro.

Y este dolor del alma, que aniquila
más que un dolor latente y sin remedio!

Vamos así muriendo poco a poco,
vamos, así, sufriendo,
saturados de hastío y aguardando
el perennal sosiego.

¿Será sosiego acaso?

¿Será, por suerte, el término?

Mundo, demonio y carne,
la trilogía del pecado. Es eso,
eso la vida, el esencial problema:

..... ¿Ser o no ser? No ser y seguir siendo.

¡Esta vida tan dura y tan querida!
No hay otra. ¡Qué tormento!

ARCANIDAD

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,
ocho, nueve, diez, once, doce horas,
las mismas siempre,
monótonas,
pasan y pasarán hasta que venga
la otra:
la que esperamos o tememos,
la que de golpe corta
con su espada de espanto,
desde lo más profundo de la sombra,
el hilo que nos une a esta existencia
de imprevisiones y zozobras
para la que pedimos
misericordia.

Marca el reloj, dos veces cada día,
de una a doce horas.

NEUROSIS

—¿Qué soy? el Espíritu pregunta,
y la Materia le responde: —Sueño,
divagación sentimental tan sólo,
cerebro y corazón, polos opuestos:
cerebro, génesis de ideas;
corazón, cementerio
al que van a parar, uno tras otro,
los días muertos;
a veces obsesión, mente demente
perdida en el evento;
a veces fantasía que se lanza
por todos los senderos,
inquietud de horizontes de la brújula
bajo el punzón magnético;
todo tal vez o tal vez nada,
tal vez la eternidad, tal vez el viento.

Interroga a su vez el Cuerpo y dice:
—¿Cuál mi destino? El Alma, luego,

le responde: —Tan sólo pesadumbre,
constante brega sin objeto,
nada más que un instante que, de súbito,
habrá de retornar al gran misterio.
De tu existencia —¡qué existencia!—
se te van los minutos escurriendo.

Y yo, a quien todo le preocupa,
que no sé lo que soy ni lo que espero;
y yo que voy por las calladas horas
discurriendo,
me digo: —“¡Cómo agobia
congelada en el páramo del tedio,
esta vida interior, esta tremenda
vida interior! ¡El pensamiento
nos duele tanto a veces
en las noches sin sueño!”
¡Ah el insomnio fatal que nunca deja
de hacernos recordar que no queremos
ya nunca recordar!
No habrá —¡oh Dante!—, no habrá mayor
[tormento.

En tanto que en su caja mortuoria
yace el péndulo
—para siempre ¡quien sabe!—
de un macizo reloj de mis abuelos,
para que mi congoja se disipe,
me pongo a rimar versos.
Infatigable, febrilmente,
en trama de dolor los voy tejiendo.

Escribo, escribo, escribo
hasta más no poder, hasta que quedo
viendo cómo, crispada, se rebela
sobre el papel mi mano de esqueleto.

Siento bajo mi cráneo, tercamente,
la pulsación profunda del silencio.

M A D U R E Z

Dolor de la experiencia
que se va recogiendo
hora tras hora,
hora tras hora y en silencio:
dolor que se hace más dolor
con el recuerdo.

Dolor de contemplar cómo las flores
agonizan y mueren en el huerto.

Dolor de ver los surcos que en la frente
está marcando el tiempo,
y de sentir que la cabeza es nieve,
y de sentir que el corazón es fuego.
Dolor profundo de saber que sólo
nos quedará el deseo.

POKER

En la baraja del amor humano,
voluble, como siempre, la Fortuna
se inclina al más audaz. Hay que arriesgarse,
jugarse el corazón en la aventura.

Con dos altas parejas, el Destino
a abrir el juego se apresura.
El tiempo, socarrón, tan sólo espera
un leve gesto, un ademán de duda.

Con tres ases la Vida —¡pobre Vida!—
desacierta en su envite, irresoluta.
La Muerte mira de soslayo
las cartas enemigas, y retruca.
El Tiempo copa la parada,
pero la Muerte triunfa.

TÍTERES

Levántase el telón...
Ceremoniosos y elegantes,
rinden una genuflexión
los figurantes.

En la acción hay soltura discreta
y en la etiqueta tienen base,
la gracia de la pirueta
y el floretazo de la frase.

Tras una baladronada
que sobrecoge al comisario,
jeringa en ristre hace su entrada
Polichinela, dromedario.

Entonces la alegre ronda
farandulera,

comienza la trapisonda
y todo gesto se exagera.

Pero, en un tácito convenio,
de bien parecer se hace gala.
Está el ingenio en el proscenio
y el chiste burdo está en la sala.

Pues mientras tejen embelecó
los personajes de la farsa,
dirige Antropos la comparsa
de sus histriónicos muñecos.

Para el Instinto no hay obstáculo,
y el Arte actúa de rufián.
Grotesco, el espectáculo
está en el público truhán.

Héroes de frívolos amores,
representan sus entremeses
literatos de bastidores,
politicastro y burgueses.

Entre forzados ademanes,
se dicen cursis bagatelas
los pantomímicos galanes
y las dengosas damiselas.

La rutina doquiera domina,
y a Pantalón adulan Crispín,

Casandra, Pierrot, Colombina
y Arlequín.

Es la gente de pro: la tropa
de marionetas de cartel.
En los cerebros hay estopa
y en los vestidos oropel.

Enredada en sus pasioncillas,
la respetable concurrencia,
lanza su risa de apariencia
como en un juego de cosquillas.

Pero, en resumen, jocosaría
y estrangulada por la basca,
sufre y masca
las acrimonias de su histeria.

En ella encuentran acomodo
la hipocresía y el cinismo,
los celos, la envidia y todo
lo que alienta en el egoísmo.

Y cuando en palco y en luneta
musita burlas y reproches,
desde el tablado los fantoches
aplauden la comedieta.

MONOTONÍA

Cumplidamente se reúnen,
cuando tose las doce el reloj,
los comensales de la casa
de pensión.

Mientras las moscas hacen piruetas
en un rayo de sol,
uno tras otro van entrando
el gato dormilón,
el loro charlatán, el perro flojo
y el muchacho precoz
que se atiborra de novelas
de Vargas Vila y Paul de Kock.

Huele a leche cuajada y a geranios:
agrio olor.

Llegan la sopa, el guiso, la tortilla,
la leche con arroz

y el café, sin café, que da un buen margen
a la murmuración.

Pueriles comentarios: un divorcio,
una estafa y el frío y el calor...

Amalia, como siempre,
se queja de fluxión.

El chico mete su cuchara
para contar lances de sport.

Bostezan todos... hasta el gato.

El silencio se esponja. Dan las dos.

FARÁNDULA

Jazz-band de intolerables estridencias
mis tímpanos irrita.
Con los respingos del violín, el piano
desafina;
en boca del negrote que lo toca,
el saxofón parece que relincha,
y el bombo se enloquece
remarcando la atroz polifonía.

Turbiamente biliosas,
como borrachas de ictericia,
ondulan las comparsas
en una atmósfera amarilla.
Parece que beodos
fantasmas de delirio y pesadilla,
menean o retuercen
pasos de tango y de matchicha.

Sobre el *parquet*, infatigables,
giran espectros, giran
apretujadas las parejas
bajo las indirectas luces lívidas.

¡Ah, la jaqueca inexorable,
esta jaqueca mía
que a modo de carcoma
me taladra los nervios y los crispal

Garabatos de fiebre, rutilantes,
en una pertinaz policromía,
se alargan, se contraen.
se dispersan, se juntan y palpitan.
Es una pavorosa pirotecnia
con zarabanda de favilas:
una diabólica girándula
de fracturada geometría.

En este Carnaval del almanaque
que el Hastío dirige y sincroniza,
como en el Carnaval de la existencia
todo es ficción, todo mentira.
Igual que la Inconstancia y que los Celos,
igual que la Lascivia,
detrás de su careta de beata
embáscase la Envidia.
Con rabia contenida a duras penas,
se ensaña en una esgrima
de alusiones envueltas en el gesto
y de verbales fintas.

Las taras, las pasiones
y las costumbres son las mismas.

Dulce, inefablemente, poco a poco,
me adormecen y alivian
esa mujer que roncamente canta
y el hada del bohemio: la aspirina.

Esa mujer de voz de monja, sufre.
En sus ojos dos lágrimas titilan.
¡Modulará—¡quién sabe!— las palabras
de la canción definitiva,
las únicas sinceras:
las de la despedida?

En su negro disfraz arrebuja
y en nuestros propios cuerpos escondida,
con sus ojos de sombra y de misterio
la Desmandibulada nos atisba.

VAGABUNDEO

Luna de otoño. Locura
de pasearme sin objeto
por los suburbios en horas
propicias al mal encuentro.

Luna de otoño, amarilla,
callejas y más callejas.
Tosiendo como una tísica
una pileta gotea.

Y mientras lejos, muy lejos,
por amores malogrados,
un cantar muere de frío,
me está el hastío matando.
Me está matando a mansalva
más que el hastío, el tormento
de sentir como en la fiebre
el palpar de un recuerdo.

Luna de otoño. Dos sombras
y un zaguán donde se pierden.

Un perro pide limosna.
No se la dan. Dan las nueve,
dan las diez y dan las once,
pero el reloj no se ve.
Yo voy de ida y de vuelta,
¿para qué? Ni yo lo sé.
Luna menguante de otoño,
dímelo tú, ¿para qué?

CONVALECENCIA

Vengo del mundo de la fiebre,
del mundo en que no hay nadie, del de adentro.
Tirito.
Muerde mi carne el viento.

Voy sobre un temblor de sombras
bajo los árboles del huerto.
Voy, alhelado, en busca del paisaje
que se insinúa en el recuerdo.

Gotean tercamente los minutos
en mi cerebro.

Todo parece irreal, todo aparente,
en este ambiente de mal sueño,
bajo esta luna cadavérica,
bajo esta luna lívida, de hielo.

En torno mío todavía
se mueven los espectros,
y la respiración del Invisible,
se prende, como un gato, de mis nervios.

LLANTO Y LLUVIA

Llora la tarde, llora
detrás de la vidriera
de la ventana de este cuarto
lleno de cosas viejas.

También el tedio en lo más hondo
del corazón gotea,
y un contenido palpitar de lágrimas
remueve la amargura de una ausencia.

Quisiera dar algún alivio
a mi profunda pena:
quisiera no pensar en nada,
no recordar siquiera;
sentir, como entre sueños, reclinarse
la cabeza de un niño en mi cabeza.

VELATORIO

Bajo la nivea sábana el cadáver
está como esculpido.
En la severa faz se ha congelado
la crispadura del postrer suspiro.
Se alargan, temblorosos,
en la pared sus rasgos lívidos.

Con un olor aspérrimo de flores
de cárcel o de hospicio,
llega el run run de las plegarias
como un cansancio del sonido.

En la profundidad de los espejos,
enlutados fantasmas hacen guiños,
y arañan las tinieblas,
cuatro garras de luz, los cuatro cirios.

FINAL DE FIESTA EN OTOÑO

En un compás pomposamente grave,
las manos de marfil de un esqueleto
interpretando van un minueto
en las gastadas teclas de una clave.

Al vuelo de las últimas cadencias,
entre pausados ademanes
y amaneradas reverencias,
se esfuman damas y galanes.

Pablo Verlaine, el de tullida pierna,
frente a su copa en nébula de absinto,
ve deslizarse a furto en la taberna
a ese cortejo del placer extinto.

Violines. Luna todavía,
luna de embrujos, deslustrada luna.
Lluvia en el corazón. Melancolía
del París del poeta sin fortuna.

Se apaga en el fogón la última chispa.
Con sus fantasmas, hace rato,
se fué Lelián... ¿Qué hay? ¿Por qué se crispa,
electrizado de pavura, el gato?

Es que acudiendo a misteriosas citas,
detrás del príncipe don Diablo,
con Vilón y Verlaine, sombras precitas,
y con Rimbaud, efebo, ha vuelto Pablo,

Para hablar de la gloria y del olvido:
del porvenir y del pasado,
con Satanás dos sombras han venido
para hablar con dos sombras que han pasado...

EL MOLINO

I

Martes, mal día. Pereza
de un bobo sol de domingo;
pero hay asueto y se sienten
felices los escolinos.

Salir al campo, correr
tras el hada del capricho;
coger, de paso, avecillas
y mariposas y nidos;
dar chapuzones de pato
en los remansos undivagos;
consumir bajo la fronda
uno que otro cigarrillo;
trepar árboles y muros,
y hurtar frutas y racimos.

Asueto... ¡Qué maravilla
para los chicos!

y para el cercado ajeno,
¡qué fastidio!

Los muchachos exageran
por doquier su regocijo.
El más pequeño de todos,
Federico,
separándose del grupo,
dase a vagar sin destino.
El zig-zag de su figura
se desliza por el río.

II

Late en la blanca penumbra
el corazón del molino.
Late el agua que lo mueve,
y en el follaje hay latidos.
Bajo el follaje los pájaros
se desgañitan a trinos.

En la orilla de la acequia
juega el niño.
Juega el céfiro con él
como si fuera su amigo.

Por ver al sol, irisadas,
saltar gotitas de vidrio,

tirando a las ondas piedras
se divierte Federico.
Se divierte; ríe, salta...
pero pierde el equilibrio.
Por un instante la linfa
es un cristal en añicos:
se ha hecho trizas el espejo
fugitivo.

Al detenerse de pronto
el palpitar del molino,
turba el sosiego del agro
un espantoso crujido,
y la corriente se tiñe
con sangre de infanticidio.

Atrozmente mutilado
y en un tapiz purpurino
de espumas alborotadas,
va el cuerpo de Federico.
Y de lejos, de muy lejos,
llegan voces y silbidos.

III

Martes, mal día... Desgano
de un bobo sol de domingo.

Como el agua molinera,
la vida sigue su ritmo.

Tendrán otra vez asueto
—¡qué asueto!— los escolinos.

Con blancas flores silvestres,
en un blanco feretrillo,
colocarán lo que resta
de Federico,
y al camposanto, mañana,
lo llevarán sus amigos.

ORFANDAD

La madre y el niño, ¡tan pobres!
Ella y él nada más.
Ella está ardiendo y delirando.
Él se ha cansado de estudiar
y de velar. Le rinde el sueño.
Igual que un fruto tropical,
su cabecita cae,
pesada, sobre un brazo del sofá.

Despierta con el alba y se aproxima
discretamente a su mamá.
Pide la bendición y pide el beso:
pero es en vano ya.
Su madre no ha despertado,
ni nunca más despertará.

FATALIDAD

I

¿Conocéis a la niña
de los ojos abiertos?
Mejor no conocerla
para no conocer el sufrimiento
sin esperanza alguna,
sin esperanza y sin consuelo.

Albas tinieblas la rodean
desde su nacimiento.
Está como perdida
en un recóndito universo
de olor y de sonido que no tiene
formas, matices, luz ni movimiento.

Son sus inmóviles pupilas
dos bolitas de mármol o de hielo,
apenas coloreadas

por un tenue verdor de lago quieto.
La niña nada ve, pero parece
que está viendo.
Palpa el color. El tacto es un idioma
que ella sola comprende, y un consuelo
para su soledad
y su anonadamiento.

Avanza como un ave,
sobresaltadamente, con revuelos.
Es un andar sin hacer ruido;
es un andar como entre sueños,
sonámbulo, en el borde
de un precipicio de inminencias lleno.

Ebúrneas mariposas,
posa sus manos en los pétalos,
en los racimos, en los frutos,
en el tibio vellón de los corderos.
Los reconoce a tientas, levemente,
en una intermitencia de tanteos.

En su redor los chicos se divierten.
Ella no puede compartir sus juegos.

Taciturna pasea por el parque,
del brazo con el hada del ensueño.
Descansa sobre el césped
y siente sobre sí pasar los vuelos.
Se queda horas enteras

en éxtasis, oyendo
las inaudibles voces
de los dominios del Silencio.

De noche, al acostarse
y al recibir la bendición y el beso,
oye al reloj gruñir y dar la hora
penosamente,
pausadamente. Luego
llega a su corazón la isocronía
del palpar del péndulo.
Igual que sobre un yunque
siente en su corazón golpear el tiempo.
Dicta la madre, dulcemente dicta:

"Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre,
venga a nos el tu reino..."
Apresuradamente y bostezando,
ella repite el "Padre Nuestro",
y se queda dormida
con los ojos abiertos.

II

Fué su niñez un limbo.
Su pubertad es un infierno
sin nadie más, sin nada más que ella
y el recuerdo...

En la cálida atmósfera de estío
con perfume de flor de limonero,
revolotea un pajarito
friolento:
su corazón desamparado,
su corazón en orfandad de afectos

Es el amor que pasa... pero queda
temblando en el retiro de su pecho:
el pregusto del goce entre congojas
del despertar al hondo sentimiento

¡La inconsolable niña
de los ojos abiertos...!
¡Qué buena madre hubiera sido!
Pero el amor también es ciego.

III

Mientras sollozan y se esparcen
las hojas de los árboles provecos,
con timidez de liebre se desliza
por el crujiente suelo.

Todo está muy distante, muy distante;
aún más: todo está yerto.

Pasan los años, pasan tristes,
casi vacíos, tétricos.

Como las cuentas de un rosario
se van las horas sucediendo,
las vanas horas que no traen
nada nuevo:
horas cansadas de esperar el milagro,
sufridas en silencio.

IV

Es noche enfurecida y torturada,
es noche de tomenta y de tormento.
Maúlla la noche, maúlla
como una gata en celo.

Arrastra Otoño sus grilletes
de bronce viejo.

Fustigan a la tierra desolada
relámpagos y truenos.
Gimen las alamedas entumidas
por el cierzo.
Parece que en la sombra
castañetean esqueletos.

Furtivamente sale la cieguita
de su aposento.
Está la pobre enferma y quiere aire.
Anhela respirar a pulmón pleno.
Y se pone a toser, y tose tanto,
que la estrangula el viento.

Bajo las sábanas del túmulo,
de rosas cándidas cubierto,
parece que no hay nadie.
Casi no abulta el cuerpo.
Entre las manos lívidas,
cruzadas sobre el pecho,
emblema de su vida dolorosa,
yace una cruz de ébano.
Conserva todavía en su semblante
con palidez de flor de invernadero,
la apacible sonrisa
y los ojos abiertos.

En los rincones de la sala,
los cirios hacen gestos,
cual si se despidiesen de la niña
que irá mañana en caja al cementerio.

Campanas, campanas, campanas,
aire sonoro y trémulo.
Campanas, campanas, campanas
para la virgen de los ojos abiertos.

DEL LIBRO
"ETERNO FEMENINO"

AMOR

I

PANTHEO ENCARNACIÓN DEL UNIVERSO

Amor, eterno amor que el Sol anima
desde el espacio ilímite en el mundo.
Madre Naturaleza, amor profundo
que va desde el abismo hasta la cima.

Perenne anuncio de cosecha opima,
sobre el tiempo, segundo tras segundo,
sólo el amor impónese, rotundo,
en toda latitud y en todo clima.

A Magdalena del amor divino
y al cisne sobre Leda del profano,
san Leonardo de Vinci abre el camino

del arte occidental renacentista,
del pantgista amor jesucristiano:
Sileno igual a Yokanín, bautista.

II

AIRE DE AMANE CER DE PRIMAVERA

Primavera en el alba de la vida:
leve y voluble amor de mariposa
a la estrella, a la flor, a toda cosa,
en alegre efusión de bienvenida.

Suave aparecer de la encendida
coloración del orto en oro y rosa,
y premura en la infancia caprichosa
de adelantar la hora de salida.

¡Con qué fervor de amor, con qué cariño,
con qué delicadeza bienhechora,
la madre al despertar bendice al niño,

mientras el ave al campanero avisa
que va llegando la esperada aurora,
para que llame a la primera misa!

III

FUEGO DE MERIDIANO EN EL VERANO

Amor de pubertad: estío. Euforia
de vivir y dar vida en himeneo,
cuando al zenit fulgura el apogeo
del Sol en su fecunda trayectoria.

Es la carne que exige, perentoria,
los fueros de la especie: es el deseo
de arder igual que Eurídice y Orfeo,
y hasta en el mismo infierno hallar la gloria.

La genital urgencia del instinto
convierte en exigente al pedigüeño
cuando penetra en el nupcial recinto...

La mujer —misteriosa maravilla—,
la mujer en la mente es el ensueño
“y sobre el corazón la pesadilla” (*).

(*) Arturo Capdevila.

IV

AGUA EN OTOÑO QUE EL OCASO
ENCIENDE

Amor de renacidas madrugadas,
sincero amor en fiel de contrapeso,
con un sabor de llanto de regreso
y de agridulce jugo de granadas.

Arrebatado amor en llamaradas,
sorbido con deleite, beso a beso,
y el pregusto del íntimo embeleso
tras las frases de fuego apasionadas.

Verlenianos violines de la orquesta
con un grato sopor de fin de fiesta:
amor de otoño en el poniente ardiendo.

Torrente y mar, pero también remanso:
ímpetu a veces, y también descanso...
y un florecer de rosas estupendo.

V

TIERRA EN INVIERNO
ANTE EL ETERNO ENIGMA

El amor es el plácido sendero
de los seres que pasan a diario
las veinticuatro cuentas del rosario
de la existencia en su alentar postrero.

Con infantil prolijidad y esmero,
deshojan anualmente el calendario,
y en un inmenso amor humanitario
nos dan de la cordura el derrotero.

Iluso aquel que a reservarse alcanza,
como Alejandro Magno, la esperanza,
morbosa siempre, del vivir longevo.

Aquel a quien el pensamiento aterra
de volver al regazo de la tierra,
del cual, tal vez, resurgirá de nuevo.

VI

JACULATORIA AL SAGITARIO

Niñodios de los dioses que en el Cielo
y en el Olimpo ves la ruta arcana
del ayer en el hoy y en el mañana,
siguiendo al Sol en su infinito vuelo.

Niñodios de los dioses, tiranuelo,
intercede por nós ante la humana
divinidad de Pan. Que la manzana
del edén no se esquite a nuestro anhelo.

Que atraiga la mujer con su donaire
al milagro esencial que está en el aire,
en el fuego, en el agua y en la tierra.

En la sangre el espíritu palpita,
en la sangre el espíritu se encierra
de la estirpe de Adán, el troglodita.

PAGANA

Al són del caramillo dionisiaco,
ritman su chapaleo en los lagares,
los pies bisulcos de los faunos.

Tañe la flauta Pan y danza, danza.
Los novillos enredan simulacros
de cópula y de lucha
por los risueños campos
en los que un sol enloquecido
entreabre las flores como labios.

Se ofrecen, ebrias, las bacantes.
Frescos racimos son sus pechos amplios,
en salvaje placer estremecidos
por las hispidas barbas de los sátiros.

Entre los odres que rezuman
añejos vinos de color topacio,
aparece la testa mitológica
coronada de pámpanos.

VENUS

Aurora de la vida, Venus *victrix*,
espuma congelada en alabastro,
gloria de Praxiteles y de Fidias
en mármoles pentélico y de Paros.
Amanecer del mundo, Anadyomena
desmayada de amor bajo los pámpanos.
Diosa y mujer, tu clásica hermosura
triumfal se yergue en horizontes amplios.
Como un crepúsculo alumbraste
la decadencia de Bizancio;
para el Renacimiento fuiste el alba
del arte henchido de fervor pagano.

La sonrisa del sol es tu sonrisa,
y el sol esplende en tus cabellos áureos.

Con tu magnética mirada
riges la danza de los faunos.

Desde el misterio astral de tus pupilas,
desde el abismo de tus ojos cálidos,
lanza flechas de miel envenenada,
lanza flechas el niño sagitario.
Nadie librarse pudo,
nadie podrá librarse de sus dardos.

Cautamente persigues mariposas
—mariposa tú misma— entre los nardos.
A Citeres conduces tus pajomas
—hay dos posadas en tu pecho cándido—
para inspirar a los poetas
estrofas con ardor de epitalamio.

Difundes al pasar, airosa y ágil,
el agridulce olor de los geranjos.
En el ardiente mediodía,
con sensual fruición aspira el sátiro
la perfumada huella de tu cuerpo
sobre la libre alfombra de los campos.
La llamarada de tus besos busca;
busca la hoguera de tus labios.

Quién celebrar pudiera —¡oh, Afrodita!—
tu belleza inmortal en ditirambos
con cadencia de mar enardecido,
con cadencia de mar sobre tus flancos.

PRINCESA

Danzaste en el festín bajo un jadeo
de expectación abyecta.
Con ojos de lujuria iba engulléndote
la cortesana concurrencia.

Enajenadamente retorcías
tus brazos y tus piernas,
y en sacudido contoneo
se remecían tus caderas.

Eran tus manos lirios;
tus pies dos níveas mariposas ebrias.
Sesgaba tu sonrisa
un irónico rictus de protervia.

¡Ah, tu esbeltez andrógina;
tu escultural belleza;

el torrencial caudal de tu ondulada
y endrina cabellera;
tus viperinas esquivaces;
tus desperezos de pantera;
tu olor de mar y de montaña:
tu embriagador olor de virgen hembra...!

En la penumbra refulgían
las escamadas lentejuelas
de tus rodela pectorales,
sirena.

En la penumbra refulgían
tus sagitales ojos de culebra.
¡Ah, el poder de atracción de precipicio
de tus ojos con fuego y con tinieblas...!
Los vi desde la muerte, mientras, pálida,
colocada en magnífica bandeja,
vertía un llanto de rubies
entre tus manos mi cabeza.

O A R I S T I S

Hembra del trópico, te bañas,
y el Mar te embiste como un toro en celo.
Se retuercen los dos. Los dos se estrechan
en bárbaro himeneo.

Undívaga y esbelta,
jadeando y palpitando y reluciendo,
sales del tibio tálamo de espumas
para entregarte al Sol, morena Venus.

Un fosfatado olor de marejada,
un agresivo olor hay en tu cuerpo,
y en tus ojos de fósforo, profundos,
el imantado ardor de los deseos.

Después de tus nupciales arrebatos.
Después de tus transportes con el piélago

y con el gran fecundador celeste
que te retuesta con sus ígneos besos,
igual que un eremita en trance lúbrico
o un sátiro en acecho,
desesperadamente husmea
tus leves huellas el agreste Céfiro.

Tu aliento con olor a sangre y nardo,
tu aliento embriagador se lleva el Viento.

Te espera el Monte virgen
para envolverte en su furor genésico.
Y, apremiadoramente urgido,
para que a mí te des también espero.

Altanera, triunfal, te miro erguirte
sobre los naturales elementos,
para que te rindamos pleitesía
la Tierra, el Aire, el Agua, el Fuego,
y yo, que soy el Hombre, ¡oh Soberana
por el amor ungida y por mis versos!

ANHELO

Más allá de mis ansias va el sendero
que conduce a tu amor, samaritana.
¡Esté de mí tan próxima y lejana
la fuente en que mi sed saciar espero!

Muy cerca y más allá, como un lucero
fulgura tu hermosura soberana,
siempre perennidad, siempre mañana,
siempre un vano aguardar lo venidero.

Inalcanzablemente encantadora
como una flor de abismo en luz de aurora,
vas manteniendo la esperanza mía.

Cual por una ilusión corporizada,
después de despertar con la alborada,
voy soñando contigo todavía.

EXALTACIÓN

¿Qué podrían mirar, amada mía;
estos mis ojos que ya han visto tanto?
¿Ni qué emoción lograr frente al quebranto
de la moral universal hoy día?

Debe el arte ir desnudo de falsía;
concentrar; persistir: brasa en amianto,
selva en semilla, mar en gota, canto
en vez de doctoral filosofía.

De mis nervios tomé control y mando,
y en ardiente inquietud de los sentidos,
está mi pensamiento palpitando.

Así por tí, samaritana fuente,
crudamente apresura sus latidos
la venazón de rayos de mi frente.

LUNAS

Luna de ocaso elevándose:
luna de ausencia y nostalgia
que va escarchando de alburas
las cumbres en lontananza.

Media luna a media noche
—sortilegios y fantasmas—:
luz de las almas en pena
y de las penas del alma.

Luna que igual que una hostia
se deslíe en la alborada;
luna de buena fortuna,
la luna en la madrugada,
la que doquiera difunde
dulce aroma de esperanza;
la que te besa la frente,
la que te lleva mis ansias
en el trinar de las aves
y en los suspiros del aura.

ANSIEDAD

Voy esta noche embriagándome
con ajeno de la luna.
Voy también tejiendo coplas
del *harawicu* a la *ñusta*.
Y es porque sólo en tí pienso,
mujer de fiebre, Cantuta.

El pasado en mi memoria
se va esfumando entre brumas:
tonada casi olvidada,
versos de estrofa inconclusa,
perfume en frasco vacío,
cautiva flor que se amustia.

Mi suerte, virgen de fuego,
está enroscada en la tuya
lo mismo que una culebra
punzada por la lujuria.

Yo que a capricho he jugado
con envites de aventura,
he perdido mi albedrío.
Tu voluntad lo sojuzga.

Contigo mi pensamiento
está en la luz, pero a oscuras.
Cegado por tu mirada,
mi corazón se chamusca
con giros atolondrados
de mariposa nocturna.

En ti, rosa de los vientos,
encrucijada de rutas,
con el temblor obstinado
de la magnética aguja,
va titilando mi vida
sobre el imán de la brújula.

Cuanto más quiero olvidarte,
con más fuerza se insinúa
tu corazón de baraja
sobre mi mala fortuna.

Camino del mal destino
para mi vida errabunda
de amanecidos anhelos
y trasnochadas angustias;
falsa visión de espejismo
que desencanta y abruma;

fuelle cercana y distante
de mi pasión sitibunda,
¿por qué dejas que me quede
rumiando penas ocultas?

Nuestra amistad es un cruce
de evasivas y de dudas,
y un paréntesis abierto
entre el mañana y el nunca:
hastío, monotonía
de la canción de la lluvia;
siempre la misma respuesta
a la invariable pregunta;
entre insomnio y pesadilla,
siempre la misma tortura.

Kantuta de mis antojos,
flor engreída de estufa,
peligrosa y atrayente
como una espada desnuda,
hoy está en ansia encendida
mi esperanza moribunda.
Hoy pienso en ti como siempre,
deseándote como nunca.

ASÍ HABLABA ZARATHUSTRA

—Amor, dices, dicha plena,
perenne confortación.
—Amor, ensueño y engaño,
vuelo y desliz digo yo;
mariposa en el cerebro,
serpiente en el corazón.
Amor, sitibundos labios
en que ha muerto la canción.
Amor, pausado tormento
del palpitir del reloj
en la profunda tristeza
de una mañana sin sol.

M E N T A

En el viejo sofá
de terciopelo verde,
lloras por algo que has perdido
para siempre.

Desde afuera la luna crispa un gesto
de burla, triste y verde.

En un tosco jarrón desportillado,
llenas de tedio mueren
algunas flores. Todavía
las hojas están verdes.

De la esmeralda de tu anillo
saltan reflejos verdes:
fosforescencia de luciérnagas
de un tremedal con hálito de peste.

El hielo que ha quedado en las copitas
se ha teñido de verde.

Un distante violín de radio raspa
una sonata verde
que estira en trémolos de angustia
sus rechinantes erres.

Hasta tus ojos —selva, mar, cielo de ocaso—
verdes,
están como escarchados de veneno
de serpiente.

La cara de *clown* de la luna
tras las nubes, de pronto, se pierde.

Cual en los versos lánguidos
del cojo sátiro celeste,
la lluvia va tras los cristales
de la ventana, verdes,
tejiendo —araña del fastidio—
su interminable velo leve.

Te hallas tan cerca a mí; tan cerca te hallas,
que te siento muy lejos, casi ausente.

Ya para mí —¡qué cosa horrenda!—
ya para mí no eres

lo que hasta hace poco rato fuiste:
la primavera verde;
la ilusión, la esperanza, el amor férvido
y el pregusto del máximo deleite,
sino la decepción irremediable,
la fruta verde
que destempla los nervios
con su acidez algente.

No eres ahora como
cuando anhelaba yo poseerte,
y en todas partes te veía...
sin tu presencia muchas veces;
cuando me embebecía en tus encantos
como los cisnes en el agua verde:
los de Luis de Baviera, el taciturno
rey de reyes,
y el de Leda, divino, desmayándose
entre la linfa diáfana y el césped.

¡Cómo te imaginaba yo; cómo te urdía
mujer y diosa: Magdalena y Ceres;
bacante en los espasmos,
canéfora en el éxtasis!

Las golondrinas del ensueño,
las golondrinas que amó Bícquer,
han sido estranguladas por el gato
de Baudelaire, por el felino aleve,
y por el cuervo doctoral de Poe:
“*Never more*”, jamás, horror perenne.

Mi alma se diluye
en la bruma de ajeno del ambiente,
en el verdor amargo, glauca nébula
de morbilidad que nos envuelve.

Alucinante Salomé, trompo de coágulos,
en mi cerebro gira el hada verde.

Miro las cosas cual si fueran
biliosamente verdes
como las pesadillas,
como la muerte.
Todas las cosas vistas y soñadas
son verdes, verdes, verdes, verdes:
colibríes, cantáridas, relámpagos,
profundas noches verdes,
ojos de los jaguares y las víboras
bajo los árboles silvestres,
verdosas facies de los perseguidos
por el *delirium trémens*,
cadáveres lamidos por las algas
de la penumbra verde,
esqueletos con musgo, fuegos fatuos,
larvas de pesadilla, blandos vermes,
viejos estanques con nenúfares,
tumbas rodeadas por cipreses,
cobriza herrumbre de los cofres
en las basílicas solemnes,
sombras que tiemblan con verdor de azufre,
fantasmas lívidos que encienden
amarillentos cirios
de tenebrario... ¡Miserere!

Me hundo como un náufrago
en el vórtice verde:
tirabuzón de cefalalgia,
venas en raudo palpitar de fiebre.

No quiero que me veas,
ni quiero verte,
mujer de menta helada,
fascinador abismo verde.

DEL LIBRO
“BURBUJAS”

I

Para el ensoñador meditabundo
es doloroso descubrir
que en esta vida, infausta vida,
sólo hay pasado y porvenir.

El hoy no existe y es eterno:
es como un tétrico capuz
cortado en dos por una espada
de luz☆

La eternidad respira los momentos
en la palpitación de los relojes,
en el golpear isócrono del tiempo.

☆

Dolor de ser, temor de ya no ser,
eso es la vida hoy día como ayer.

Tienen idéntico compás,
el siempre y el jamás.

☆

Pretérito, presente, porvenir:
nacer, sufrir, morir.

☆

Con suficiencia fútil e insensata,
"hay que matar el tiempo" nos decimos.
Pero es el tiempo el que nos mata.

☆

Frente a todo recuerdo que nos deja
un amargo sabor de despedida,
infatigable el corazón maneja
su cajita de música: la vida.

☆

¡Cuán pavorosa suerte
la humanidad soporta:
La de vivir más tiempo que la muerte!

☆

Es condición humana
curarse de un dolor asiduamente,
para un igual dolor sufrir mañana.

☆

Amor correspondido, amor perdido.

La existencia pasa y pesa.
Sólo nos queda el camino
por el que no se regresa.

☆

¡Ah la tremenda duda!
Este querer partir que desespera
con el ¿adónde? y con el ¿cuándo?
con el ¿si fuera! y ¿si no fuera!

☆

La noche: el tormento
de encontrarse a solas
con el pensamiento.

☆

Día sin nadie, frío y triste.
¡Qué día, hermana rana,
para bandirse!

¡Adiós! ¡Adiós! Los años siempre iguales.
Los desengaños luego.
¡Adiós! ¡Adiós! Las manos que se estrechan
con demorado afecto.

Después la terca, la tediosa
respiración del tiempo.
Hacia donde el destino lo conduce,
el pasajero va; queda el sendero;
quedan las almas y las cosas
flotando en el recuerdo;
las emociones quedan
haciéndonos vivir con lo que ha muerto.

Somos agua que viene de muy lejos
y se adormila un poco en el remanso:
agua que siempre y nunca llega
con su canción de acordes diáfanos.

Tal como el agua que parece
que no pasara y va pasando,
tal como el agua es el recuerdo
en la corriente de los años.

La vida huye de nosotros,
y está en nosotros, honda, sin embargo.
☆

Hay que creer para crear.
☆

¡Ah la amargura de vivir
con la obsesión del más allá!
La muerte por venir
¿cómo será? ¿Cuándo será?
☆

Hay algo de inquietante en los recuerdos:
imágenes confusas, incorpóreas,
de la vida invertida en los espejos.
☆

De alguna parte alguien nos atisba.
166

¡Ah la opresora angustia de estar viendo
algo del más allá:
la firme convicción de que algo horrendo
sucederá!

Tremenda lucidez del pensamiento
en el insomnio. Pertinaz tormento
el de vivir un siglo en un momento.
☆

Somos juguetes del acaso.
Siempre hay algo en qué tropezar
a nuestro paso.
☆

Vivir la tradición: vivir la muerte.
No puede ser, amigo, de otra suerte.

II

.

Hay algo de risible y de macabro
en la sonrisa y la actitud forzadas
de los que van a ser fotografiados.
☆

Los nervios se me crisan
y me amedrenta el mal destino,
cuando me cruzo con el hombre
del inmóvil ojo de vidrio.

Desmesuradamente,
si se las ve de abajo,
las estaturas crecen.

☆

Hay que asistir, poeta,
al gran banquete en homenaje tuyo:
hay que ponerle al alma la careta.

☆

Involuntaria y tercamente,
miré mis ojos reflejarse
en los airados ojos del demente.

Transido de pavora,
desde la encrucijada de esos ojos,
miré que me miraba la Locura.

☆

Amanecer de campamento:
arder y tiritar. u
Gelidez de la fiebre en los palídicos.
Calofríos de fuego en el vivac.

III

Las cosas de muy cerca, ve muy lejos
el hombre colocado
entre un paréntesis de espejos.

Al congelarse el tiempo en la cabeza,
lejanamente fulge
más tentadora y pura la belleza.

☆

Humanidad: esclava del prejuicio
bajo el dogal del dogma.
Tiempo: ratón que muerde nuestra carne
y roerá nuestra carroña.

☆

Una tonada es un recuerdo.

☆

El verso es universo, eternidad.

☆

El arte es el dolor alquitarado
por la virtud a veces;
pero a veces también por el pecado.

☆

Canta poeta, canta,
Sobre el pesar y el desencanto,
los brazos de la cruz serán tus alas.

☆

En dolor y en amor hay que tener la mente
y la materia dignos
del espíritu puro y la carne ferviente.

Para que logre la existencia
redención,
hay que pasar por alquitaras
de dolor.
Hasta el pecado a veces,
hasta el pecado es un crisol.

☆

Por el Dolor se llega a ser divino.

☆

En toda situación y en todas partes,
hay que portarse como un príncipe:
ser orgulloso frente al poderoso,
y junto al desvalido ser humilde.

☆

Vivir sin hacer daño;
morirse de repente,
son la envidiable vida
y la envidiable muerte.

¡Cuán dulce es recordar una tonada
que en la niñez oímos,
colmada de emoción, llena de mimos,
llena de infinitud, llena de nada!

☆

Bendito sea el soporoso
latido del rescoldo de fogata,

que en el vivac es sueño amanecido,
y en el hogar del pobre bienandanza.

☆

Hay que pensar en esas abrumadas
vidas torcidas de repente, vidas
por todos los caminos arrastradas
y por todos los vientos sacudidas.

☆

Esas vidas golpeadas por la suerte
—la mía por ejemplo— se hacen puras
como el agua entre rocas del torrente.

☆

Amor en la añoranza: eterno instante.

☆

Destino de infortunio del que piensa
dando a sus emociones armonía,
crear y re-crear sin recompensa.

IV

Jamás me fascinó la fantasía.
Yo fui pasión y soy pasión en todo
todavía.

Al recorrer el áspero sendero
de plenitud de vida que escogí,
yo no busco la gloria; la espero,
y no la quiero para mí.

☆

En dos partes partí mi vida: una,
la de aprender, de nada me ha valido;
otra, la de gozar, tampoco ha sido
merecedora de mejor fortuna.

☆

La mala vida bien vivida,
la dispendiosa vida,
tan sólo me ha dejado
un amargo sabor de despedida,
de llanto atragantado.

☆

He aquí lo que yo he sido:
meditación y soledad y ensueño:
vale decir olvido.

☆

Yo vengo de las profundas horas,
de los dominios del silencio.
En las tinieblas de la duda
arde mi pensamiento.

☆

¿Será mañana como ayer?
ayer lo mismo que hoy?
Todo lo siento en mí, todo lo siento,
pero no sé ni lo que soy.

☆

Quiero como un faquir,
sobre cuchillos afilados,
sobre carbones encendidos ir...

☆

En disciplinas interiores
purificarme espero.
Yo quiero que la muerte me halle limpio
de alma y de cuerpo.

☆

Yo anhele tu destino, hermano Viento,
para peinar los mares y las selvas,
para avivar el fuego,
para llevar aromas
y nubes al desierto.

☆

Euforia fué mi infancia;
mi adolescencia, estudio sin sosiego;
mi juventud, fuerza de músculos
y eclosión de placeres turbulentos.
Hoy día soy tan sólo

cartílagos y nervios;
pero en mi mente, alborotadamente,
rebullen los renuevos,
y fulge todavía
la tempestad en mi cerebro.

☆

—“Hay que partir a cualquier parte”,
me dice, apremiadora,
esa imantada voz de lo distante.

Empero, yo prefiero no hacer nada
más que dejarme estar horas enteras
barajando ilusiones y añoranzas.

Ensoñar, recordar y, pulso a pulso,
reloj y corazón ir entregándolos
al tiempo cortejado por segundos.

☆

Déjame descansar un poco,
corazón, matraca del diablo
que vas golpeándote a ti mismo
en tinieblas de Viernes Santo.

☆

Voy por el mundo deambulando,
llevando en rumbo incierto,
la mente en combustión constantemente,
y el corazón en cautiverio:

con los siete puñales del pecado,
mi corazón al infortunio abierto.

☆

Soy como los elementos naturales:
soy libre como el viento.
Como la tierra soy fecundo.
Consumo y me consumo como el fuego.
Soy como el agua de los montes, puro,
a fuerza de golpearme en el roquedo.

Como la tierra doy simiente y fruto.
Soy vagabundo como el aire,
ardiente y luminoso como el fuego,
y como el mar, profundo y resonante.

☆

Alba flor del ensueño, celestial margarita,
en aroma al empireo se me fué la adorada,
Extinguióse en sus ojos la postrera mirada,
y brotó de sus labios la palabra infinita.

☆

El paisaje soy yo.

V

Por la soberbia del Frenético,
para la humanidad enagenada,
ha llegado la hora de la ira
que el profeta de Patmos anunciara.

☆

Esta es la época maldita.
Por doquiera, terrífico, se escucha,
con el ronco jadeo de la lucha,
el gruñido bestial del troglodita.

☆

Por sobre coágulos de sangre
—funesta floración de la hecatombe—
mariposean estandartes.

☆

En esta era fratricida,
como en los malos sueños,
amarrada al peligro está la vida.

☆

—¡Jesús! ¡Jesús!— ¡Con qué inefable arrobo
San Francisco de Asís dice tu nombre!
“Piedad, Jesús, para el hermano lobo,
para el hermano lobo que es el hombre.”

VI

La campana llama a misa.
Tras la aldea adormilada,
sobre el rocío se irisa
la luminosa sonrisa
del Inti en la madrugada.

☆

El sol traspasa los vitrales,
y en colores y en luz sorbe alegría
el alma de las viejas catedrales.

☆

Creyéndose tocado por la Gracia,
en el jardín del claustro el penitente,
trata de interpretar, sin conseguirlo,
la jerigonza de la fuente.

☆

Vaivén de hamacas: inefable
dejarse estar mudo y quieto;
dulzura de ir despertando,
para dormirse de nuevo,
para escapar al suplicio
de sentir gotear el tiempo.

☆

Desarrollando gérmenes recónditos
en el proceso de la célula,
la luz, el cósmico elemento
del núcleo seminal del sol, penetra
con las roturaciones del arado,
en el útero eterno de la Tierra.

☆

Exaltación vital, euforia agreste,
abierto campo en frenesí de trinos,
y al norte, al sur, al este y al oeste,
caminos y caminos y caminos.
Alas también, sin rumbo, enloquecidas,
alas también de luz para el espíritu.

☆

Como granos de anís que caminasen,
rengueando y tropezando las hormigas,
a sus tugurios colectivos
se van en procesión llevando migas.

☆

La tarde está serena.
el estanque pesado de nenúfares,
es un alfilerero de libélulas.

☆

Invierno sobre los vidrios
con estrellitas de plata.

Estrellitas de un momento
por el aliento escarchadas.

Estrellitas: margaritas
de las regiones arcanas.
Margaritas: estrellitas
en el campo derramadas.

☆

Para alumbrar al día moribundo,
la lontananza azul va iluminándose
tras la concha marina del crepúsculo.

☆

La luna se hace trizas
sobre las aguas movedizas.

☆

Entre un revuelo de piraguas
que enciende trémulas vislumbres,
da el Titicaca en sus azules aguas
el reflejo invertido de las cumbres.

DEL LIBRO
"NATURALEZA Y ALMA"

EL CABALLERO
DE LA MANO EN EL PECHO

En la mirada del hidalgo austero
fulge —reflejo de un dolor arcano—
la excelsitud del pensamiento humano
que anhela conocer lo venidero.

Ansia de hallar el místico sendero
de la serenidad. ¡Con qué desgano,
como una flor de cera está la mano
puesta en el corazón del caballero!

Tal vez bajo esa mano enflaquecida
por la tenacidad del sufrimiento,
tal vez bajo esa mano hay una herida.

Del caballero el padecer perdura
plasmado en su semblante macilento
y en la grave actitud de su figura.

RICARDO JAIMES FREYRE

In memoriam

I

En Jaimes Freyre acéndrase el decoro
del inmortal idioma de Castilla.
¡Con qué esplendor su pensamiento brilla
en el soneto cincelado en oro!

Sus poemas, de ritmo undisonoro,
son de una pulcritud que maravilla.
Tiene su arte, de expresión sencilla,
la pureza del verbo por tesoro.

Sancho Dávila en lides de adalides,
el Arcipreste de Hita en los de amores,
y Jaimes en sus versos seductores,

nos hablan de los bélicos ardides,
de los frutales labios, de las flores
y del icor de las divinas vides.

II

Vió en la imagen el símbolo Ricardo:
las aves de la lúgubre floresta,
el certero disparo de ballesta,
y el viejo tronco en que titila el dardo.

La tibia alcoba con olor a nardo,
el golpe de puñal en la intempesta,
y la fina mayúscula en la testa
del hermano pintor que pinta el bardo.

Arte de contrapunto el de Leonardo.
El de Jaimes también: los dos orquesta.
Santo grial y espada, lirio y cardo,

marina furia y hamacada siesta,
wagneriano clarín de longobardo,
y violín de Verlaine en fin de fiesta.

III

Llegó con Mefistófeles ladino
a la armoniosa, la castalia fuente,
que fué su fuente de Juvencio, ardiente
como su numen: mar y torbellino.

Y remanso también, también camino.
Fué latino y helénico su ambiente;
pero influyeron subrepticamente,
Petronio y Oscar Wilde en su destino.

Tuvo el ingenio con sabor a guinda
de la generación de "Blanco y negro".
Cató en el ritmo danzarín de *allegro*

que alegra a la "Marquesa Rosalinda",
el solariego vino que nos brinda
Ramón del Valle Inclán y Montenegro.

IV

El admirable trovador tenía
gentil arresto y retador talante:
apostura gallarda y arrogante
que respeto a los hombres infundía.

Que infundía a las damas ardientia
para cruzar, en juego petulante,
con el galán de guantelete o guante,
frases de desafío y de ironía.

Le robó a la enigmática Gioconda
ese mirar de sesgo y esa arcana
sonrisa de soslayo, aguda y honda,

conque rindió, de paso, a la lozana
pastora del marqués de Santillana
y a la joven duquesa de la Fronda.

V

Olvidando su ruda disciplina
y el vigor de su verso y de su prosa,
gustaba de la gracia primorosa
del madrigal, que es mimo y golosina.

Por amor a la hermosura femenina,
su musa, veleidosa mariposa,
se posaba en un pétalo de rosa
o en los labios en flor de Colombina.

A furto así de su vivir austero,
encontró en las mujeres su fortuna.
Quiso tal vez a todas... o a ninguna,

con un amor liviano y volandero.
Y fué, quizás, quien más tentó al trovero,
como a Pierrot, la señorita Luna.

VI

Jaimés tenía ojos de milano,
facha de gran señor, casi altanera,
chambergó en la encrespada cabellera
y alguna flor en la alongada mano.

En la humilde capilla vié al silvano,
y al eremita en la feraz pradera.
Por eso fué su invierno primavera
para el amor cristiano y el profano.

Vié el signo de la cruz —brazos abiertos—
sobre el orgullo y la protervia muertos:
los dioses y los héroes del Walhala.

La siringa y el órgano en escala
—cañas y tubos— al ayer despiertos,
elevaron su numen como un ala.

VII

Por amor al dolor —sublime rima—
el misericordioso caballero
quita al leproso, al borde del sendero,
la sangre que en su llaga se arracima.

Dolor desde el abismo hasta la cima,
y amor desde el pantano hasta el lucero.
Tal vez sólo un dolor es duradero:
el del Ideal con el tacón encima.

Burgos de feudo a los que el hambre asedia
nos muestra el vate sobre el mundo infando,
y luego el humanismo palpitando

tras el supremo horror de la Edad Media.
Mas hoy en día no sabemos cuándo
terminará la universal tragedia.

EPÍSTOLA

Para probarte, Carlos, lo mucho que te quiero,
te escribo esta misiva. Que te distraiga espero.
Tan sólo es un ensayo de examen de conciencia
por el que los vaivenes sabrás de mi existencia.
Como la tuya, buena, como la tuya ha sido
amor al arte excelso y amor al desvalido.

Si para ti fué campo de estudio y experiencia,
para el desamparado tu ciencia fué clemencia.
Patronos tuyos fueron San Luis y Don Quijote:
modestia y bizarría en generoso brote.

Tenías el buen gusto y el ágil humorismo
de quien, burla burlando, se burla de sí mismo.
Lucías un flamante sombrero de torero;
empero con ideas debajo del sombrero.
Mundo, demonio y carne, los compartí contigo.
Pesares y alegrías tuvieron al amigo

¿Mi infancia?: Juegos, mimos, hurtadas golosinas,
versátiles falenas, fontanas cantarinas,
auroras, trinos, alas, mirajes halagüeños
e imágenes venidas del mundo de los sueños.

¿Mi juventud? Pasiones que barajó la suerte.
(Con ellas todavía la Suerte se divierte.)
Placeres volanderos, amores de aventura,
dejaron en mis labios resabios de amargura.

Intemperante en todo y en todo impenitente,
jamás preví yo nada que fuera conveniente.
Perdí fortuna, es cierto, pero gané ilusiones
que valen más que todas las viles ambiciones.

Me dediqué en mis ocios a cincelar soneros
de gelidez marmórea, difíciles, escuetos.
Entre catorce sirtes se deslizó mi barca
guiada por los manes de Tasso y de Petrarca.
En una intrascendente labor de orfebrería,
mi obra era entonces tan sólo fantasía.

Tapices orientales, litúrgicas estofas
y rutilantes gemas tuvieron mis estrofas.

Quedíme, sin embargo, de esa labor tan nimia,
un agridulce dejo de mosto de vendimia.
Cuando sutil e irónica, mi musa le dió un filo

de daga de conjuras a mi acendrado estilo,
disciplinadamente metida en un cilicio
de voluntad, mi obra fué pronto sacrificio.

Seguí las portentosas, las estelares rutas
en las que se concentran las normas absolutas
de lo imperecedero: la célica armonía
que en éxtasis miríficos Pitágoras oía.

Al despertar mi numen con ansia de horizontes,
vi palpar el éter en torno de los montes.
Sentí que poco a poco la pulsación marina
en mí se prolongaba, profunda y en sordina.
Y dolorosa y fúlgida como un deslumbramiento,
la inspiración — ¡Oh Palas! — hirió mi pensamiento.
A mí, como un resumen del múltiple universo,
llegó la esplendorosa perennidad del verso.
Entrecerré los ojos y pude hallar belleza
en todos los aspectos de la Naturaleza.
Y vi los mismos rasgos de Apolo y Jesucristo
en el desdoblamiento del Hermes trimegisto;
y en el "Sileno" joven y en el "San Juan" gallardo,
la misma faz copiada por el genial Leonardo.

Entonces, bifurcadas, a mi anhelante vista,
las cosas adquirieron sentido panteísta.
Miré, como entre nieblas, posarse la paloma
del Paracleto encima de la vedada poma.

Como en el claroscuro del cuadro de Durero,
marché, meditabundo, por el hostil sendero
detrás del caballero, del diablo y de la muerte.
Y fuí el agreste fauno y el eremita fuerte.
Y cultivé en mis vastos jardines interiores,
con singular esmero, las más extrañas flores;
flores del bien del mínimo seráfico de Asís;
flores del mal del máximo poeta de París.

Atirantados nervios, las cuerdas de mi lira
vibraron en las llamas de la sagrada pira.
Rosas de fuego lírico brotaron de mi mente,
y espinas de calvario brotaron igualmente.
Y en noches consteladas de lágrimas y rimas,
voló mi pensamiento con rumbo a las dos cimas
de redención: el Gólgota y el Cáucaso. Las veo
con sus divinas lumbres: Jesús y Prometeo.
Las vemos todos, nítidas, iluminando al mundo
de estos funestos días, sangrante y sitibundo.

Jugué contra el Destino. Ganéme la partida,
e inexorablemente me castigó en seguida,
llevándose a mi madre, hurtándome, alevoso,
la gracia de sus manos, carentes de reposo.
¡Manos de madre, santas, que ahuyentan el delirio
febril de los cerebros en trance de martirio,
al dar a luz ideas sin culpa concebidas;
manos que dan sustento, restañan las heridas,
y al bendecir perdonan y tiemblan, azoradas,
bajo la luz difusa de insomnes alboradas!

Ahora ya soy claro; ya soy sencillo ahora,
pero también profundo. Ya sé por qué se llora.
En áticos crisoles, bajo el bregar acerbo
del gran dolor humano, se depuró mi verbo.
Dolor de amor genésico, dolor es la belleza,
dolor el pensamiento, pero también pureza.
Merced a él hoy día soy hondo y transparente
remanso monte adentro de la armoniosa fuente.
Mi corazón arraiga tan sólo en descampado,
mi corazón, rosal en el erial plantado.
Mi arte, castamente desnudo como un niño,
en vez de vanas pompas ha menester cariño.
Ese cariño humilde de los desamparados
cuyo fervor redime de todos los pecados.

Amor, el verdadero, me dió, por fin, ventura,
pero no pudo —es claro— llevarme a la cordura.

Cuando advertí que el tiempo nevaba ya en mis sienes,
hice total renuncia de terrenales bienes.

Únicamente anheló purificar mi vida,
y ser no más que olvido, no más que despedida:
sentirme, dulcemente, correr por hondos cauces,
igual que el agua al beso de los llorones sauces;
mirando los paisajes trizados en reflejos
sobre el cristal sonoro de líquidos espejos,
soñar, seguir soñando, mientras alienten nidos
y el corazón aguarde sus últimos latidos.
Trocar es mi esperanza, trocar es mi deseo,
por la castalia fuente, la fuente del Leteo.

En el hogar tranquilo dejar pasar las horas,
teniendo entre las mías las manos bienhechoras,
las indulgentes manos de abnegación ungidas,
santificando, juntas, la meta de dos vidas:
las manos de la esposa, que en horas de desvelo,
son bálsamo y refugio y estímulo y consuelo.

Al concluir la carta en que apunté el trayecto
de mi existencia honrada por tu sagaz afecto,
te digo, Carlos Müller, como un cartujo anciano:
—Todos morir habemos. ¡Hasta mañana hermano!

BUSTO

a Luis Perloti

De tus manos surgió delgada y dura,
una faz a la mía semejante.
Estoy eternizando en el instante
por la vida interior de una escultura.

Cabellera en frondosa encrepadura;
mirada adivina en lo distante,
y ensombreciendo un poco mi semblante,
una sutil sonrisa de amargura.

Quise corresponder, artista hermano
cuyo cincel me salva del olvido,
la dádiva cordial de que me ufano;

quise —lo digo a todos en secreto—,
quise exaltar tu nombre... y no he podido,
en las severas líneas de un soneto.

DEL LIBRO "HOMENAJES"

A MARITZA TARDIO ZEGARRA

Todo lo tiene la niña,
pues todo lo mereció:
tiene el amor de sus padres,
que es el máspreciado amor,
la gratitud de los hombres
que el infortunio abrumó,
y el afecto de los débiles
animalitos de Dios.

Ambiente tibio, agua pura,
campiñas ebrias de sol,
rebaños en lontananza,
oro trigal en redor,
sosiego en todas las cosas,
sosiego en el corazón.

Todo lo tiene la niña,
pues todo lo mereció.

Y es que fué, sin pretenderlo,
piedad y consolación
para los seres que sufren
de un mal destino el rigor.
Ayudar al desvalido
fué su abnegada misión.

La Virgen Nuestra Señora,
sus dones le concedió
vida, dulzura, esperanza,
constante confortación
para los suyos; alivio
para el ajeno dolor.

Virtud, carino y trabajo,
trinidad de bendición,
levantaron para ella
un castillo encantador.

En fronda de lambrequines
tendrán su heráldico rol,
los cuarteles, los emblemas
y el exergo del blasón.
De blanco vendrá la niña
por la escala de Jacob.
¡Con qué alborozo Natura
celebrará su candor!

Aves, insectos y flores
harán su coronación.

En alba de primavera
dará el cuco del reloj
la gran noticia que el gallo,
por pueblo, valle y alcor,
difundirá en estridentes
discordancias de fagot.

En la corte de Maritza,
las rosas —damas de honor—
llevarán por abanicos
mariposas tornasol;
jazmines serán los pajes;
un pensamiento el bufón;
alabarderos los lirios;
chambelán un girasol.

Bajo la bruma olorosa
de los árboles en flor,
en el jardín que ella cuida
se irisarán al resol,
las alas de las libélulas
y el cristal del surtidor.

Con la Rana, prima-dona,
modularán su canción
doña Cigarra, don Grillo
y el tenor don Ruiseñor.

En suntuosos cortejos
visitarán la mansión,

diminutos personajes
de los cuentos de Perrault
y de las vagas leyendas
de Jutlandia entre los fiords.

Caperucita encarnada,
libre del lobo feroz;
la princesa Blanca Nieves
con su fantástico estol
de enanos que harán zalemas
a paso de rigodón;
y la que ayer cenicienta,
poderosa reina es hoy.

Entre palomas vestidas
de primera comunión,
con los gnomos nibelungos
de los dominios de Thor.
el gallardo Pulgarcito
se colará de rondón.

De Liliput vendrá el bravo
Tom Pouce, el valiente Tom.

Ante minúscula gente
de kimono y quitasol,
lucirá el gato con botas
su bigote fanfarrón.

Tras los elfos y las sílfides
de Titania y Oberón,
llegarán los Reyes Magos
con la estrella del Pastor.

Ofrendas tendrá la niña,
de gemas en profusión.
La elogiarán trovadores
en la antigua lengua de Oc.

Alí Babá y Aladino
desplegarán su esplendor.
Scherezada hará de Oriente
fabulosa narración.
Arlequín y Colombina,
Polichinela y Pierrot,
relatarán aventuras
de los héroes de guinol.

Vendrán con ñustas del Inti
sacerdotisas de Imox.

Príncipe azul, el Ensueño
portará el áureo toisón.

Con Melusina y Uganda,
gentiles hadas las dos,
entre azores y lebreles
vendrán nietos de Nemrod.

Florisel y don Gaíferos
justarán bajo el torreón.

Verá la niña el boato
de tanta gente de pro.

En gran desfile los séquitos,
por entre guardias de corps,
le rendirán pleitesía:
unos bien y otros mejor.

Entre pandillas gitanas
animarán la reunión,
palaciegos danzarines
de Oremburgo y Novgorod,
finas almeas de Java,
fantoques de *lambell walk*
y parejas de cuadrilla
cruzándose en el salón.

Habrá paseos, banquetes,
danzas, juegos —¡qué se yo!—
por muchos días... Y un día,
cuando vierta su fulgor
el lucero del ocaso,
se esfumará la visión,
y un futuro de ventura
dará a la niña su albor.

Infanta, la de los ojos
en que anida la ilusión,
la de la dulce sonrisa,
la de la férvida voz,
¡cuánta ingenua fantasía
prodigada en vuestro honor!

VERSALLES ILUSORIO

Ante vuestros encantos señoriales
evoco los Trianones pastoriles,
y os veo divagar por sus pensiles
seguida de aristócratas zagales.

Antes que sus aceros los rivales
entrecruzan sus sátiras sutiles,
y prelados galantes y gentiles
en vuestro honor componen madrigales.

Y en tanto que en idílicos poemas
de estrofas rutilantes como gémias
os proclaman dechado de hermosura,

llora la Pompadour en la glorieta,
porque Boucher requiere su paleta
para inmortalizar vuestra figura.

DEL LIBRO "HOGAR"

SUGESTIÓN MARINA

Como este cielo nítido y este mar en bonanza,
es para mi existencia la incólume añoranza,
la íntima, la única que alienta en la memoria
inextinguiblemente, con refulgencia ustoria:
el sagrado recuerdo de mis padres. . . De niño
me impregnaba de Dios el paternal cariño.
Ahora desde el cosmos que arrobado contemplo,
me inducen sus espíritus a seguir el ejemplo
que yo debí adoptar cuando la primavera
era más atrayente que la virtud austera.

Bajo el fulgor cerúleo que estremece al Atlántico,
al alma de mi madre quiero elevar mí cántico:

—Yo te venero, Madre, yo te bendigo ahora
que tu ser incorpóreo dentro el empíreo mora,
porque por ti tus hijos tenemos en el ánimo
la dignidad severa del esposo magnánimo,

del padre dilectísimo que se nos fué tan pronto; porque eras protección; porque hasta en el tramonto de tu existencia fuiste —toda llena de gracia— la caridad solícita que aventaja la desgracia. Porque hasta en tu pobreza jamás negaste amparo a quienes menester lo hubieran y en el faro de tu bondad confiaran; porque la fe infundías en la desesperanza de los aciagos días; porque no fuiste débil en el fiel ejercicio de las buenas acciones, con tanto sacrificio, con tanta desventura que amargaron tu vida; pues por ti, providente, la vejez desvalida y la infancia famélica tuvieron pan y lumbre; porque en la adversidad tu altiva mansedumbre nunca fué doblegada, y en medio a los pesares sembraron pan y alivio tus manos tutelares; porque todo consuelo teníaslo previsto, y porque por tus labios hablaba Jesucristo con dulzura evangélica, e igual que el Nazareno, sufrías y llorabas por el dolor ajeno.

—Madre, yo te venero; Madre, yo te bendigo ahora que la Virgen y el Señor son contigo, por tu amor indulgente, que en mi torcida senda sonreía a mis vanos propósitos de enmienda; por la misericordia de tu sonrisa triste que en el remordimiento de mi vida persiste; por tu mano balsámica que al posarse en mi frente, iba al haz de mis nervios exaltado y tremente; por aquella congoja que al turbar el reposo de tu sueño he sentido, cuando asaz cauteloso, como si profanase tu bondad infinita, me acercaba a tu lecho, con el alma contrita,

a que me perdonaras, a que me bendijeras, y veía que el llanto surcaba tus ojeras; por el dolor clemente que había en tu mirada de integérrima y dulce majestad resignada; por el humilde orgullo, la sencilla nobleza que sobre las desdichas erguía tu cabeza; por tanta abnegación y por tanto quebranto, bendigo tu indeleble recuerdo sacrosanto.

—Porque fuiste dechado de perfección humana, glorífico tu nombre, madre mía, Mariana; agua límpida y trémula, voz de cristal de fuente que va fluyendo flébil y melodiosamente; imaginaria música, vago arrullo en el nido, leve temblor de lágrimas, sollozo contenido, indefinido arpegio del aura en la espesura, silabeo indeciso de la infantil ternura de tus nietos, preludio de trinos que consuena con el lejano y tenue rumor de la colmena... Mariana, grato nombre de diáfana eufonía, onda del manantial de la melancolía, santificado sea tu nombre, Madre mía.

Esta noche en el ámbito de la bóveda etérea, percibo la cadencia de la estrofa sidérea. Vagan por la radiante parábola del cielo, las cláusulas armónicas que buscaba mi anhelo para loar —¡oh Madre!— tu excelsitud sublime tu olor de santidad que me eleva y redime.

Gloriosamente acorde con el mar y la estrella,
embebido en el éxtasis mi corazón destella
como el astro prismítal, ampliamente se expande
como una pleamar: es imponente, es grande,
late como el océano, late como el lucero,
y me hace presentir la plenitud que espero.
Por tu recuerdo el numen es planetaria gema
de irisados fulgores: los versos del poema
cuyo ritmo recóndito con tu espíritu animas,
en tanto que la mente se constela de rimas;
del poema grandioso, con alas de querube,
que al esbozar tu imagen, hasta lo eterno sube;
del poema oración que escribir no podría,
que lo digo en voz baja como el *avemaría*.

Por mi Padre y por ti, Madre, mi pensamiento
es abismo entre abismos: el mar y el firmamento.
Y en el mar y en la idea y en el cielo profundos,
la noche se agiganta y va sembrando mundos.

PERENNIDAD

I

Cuando no estás conmigo,
es más que si estuvieses.
Te vas, pero en recuerdo
la primavera vuelve;
vuelve también la aurora
a iluminar mi mente.
De nuevo en ella el numen
parece que amanece,
pues miro en tu mirada
la luz del sol naciente.

Así como tu imagen,
con nítido relieve,
las cosas en el alma
consérvanse indelebles:
radiantes mediodías
en palpar de gérmenes;
campiñas encrespadas

de sol sobre las mieses;
aromas, trinos, vuelos,
murmurio de las fuentes,
y flores, flores, flores,
para que tú las riegues.

Ante mi absorta vista,
incólume apareces,
y creo hallarme puro
y que hasta mí desciende
María inmaculada
con su celeste veste.

Estás en mí. Por eso,
si lo deseas, puedes
en el cordial remanso
de mis estrofas verte.

II

Vivi mis años locos
apasionadamente,
mis años salpicados
de efimeros placeres;
pero llegó el hastio,
a tiempo, felizmente.

Derroche fui qué importar,
y a cambio de mis bienes,

tan sólo el desencanto
me resultó con creces.

Te conocí y al punto
me redimió la suerte.

Ayuda y senda han sido
tus manos diligentes,
tus bienhechoras manos
que pisanse en mis sienes
para arrancar las garras
de fuego de la fiebre.

Con tus ternuras haces
que ya no más me acuerde
de mis brumosos días
ni de mis noches verdes:
brumas de ajeno en noches
de tedio, intermitentes.

Confortación, alivio
para mis penas eres,
paloma de la gracia,
luz que del cielo viene
al elevarse el lábaro
pascual del *Agnus Dei*.

De todos mis deslices,
jesucristianamente,

con el divino bálsamo
de tu bondad me absuelves.

Mis faltas no son graves,
ni lo serán. Se deben
a que aturdirme quiero
aun sin saber con quiénes,
porque, a despecho mío,
inevitablemente,
mis nervios se atirantan
hasta el martirio, a veces.

Te hago sufrir, es cierto,
con mi carácter débil;
pero yo soy un niño,
lo sabes bien, que suele
ser poco precavido
y un tanto inconsecuente.
Mas, a pesar de todo,
yo sé que tú me quieres;
por eso me acompañas
tan abnegadamente.

Si pido, Adela mía,
perdón por mis dobleces,
tragándote las lágrimas,
me acoges, indulgente.
Y es que a diario esperas,
en vano, que me enmiende.

¡Cuánto padezco entonces,
amor! ¡Cuánto me duele
ver cómo a la alborada
sonries tristemente,
y un titilar de estrellas
en tus pupilas muere!

III

En mi cabeza el tiempo
va acumulando nieve;
pero en mi corazón
la hoguera está latente.

Te adoro, te venero,
cual si mi madre fueses,
¡oh tú la más piadosa
de todas las mujeres!
Y por no haberte dado
la dicha que mereces,
para tus pies he puesto
alfombra de laureles.

Es tanto mi cariño,
que sólo anhelo hacerte
una imperial diadema
con mi ilusión perenne,
y un pedestal: el Arte
que me ha tocado en suerte.

Después, estar quisiera
contigo solamente,
y junto a ti, aguardando
la hora que me lleve,
dejar pasar las otras
en el humilde albergue;
dejarlas, sin contarlas,
dejarlas sucederse
oyendo de tus labios
palabras en voz tenue,
para olvidar la vida
tan hueca y tan aleve.

Cuando en mis ojos veas
la eternidad abriéndose,
y tiembles al cerrarlos
y al persignar mi frente,
tal vez como en la gloria
mi espíritu en ti quede
purificado, digno
de acompañarte siempre.

DEL LIBRO
"CAMINOS DE LOCURA"

DON MIGUEL DE UNAMUNO

I

Austero caballero de la lira,
con arrogante brío de titán,
tras Jesucristo y Mefistófeles,
tras don Quijote y Parsifal,
llevaste a la ventura
tu mesiánico afán,
hasta alcanzar la cúspide
de la serenidad.

Tu numen es un caudaloso
río de luz solar,
río de oro que penetra
por los vitrales de una catedral,
río de fe, de infinitud, de gloria,
como el mirífico Jordán.

Es fuente del ensueño en la que abreva
el Cordero Pascual,
océano enfurecido,

remanso de bondad,
o fría y transparente
agua de pila bautismal.
Mientras ronca, lejana,
la campana de la adversidad,
en la profunda noche del espanto
abre su ojo rojo Aldebarán
sobre la superficie resonante
del mar.

Hay mástiles tronchados como huesos
al embate del vendaval,
y velas desgarradas y arrancadas
por mil manos coléricas que van
arañando en tinieblas de pavor
navíos aventados al azar:
manos de ahogados, estranguladoras,
que al elevarse el rezo funeral
del Trisagio, aprietan, convulsas,
las gargantas de los que se hundirán.
Campana de los náufragos que dobla
en la calígene abismal
y que la escuchan sólo los que se hallan
sin esperanza ya.

Hay sombras de cadencias olvidadas
en un silencio secular,
en un silencio estremecido
por leves roces de cristal:
sonido adormecido y prolongado
cual el de un apacible colmenar,
voces antiguas escuchadas ¿dónde?

Vago rumor que tiembla en la oquedad
de los ámbitos abovedados
y abandonados ya,
y que sólo percibe el subconsciente
como en un perezoso despertar.
Notas remotas, trémulas, del órgano,
que dan una emoción de inmensidad.
Voces claustrales que jamás pudimos,
jamás podremos olvidar,
porque fueron oídas en la infancia
o soñadas quizá,
tan llenas de ansiedades y congojas,
tan dolorosamente, tan
desgarradoramente apasionadas,
que en nuestra vida nunca habrá
nada más diáfano, más tenue
ni más intenso que añorar:
voces que se nos quedan para siempre
saturadas de arcanidad:
cordiales voces traspasadas
por el amor sin forma corporal;
voces como escuchadas muchos siglos,
muchos siglos atrás:
voces distantes, apagadas casi,
de la sonora soledad.

En tu interior basílica esas voces
son como un cántico augural:
apóstrofes y antifonas traducen
tu ira y tu piedad.

Tormentas y torrentes
rebullen en tu órbita mental,
y estandartes golpeados por el viento
en himnos de victoria y libertad.

Acerada, inflexible, inquebrantable,
tu inspiración genial
entrecruzada por relámpagos,
es el hacha que tala un encinar.
Caldeada al rojo vivo,
es punta de cauterio para el mal.
A veces se desborda
con amplitud de pleamar,
o se recoge gravemente
en períodos de bronca asperidad
que nos incitan a domar la carne
con el cilicio y el sayal.

Hay en tu verso atormentado
vigor y sobriedad.
Es la curva en tensión del arco enorme
del sagitario zodiacal.
Bizarramente sustraídas
al mitológico carcaj,
parten dos flechas desde el vértice
de tu pináculo angular.

Tus poemas se leen
con la angustia tenaz
de soñar que se va soñando
y no se puede despertar.

Dan una sensación abrumadora
de irrealidad.

Por el terror sagrado sacudidas
te oyeron nuestras almas delirar.
Habló la Esfinge por tus labios trémulos
de orgullo y humildad.
Te reveló el oráculo los signos
del invisible rumbo astral.
Para tus ojos zahoríes
se aclararon enigma y avatar.

Viste en el Logos, cósmica armonía,
el tránsito esencial
del Hermes trimegisto y del Trimurti,
y en la sagrada Trinidad,
los siete planos del conocimiento
tendidos al sistema sideral
tras el que sigue en su parábola
el ojo del espacio triangular.

Tajó tu pensamiento carne viva:
con la aguda frialdad
de un escalpelo, desgarró la entraña
de la protervia contumaz.

¿En dónde ardió tu voz? Delfos y Patmos
la hicieron encenderse, crepitar
y propagarse indefinidamente.

siglo tras siglo, tras la iniquidad.
Orestíada y Apocalipsis,
voz de Medea y de San Juan
llevando al futuro el verbo
de Zeus y Jehová:
trenos de la sibila y del profeta,
abismo y cumbre al par,
ígneos sacudimientos de los montes,
sulfúricos jadeos del volcán
tras una coruscante zarabanda
con el viento en el peñascal,
coléricos retumbos
de los aludes del glaciár,
voz que cruzó todos los rumbos
en el corcel del huracán.

II

A tu morada un día
llegó la Enjuta, de antifaz,
con una calavera entre las manos
que mostraba en su lámina facial
tres huecos de tinieblas
de eternidad.

Resplandeciente y puro
has entrado en la noche perennal,
en el misterio de ultratumba,
en el abscondito jamás.
Al corazón de fuego de la tierra
bajó tu corazón sin vacilar.

Como la estrella de Belén, la tuya
al mundo alumbrará.
Para tu nombre abriéronse las puertas
de la inmortalidad.

Tus candentes palabras despertaron
nuestra energía sensorial.
Confortación y plenitud, tu espíritu
conduce a la verdad.
Es ruta de firmeza para quienes
vamos en pos del Oro del ideal.
Hay que cavar para encontrar la veta.
Muy hondo hay que cavar.

Hay que vencer; vencerse sobre todo,
con disciplina y voluntad.
Quien es dueño de sí, quien se domina,
domina a los demás.

Resistir, persistir, ser catapulta
contra el prejuicio y la maldad.
Y oír también lo que aconseja
la franciscana voz del manantial:
"Como la hermana hormiga,
como la hermana abeja trabajar".

Hay que sufrir como sufriste.
Sólo el dolor es inmortal.
Sólo el dolor es sempiterno.
Morir no es descansar.

El fin es el principio que retorna
desde el profundo sueño vegetal.
Es, en potencia hermafrodita, el génesis
fecundador, materno, tutelar.
Él está en la materia estimulada
por el arcano soplo germinal.
Él está en todo, y todo está en nosotros
sin estar.

La conjetura vanamente indaga
en el tremendo más allá,
y el torvo buho de la duda
que guarda el amuleto de Pascal,
mira al árbol funesto
de la sabiduría retoñar.

¡Ah, la constante incertidumbre
de nuestra vida terrenal,
y el torcedor de la conciencia,
y la congoja de pensar
en el vasto silencio del vacío:
ser el mismo silencio nada más!

En el cerebro incúbanse las larvas
del mal del siglo. El *surmenage*
nos va escarbando las neuronas,
inexorable, lento, pertinaz.

No ya el fulgor ustorio nos seduce
de los áureos racimos del dios Pan,

sino la sangre, jugo de oblacones
a una maléfica deidad,
y vamos tropezando, porque a tientas
nos ha tocado caminar.

Despliega sobre el orbe enajenado
sus alas de vampiro Satanás.
Lanza el odio fraterno por doquiera
su frenesí brutal.
Hasta la gruta del instinto
el hombre ha dado el salto atrás,
y con sangre de Abel riega el camino
de la fatalidad.

Don Alvaro de Luna y don Pelayo
junto al Gran Capitán,
hacen sonar sus viejas armaduras
en el panteón del Escorial.
La anarquía distiende sus tentáculos
para tragarse su heredad,
y como antaño, el fanatismo
prende la pira ante el altar.
Junto a las llamaradas de la hoguera
se agiganta Domingo de Guzmán.

La humanidad ha de ir a ciegas
hasta que pueda comprender y amar.

III

Pronto, como las tuyas,
a nuestro globo amagarán
las palabras de fuego aparecidas
en el festín de Baltasar.

Contra Jerusalén deicida y pérfida,
desfogará su furia Leviatán,
y sobre el esquiliano
fragor de la hecatombe, rugirá
la gran voz que clamaba en el desierto:
la voz del exaltado Jokanán.

Amenazando como siempre,
tu musa se erguirá
solemne y pavorosa como un bosque
bajo la tempestad;
como un río que arrulla a la montaña
partida en dos por su raudal.

Don Miguel de Cervantes,
don Miguel de Unamuno, conjurad
la discordia intestina que empurpura
los claros timbres del solar.

América, que espíritu y substancia
mantiene de su stirpe inmemorial,

bajo la egida del hispano idioma
lleva en la Cruz austral
—sangre de Cristo congelada en astros—
el sacro emblema de la paz.

En actitud hierática, Unamuno,
tu imagen, gloria y majestad,
es hoy bajo una luz de pesadilla
y un eco de campana funeral
—un eco que no es eco
y una luz que no es luz—,
la alongada figura del Greco
respaldada en la cruz.

AGMAR

I

Capitana de naves corsarias,
domadora de tigres,
con qué arrogante arrojo
entraste a saco en mi castillo insigne.

Los cuchillos de luz de tus ojos piratas
han pasado a degüello a mis mastines.

Yacen en la mazmorra mis vasallos
porque así lo quisiste.
Detrás de la jauría
huyeron gerifaltes y neblías.
Hasta el soberbio corazón granado
del escudo de armas de mi stirpe,
como un incendio sofocado apenas,
a tu venusta potestad se rinde.
Mi voluntad ya es tuya.
Tuya la gloria de los lises.

Agmar, mórbida flor del altiplano,
sagrada flor inmarcesible,
enigmática flor de los poemas
del harabeco humilde,
digna de las kasidas indostánicas
como esa flor que unge a los faquires
con su perfume de letargia
para el oculto culto de Isis;
Agmar, estrella de mi suerte,
clangor de mis clarines,
si acogí sin quejarme la absoluta
sumisión que tus ojos exigen,
déjame por lo menos
que te mire; que admire
en tu cuerpo desnudo y perfumado.
la resistencia elástica del mimbres;
tus piernas de Artemisa cazadora;
la curvatura de tus senos firmes;
tu fino cutis animado
de ese temblor que apenas se percibe
en la piel de las ágiles vicuñas
cuando ven el picacho inaccesible;
tu nariz de latentes aletas dilatadas
por atisbos de olfato indefinibles;
la cruda refulgencia de tus dientes
en una fruta de encarnado tinte:
fruta en sazón de áspero zumo
y apetitosa pulpa, elíxir
de guinda entremadura
de tus labios expertos en ardides,
de tus glotonos labios concentrando
besos que saben a jengibre;
que contemple tus cálidas, tus húmedas,
tus absortas pupilas de antílope.

Hay una noche ardiente en ellas,
una noche de Nubia inextinguible
con caravanas muertas de cansancio
al borde de los bíblicos aljibes,
bajo el fulgor intermitente
de las hogueras multilingües:
agudo resplandor en las tinieblas,
..... calenturientos ojos que me oprimen

¡Ah la dulce prisión que me deparan
tus ojos zahories,
las dos celdas sombrías de tus ojos
en las que arden dos candiles!
¡Ah el tormento de luz de tu mirada
que me lleva al edén de las huries!

II

En la ciudad estamos,
en la ciudad demente y triste.
Yo no sé, te lo juro,
si es Nueva York o Nínive.

En carnaval monótono, perpetuo,
renuevan las comparsas su desfile.

Amigos y enemigos se engatuzan.
amablemente hostiles.
Siniestros personajes de la fábula
y de la historia los presiden.

Con estados mayores por escolta,
El Canciller de Hierro asiste,
pacatamente enmascarado,
a orgías y festines,
y con Caín y Marte alterna
sus sanguinarios brindis.

Se aplaude en *cabarets* ultramodernos
a Salomé que displacente exhibe,
sus eróticas danzas
bajo un desgranamiento de rubíes.

Inmolan a Hipatía en los suburbios
ante la imagen de la Madre Virgen.

Van de antifaz la Envidia, la Soberbia,
la Avaricia y el Crimen.

Entre los rascacielos de la urbe,
se deslizan activos detectives.

En grotescas pandillas
de fieras y reptiles,
los burócratas pasan,
pasan los mercachifles,
pasan los vagabundos,
pasan las meretrices.
Pasan las horas lentamente,
..... con sus capuchas grises.

Hoy la materia impone sus excesos.
Hoy en el fango se revuelca Psiquis.

Hoy a los hombres más que nunca
la ley de los contrastes nos divide:
De un lado la miseria y el esfuerzo;
del otro lado el lujo y la molicie.

Lucen los poderosos su fortuna,
y rumian su dolor los infelices.

Y no hay trabajo para todos.
Ni el pan de cada día, el pan humilde
del labrador y del obrero, basta
para las fauces ávidas de Dite.

Se aplastan los afanes proletarios
contra las máquinas fabriles,
y se apiñan familias vergonzantes
en los zaquizamíes.

Bajo la férula del amo
se atraganta el rencor del aborigen.

La muerte, dactilógrafa, teclea
las toses de la tisis,
las cavernosas toses:
toc, tac, toc, toe. . . Y el pecho no resiste.

Nos atrapa en su red, astutamente,
de los prejuicios la funesta urdimbre,
y el árbol de la ciencia en el cerebro
nos encaja sus pútridas raíces.

Razón e instinto con más fuerza
confirman hoy la primordial antítesis.

En las manos de Hamlet,
sardónica, impasible,
desde el fondo abismal de los milenios,
contémplanos la Esfinge.
La máscara interior, la calavera,
profundamente nos sonríe . . .
Y Caín, microcéfalo, retorna
del barro del origen.

Nos estrangula la congoja
de los estímulos motrices.
Nos engulle en su vértice de hélices,
en su velocidad inverosímil.
Estamos en el tiempo
de la celeridad y de la síntesis.

Tipos de *bar*, de lupanar, de cárcel
y de *far west* nos muestra el cine.
Las aéreas ondas prisioneras vibran,
y entre tangos y rumbas, los *speaker*
noticias de peligro y de tragedia
y avisos comerciales nos trasmiten.

Bajo el aciago influjo
de estos días febriles,
se cuadricula al numen en salones
de exposición y en folletines.
Absurdamente con sus pensamientos
combina garabatos el artífice,
y Talía pasea su coturno
por el guignol de los vivientes títeres.

En una cruz sangra el costado
de Leonardo de Vinci,
y encima de la cruz se ostenta, imbécil,
el escarnio del "Inri".

III

Volvamos a vivir la fantasía.
Visitemos incógnitos países.
Dejemos la existencia ciudadana
que más aburre cuanto más engríe.

¡No te atrae la Hélade gloriosa
donde dioses y héroes juveniles
se disputaban femeninas dádivas
en atrevidas lides,
para después, gozosamente,
sumirse en los encantos pastoriles
o libar la agriculce,
la embriagadora sangre de las vides
con bacantes que husmeaban el deleite
en la huella bisulca del caprípede?

En el decurso de las horas vanas
¿no evocas, por ventura, las gentiles
justas del Gay Saber de la Provenza
en las que Amor premiaba a los felibres?

Volvamos a vivir la fantasía.
Visitemos inéditos países:
hondas florestas tropicales,
prados nevados de jazmines
o dorados de mieses, aldehuelas
donde el abuelo patriarcal bendice,
con la ingenua alegría
y la confianza de las vidas simples,
frugales colaciones,
cabezas infantiles,
eglégicos rebaños,
cosechas y alfolíes.

Cogeremos preseas peregrinas
para tus hábitos pueriles.
Saquearemos fantásticas riquezas
de marajaes y jedives:
Gemas de vida iluminada y trémula
de efímeros matices,
y perlas y corales
de los cofres de Anfítrite.

Tendrás palacios encantados,
magníficos pensiles,
engalanadas aves, flores
con aromas sutiles

cultivadas con mimo en el exótico
jardín de Berenice,
empavesadas góndolas,
livianos palanquines,
elefantes que porten baldaquinos
de orientales tapices,
estanques de ilusión y de nirvana
con hieráticos ibis
donde te ofuscará con sus reflejos
la armadura de plata del insigne
Luís de Baviera rumbo a la quimera
sobre el plumón de un cisne.

Descubriremos el tesoro
que los enanos nibelungos siguen
custodiando en el Rhin, junto a la selva
donde juegan los elfos y las sílfides.

Tendrás pajes de nórdicas regiones,
esclavos árabes, flexibles
y auribronceadas javanasas
trasminadas de almizcle,
y una Corte de Amor de trovadores
y bayaderas y derviches.

Serás igual a Belkis.
Serás como Semíramis.
Haré que labren camafeos
con tu imperial efigie.

Volvamos a vivir la fantasía.
Visitemos incógnitos países.
¿No te seduce acaso
la conquista del límite?
¿Navegar sobre el mar de las quimeras,
el alma libre sobre el agua libre?
¿Ir más allá del horizonte,
aún más de lo visible y lo posible?

Nada importa morir; pero debemos
atravesar los montes y las sirtes,
hender las tempestades,
chocar contra los diques.

Como broquel mi corazón te lleva.
Resguarda al tuyo el bronce triple.

Vayamos a la hipótesis con Ícaro
para ver los alcázares de Osiris,
con Agar a la tierra prometida,
en pos de las sirenas con Ulises,
con Jasón, argonauta, hacia la Cólquide,
y a la laguna Estigia con Eurídice.

Que ante las cumbres gélidas del Ande
surque gallardamente nuestro esquife
el lago de cristal de azul de ensueño
donde mora el espíritu del Inti
que alumbrará el Tabor de la concordia
bajo el puente de luz del arcoiris.

MISERERE

Señor Dios Jesucristo, luz y verdad y vida,
misericordia única,
hoy día como antaño tu imagen se nos muestra
vaporosa y traslúcida.

Apareces rodeado de aves y de niños,
y de tu mano ebúrnea
que todo lo bendice, van cayendo los granos
de la simiente innúmera.

Contemplamos en éxtasis a humildes pescadores
que en sus viviendas rústicas
escuchan tus parábolas, semilla de concordia,
como celeste música,
o vemos que se posan tus pies inmaculados
sobre las mieses rubias,
y hay floración de lirios en torno tuyo. Hablas,
y el milagro se anuncia

como un aura de ensueño que de lo alto viene
cual una estrella rútila,
o bien a nuestros pobres ojos maravillados,
sobre las aguas turbias
del lago Tiberiades que brama enfurecido,
flota tu blanca túnica.

La muchedumbre, luego, bajo palmas de triunfo
te lleva por las rúas
de la ciudad sagrada, y hay voces clamorosas
que cantan aleluyas.

Después es la tragedia. Todo es hostil y absurdo:
tu discípulo Judas
te da el beso maldito y entre los fariseos
San Pedro te repudia.

Cayendo siete veces asciendes al Calvario.
Mientras ruge, energúmena,
la multitud deicida que al Gólgota te arrastra,
sonríes a la furia
de los fieros sayones. Te clavan al madero.

Ves las mejillas húmedas
de la Virgen María; la animas y te envuelves
en el manto de púrpura
de tu divina sangre. Tu cetro es una caña
cuyo peso te mustia.
Tu corona es de espinas, Rey... Un viento de espanto
mueve las nubes plúmbreas.

La tierra se desquicia, y al Universo todo
cubre un velo de angustia.

Al perderte, perdimos la ilusión y el sosiego.
Nos corroe la murria.
Por un mar tormentoso navegamos sin áncora
sin timón y sin brújula,
y vamos por el mundo con las almas roídas
por contagiosas pústulas:
la envidia, la perfidia, la crueldad, la soberbia,
la ambición, la calumnia.

Nos lanzamos sin freno por la senda prohibida
que lleva a la zahurda
do fermentan los vicios, y allí nos revolcamos
borrachos de lujuria.
Pasiones y apetitos nos dominan y ahogan.
Y en esta baraúnda
de réprobos espíritus, como Job, blasfemando,
nos rascamos las úlceras.

Ten piedad de nosotros, Señor Dios Jesucristo.
Nuestras almas fluctúan.
Como flores de *edelwis*, al borde del abismo,
lejanas se columpian.

Tú, Señor, que nos oyes. Tú, Señor, que tuviste
perdón para la injuria
y el desvío amparaste, con amor sobrehumano,

de la mujer adúltera,
haz que el torrente místico de espiral infinita
—incienso de liturgia—
nos lleve a Ti. Buscamos la bienaventuranza
de aquellos que renuncian
a todo bien terreno, de aquellos que en tu enorme
corazón se refugian.

Vuelve a nos, Jesucristo. Que en ti nos inundemos
de claridad cerúlea.
Queremos que nos guíes por el fatal camino,
cual esa forma fúlgida
que atrajo a los tres reyes hasta el humilde establo
donde la vida tuya
comenzó a ser la norma de la moral de pueblos
por todas las centurias.

A Ti, Jesús, que quitas los pecados del Mundo,
se eleva nuestra súplica:

¡Que la fe reverdezca! ¡Que en los resecos campos
seas como la lluvia!
Y en tu esencial clemencia confortación habremos
para las horas últimas...
*Miserere mei Deus, secundum magnum,
misericordiam tuam.*

DEL LIBRO
“REDENCION”

G E S T A

III

.....
Hay anuncios fatídicos.
Está Natura en agobiante calma.
Por todas partes cunde el miedo.
Las cosas amenazan
calladamente.
Se acongojan las almas.
Se ha presentado un gran cometa
junto a la Cruz del Sur. Alcanza
toda la eclíptica su alfanje;
fosforesce hasta el alba.

Saturno y Marte acercan
sus órbitas aciagas.
Quilla, sangrienta, luce
tres halos escarlata.

El piélago se hincha densamente.
Respira Eolo en sofocantes ráfagas.
Por el fuego interior impelida,
retiembla la tierra: Pachamama...
Tras los retortijones que la mueven,
el terremoto avanza.

Ronca Plutón, y Proserpina serpentina
baila.
Calcina feldespatos con su aliento;
se revuelca en las fraguas
en que Vulcano tiene
centellas para Júpiter forjadas
e invulnerables armaduras
para los héroes de la Iliada;
fractura los crestones
a golpes de maza;
con su lengua-taladro
los peñascos horada.
Ella es origen
de la horrenda epilepsia volcánica:
en la oquedad enorme de los antros
bulle su carcajada,
provocando la intensa,
la intermitente conmoción terráquea.

En contorsiones espasmódicas
repta por las cavernas subterráneas,
y sube a los picachos y los triza;
se retuerce en el aire y espacia
sus refulgentes zarandeos,
y se abate y arrastra
o envuelve torbellinos
de policromas ascuas.
Luce aderezo de carbunclos
su cabellera gualda;
caparazón de amianto
cubre a sus coruscantes salamandras.
Rubíes y topacios y zafiros
irradian.
Florece el fuego entre las peñas
altas.
Revientan las piritas
azules, rojas, flavas.

La boca de Perséfone apostrofa,
incandescente y áspera,
a la Gorgona de cabellos áspides,
y su voz como un látigo restalla;
levanta eco en los dominios
del ígneo Hades que, feroz, ataca
a Rea providente,
la diosa de los campos y las playas.
El corazón convulso
del orbe se desangra.

Es la catástrofe
definitiva para

los moradores de las zonas
que el Atlanti y el Anti abarcan.

Crispa un escalofrío el espinazo
de las montañas
de la real cordillera.
Su estructura granítica y basáltica
que sufre el paroxismo del abismo,
trepida, brama,
retumba y se destroza
por entre la fantástica
pirotecnia
que por las cúspides avanza.
Se desgonzan las vértebras andinas,
los vórtices se inflaman.
Hefaistos atiza los tizones,
las innúmeras brasas
de las hogueras multilingües.
El Averno vomita sus entrañas.

Hay una tempestad bajo los montes.
Por las voraces solfataras,
jadea el genio del desastre.
Las sinuosas cadenas orográficas
rompen sus eslabones, se destroncan
bajo sus turbulentas oriflamas.

Hay estruendos tremendos,
fluyentes luminarias,
supuración de sulfuros,
ferruginosas hemorragias.

Moles de inaccesibles serranías.
por veneros estriadas,
se balancean y derrumban
con espantosa resonancia.

Crujientes, crepitantes, iracundos
los sagitarios del Erebo lanzan
contra el broquel del Inti
saetas incendiarias.

El Popocatepetl esplendoroso
viste ignescente cauda.
Despide sordas explosiones
bajo el tumulto de sus águilas.
Con su rimbombo el Momotombo
el ruido polifónico acompaña.

Se conmueven las cúpulas del Huile,
que es como un templo a la distancia,
y los argénteos montes del Parima
rezuman por sus grietas roja baba;
en grumos se coagula
sobre los cuarzos de prismáticas,
de iridescentes refracciones
que iluminan sus grutas encantadas.

El Famatima formidable suda
por sus protuberancias
cinabrio y alquitrán.

El Duida ostenta
como un airón su esmeraldina flámula.
Sobre su fuerte pedestal vacila
entre un chisporroteo de cantáridas.

El Ilopango de columna ardiente,
como sortijas áureas
va arrojando carbones encendidos
desde su cima dentellada.

Al escupir su testa el Cotopaxi,
salta una rutilante catarata.

El Chimborazo cabecea, ebrio.
Y cuando se desgarrá,
igual que el de una parturienta,
el seno apocalíptico del Yáguar,
se arraciman Euménides
en sus picachos y gargantas.

Sobre su base de cristal de roca
se estremece el Tolima en subitíneas
tremulaciones.

El Pichincha exhibe
como un faquir sus inauditas gárgaras.

Bajo la interna combustión rugiente,
el Tupungato, el Potosí, el Sajama
se tambalean.

El Cayambe,
como espejo de plata,
desde la línea ecuatorial refleja
el penacho de luz del Aconcagua.

Con un gesto de orgullo
y de coraje, el Mururata
frente al Illampu inmenso
la cabeza levanta.
Se la corta a cercén el Illimani
con su argentina cimitarra.

A los hipos sulfúricos del Misti,
tiembla el dosel radiante del Jaiaia,
y en sus despenaderos
se atropellan huanacus y vizcachas.

Licúase el asfalto;
el petróleo se enciende y se derrama.
Emanaciones de amoníaco y yodo
por doquiera se exhalan.
Los metales fundidos
resbalan
lenta, muy lentamente,
y se van estancando en hondas charcas.

La linfa de los ríos se evapora,
y por sus cauces corre lava.
Hay torrentes de humeantes borbotones
que saltan y que asaltan,

sepultas selvas vírgenes,
arrasan
poblaciones y tierras
de labranza,
y gigantescos árboles de cuajo
desarraigan.

Fuliginoso viento
el incendio propaga.

Ancianos, jóvenes y niños
sobre la tierra caldeada,
son como espectros de aquelarre
que danzan la danza macabra:
zapatean
y hacen piruetas endiabladas,
y brincan
como tarántulas.
Grotesca, absurda, espeluznante,
gira sin tregua la farándula.

La humanidad, enloquecida,
busca refugio, y no halla
donde salvarse. En el césped
se revuelca, y lo escarba
inútilmente; y de nuevo,
presa del vértigo, exaltada,
junto a los animales azorados
dispara.

Estremecidas bestias,
a manadas
van galopando en garabato,
dispersándose pávidas.

Silban al retostarse los reptiles;
se yerguen, se enroscan, se atan
por entre despavoridas
alimañas.

Pocos seres se libran
de la racha
que asfixia, que ahoga,
que mata.
Un gran sudario de ceniza
se extiende en las regiones devastadas.

★

El Continente bambolea.
Hay estallidos, truenos, llamaradas.
Y en una brusca sacudida
se parte en dos la Atlántida.

El mar se sorbe a la Lemuria
lejana.

V

En la amplitud de la esfera terráquea
se ha perdido el recuerdo
del Anti. Los atlantis
siguen dando a los pueblos
normas de arte y de conducta.
Por doquiera irradia su genio.

Pero el castigo que el dios decretara,
vuelve a tomar imperio.
Vuelve el terror supersticioso
a escrutar los agüeros
que se propagan por los ámbitos
del mar, de la tierra y del cielo.
Hay signos astrológicos,
hay voces del misterio
que no comprende nadie.

En el confín hibérico
iniciase el glacial período.
Cunde en el mundo el enfriamiento.
La tierra tiritita,
y todo se hace tétrico.

Inexorablemente
castañetea el cierzo;
castañetea sin descanso
entre los árboles esqueléticos.

Maya y rasguña la ventisca
lo mismo que el *titi* maléfico.
Bajo los árboles escuetos
chirría el áspero salterio
de la Muerte. Eriza los nervios
su rechinante trémolo.

En el espacio etéreo,
la luna es una bola de hueso
con una cara de muerto
que afila su guiño perpetuo
por sobre el orbe cadavérico.

Albas tinieblas rodean las cosas.
Se endurecen los piélagos.

Caen los copos de nieve
copiosos, tácitos, cubriendo
las cuencas terrestres lenta,
suavemente. Luego,
las eminencias montuosas
se van también emblanqueciendo.

Las fluviales arterias
se paralizan, y los médanos
se cuajan, crujientes,
y se entumescen los desiertos.

Los montes ostentan corazas
de relumbres argénteos.

El Mistral y el Bóreas, hispídos,
dominan al Austro y al Euro.
Alisios y Monzones
sufren el mismo cautiverio.
El frío hiemal obstruye
con su aliento,
los treinta y dos itinerarios
que abre la rosa de los vientos.

Juntan los polos sus casquetes.
Se han congelado los dos hemisferios.

Gravita sobre el globo
un infinito desaliento,
un desamparo selenita,
un sublunar silencio.

El mundo se adormece.
Parece el mundo un cementerio
de semidioses nórdicos,
de combatientes célticos,
en donde aún las altas cumbres
son los marmóreos mausoleos.

Como una lámpara votiva
Helios

es un núcleo traslúcido, ustorio,
cinéreo;
y sin embargo ciega
su brillo. El suelo
cruelmente rutila
con el sutil fulgor febeo.

El sol ártico, hiperbóreo,
el sol del perenne invierno,
da vueltas por los siglos
sin poder arrancar de su sueño
a Pachamama.

Bajo el azul colérico
del éter, van las muchedumbres
en éxodo.
Van por la unánime llanura
de blancura sin término.

Sobre los campos desolados
por el hálito gélido,
pasa la muerte,
pasa la muerte con su séquito
de sombras espectrales:
de ancianos y mozos famélicos,
de escuálidas mujeres
y de niños decrepitos.
Andan a trancos, rígidos,
como impulsados por el tétano.
Andan a tientas, deslumbrados
por el resol que ríela en el hielo.

Van embestidos por el ábrego,
implorantes y trémulos.
Les entra el aire filo,
les entra el aire hasta los tuétanos.
Les siguen o les persiguen
animales hambrientos.

La gente se muere, aterida;
se tornan frágiles los muertos.

El hombre es otra vez la bestia.
En pieles de fieras envuelto,
regresa el hombre a las guaridas
del cuaternario primigenio.

Abre un paréntesis el hado.
Y pasa mucho tiempo
antes que el orbe recupere
su recóndito fuego.

Entre efluvios vivíficos
vuelve a volar el céfiro,
y dulcemente se insinúa
el calor atmosférico.

De los heleros formidables,
con horroroso estruendo
se desbarrancan los aludes
sobre los llanos yermos.
De mazamorra de aluviones

lanza torrentes el deshielo,
y los campos rebosan
de fecundante légamo.

Pasan generaciOnes.
La fauna y la flora de nuevo
reaparecen, bastante variadas
en su resurgimiento
sobre los cuatro Continentes
que no se acuerdan del pretérito.

Las corrientes marinas llevan
del Septentrión, enormes témpanos
que se amontonan en la Atlántida
con trepidante estrépito.

Súbitamente el orbe
retiembla con un vértigo:
trombas, ciclones, remolinos,
universal trastorno epiléptico,
caos y abismo... En el Atlántico
se ha sumergido el Continente hespérico.
Ya sólo Poseidón con las columnas
del redentor de Prometeo
queda de él... Intermitentemente,
todo lo inundan los mares frenéticos.

LOGOS

Khon-Titi Werajcocha es Pachacama:
Uno y Trino a la vez, sublime esencia
de todo lo creado. En la conciencia
del múltiple Universo se derrama.

La carne y el espíritu amalgama
a la sombra del árbol de la Ciencia
que es el Dolor. Es grande en su clemencia,
como es grande en su ira. Odia y ama.

Manda sobre las almas, y las llena
de reposo, de fe, de albor bendito.
Sobre las cosas manda, y las ordena.

No se le puede ver, y se le siente
en lluvia, en fruto, en luz, en infinito,
mientras giran los mundos en su mente.

PAN THEOS

El Tiempo se insinúa en el reposo
de la divina *Gnosis* errabunda,
y el espacio sin límites se inunda
del hálito fecundo y generoso.

Constélase el vacío, y un coloso
nace de la calígene profunda
del origen: el *Inti*. Su coyunda
impone a *Pachamama* como esposo.

La coyunda de luz que en toda cosa
es alborozo cuando el alba empieza
a entreabrir sus pétalos de rosa

—vida, calor, amor y maravilla—
hasta que en honda paz Naturaleza
se aduerme al beso cándido de *Quilla*.

CONQUISTA

1

Resuena la bocina de Nereo
desde el virgen Oceano, en Occidente.
llamando al argonauta giganteo
a las playas de un nuevo Continente.

Arriban de ciudad, claustro, castillo
y agro de Iberia, plebe, catequistas
y nobles a estas Indias, bajo el brillo
de las constelaciones imprevistas.

Flota invencible de bajeles llenos
de combatientes: naos españolas
con las velas hinchadas como senos
palpitantes al ritmo de las olas.

Rebosante de luz, Naturaleza
sobre el lecho floral en que reposa,

con sonrisa infantil se despereza,
dulce, confiada, ingenua, primorosa.

Jardines de la Reina bajo el dombo
cerúleo; islas de verdor constante
que bendijo Cristóforo Colombo
con la cruz de su espada de almirante;

cráteres de la doble Cordillera;
inmensos bosques de la cuenca andina;
regiones de infinita primavera
junto a la enorme pulsación marina;

cataratas que abismanse entre frondas;
montes con cinturón de nubes; río
que mete la dulzura de sus ondas
sesenta leguas en el mar bravío.

Solemne y pavoroso en su mutismo,
como una catedral de pesadilla,
yungueño roquedal se abre en abismo
a una vegetación de maravilla.

Sobre la nieve de las cimas, pura,
que se refleja en la amplitud del lago,
el índigo exaltado de la altura
deja su beso luminoso y vago.

Y el sol en todas partes; en la cumbre,
en el valle profundo y en los ojos...
Sangre de altiva laya, su áurea lumbre
vive en el Inca que le ve de hinojos.

¡Tierra armoniosa, digna del Cefiso,
por la influencia ecuatorial templada;
tierra en la que verán el paraíso
San Isidoro y Villamil de Rada!

El aire es tibio y oloroso y leve
bajo la congelada cordillera.
En éxtasis el hombre no se atreve
ni a sonreír, ni a suspirar siquiera.

Es todo arrobador, todo clemente,
sobre esos valles de benigno clima.
En su seno feraz, toda simiente
se multiplica innúmera y opima.

Un año es como un día, un embeleso
y una ilusión: apenas un arrullo,
apenas un recóndito proceso
de semilla, de savia y de capullo.

¡Inefables anhélitos de vida;
ditirambos del aura, mensajeros;
efluvios de floresta estremecida
por locos y asoleados aguaceros!

¡Hondos deleites del edén, utópicos
y por lo mismo ansiados; lunas pálidas;
noches fosforescentes de los trópicos,
noches profundas, luminosas, cálidas!

V

Llega el señor feudal de horca y cuchillo
a las risueñas playas de Occidente,
en las que un día vencerá al caudillo
y engendrará al criollo prepotente.

En el calor sofocador, la mente
del héroe mezcla concepciones áridas,
mientras en torno dél, asiduamente,
coruscan y crepitan las cantáridas.

Con la energía que el instinto encierra,
a prejuicios de casta borra el linde.
En el seno caliente de la tierra,
ante la esclava el déspota se rinde.

La contempla, magnánima, a su lado.
Un ligero escozor su frente irrita.
Es Dionisos que queda embelesado
ante la adolescencia de Afrodita.

¡Irrítanle la frente los pitones
que pugnan por brotar? . . . Como una vaga,
como una dulce queja de oraciones
la voz de la terrícola le embriaga.

VI

Para colmar sus ansias medulares,
espera la india al Prometido, como
la del fuerte "Cantar de los cantares"
trasminada de nardo y cinamomo.

Bajo dosel de espléndidos follajes,
en tálamo de pétalos, medrosa,
entre sábanas níveas con encajes
de espuma de torrente, está la esposa.

En lánguido vaivén, la selva, a modo
del cadencioso epitalamio, inflama . . .
Un hálito nupcial fluye de todo,
que excita al sobresalto de la brama.

¡Urgencia de la carne, acometiva;
proximidad recóndita del sexo;
gentil pareja que el amor cautiva
perpetuamente en el sagrado nexo!

En ese entronque en que la fe se trueca
(Inti por Cruz; crisol de maravilla),

infunde el Godo al Inca y al Azteca
su sangre y el idioma de Castilla.

Es en troquel de acero que se forma
la nueva alcuña que en arraigo duro,
impondrá su destino como norma
a las generaciones del futuro.

¡Raza viril; prolíficos amores;
fuerza que puede remover las rocas.
Y como entre los bíblicos pastores,
de abundancia cordial hablan las bocas!

XVI

El capitán Balboa se persigna; levanta
el pendón de su patria con la siniestra mano;
luego, de todas armas armado, hunde su planta
en la espumosa orilla del descubierto océano;
en amplios ademanes hace el signo cristiano
sobre el vasto horizonte, y avanza pecho a pecho
contra el oleaje rudo, bajo el sol meridiano,
y proclama el derecho
de sus Reyes al piélago. Percute en la coraza
la profunda cadencia del corazón marino
acorde con el suyo: corazón de una raza
que por feliz destino,
al rededor del mundo se va abriendo camino.

Balboa es como Aquiles: el escudo que embraza,
es la egida del héroe labrada por Vulcano,
en la que, turbulento,
estrella el mar troyano
grandes olas de argento
peinadas al capricho del aliento del viento.

XVIII

Alternativamente, los españoles bandos
irán en cien combates perdiendo sus comandos,
porque la inexorable capitana Codicia
los lanzará, frenéticos, contra su misma raza.
Sufrirán la justicia
del Eterno, tremenda.
La mano con que traza
Francisco, analfabeto, la cruz de su refrenda
para herir al Monarca, con propia sangre un día,
temblando, en agonía,
junto al Ríma fecundo, fijará —doble senda—
la cruz con que la Muerte sella Fortuna y Gloria.
. ¡Gloria y Fortuna humanas, escoria de la Historia!

COLONIAJE

América, la tierra promisoría,
América es el lúgubre teatro
de la barbarie entronizada,
del coloniaje aciago:
Un Continente en el que impera
la satrapía de los virreinos:
el más abominable despotismo
de gamonales y bigardos.
Un mundo que pretende emanciparse
del yugo de plebeyos cacicazgos,
de la abyección usurpadora,
del odio victimario,
de los feudales privilegios
y del ansia incolmable de mando.
Tres siglos de ignominia y tres lustros de lucha
contra el poder tiránico
que ejercen, sin control y sin castigo,
los villanos.

El coloniaje, el coloniaje, el coloniaje:
opresión oprobiosa de engreídos vasallos
de reyes que no saben del todo lo que ocurre
en sus ubérrimos Estados.
Leyes de Indias que de nada sirven.
Ventosas del pulpo. Tentáculos.
Avidez vampíresca de la Hidra.
Tesoros arrancados
a las entrañas de la tierra madre
y a las entrañas de los hombres. Naos
colmadas de riquezas:
sangre y sudor del aborigen manso.
Ante el sol iracundo del trópico,
los trapiches, el rudo trabajo,
sin cuartel de los negros. . Y en las altas regiones,
bajo inmóviles nubes que parecen de mármol,
en el seno glacial de las ricas montañas,
la existencia sin luz de los mitayos.

Autos de fe del Santo oficio,
parrillas, cepos, cuerdas, garfios,
ruedas con púas y grilletas;
espeluznantes cuadros:
Con la infamante soga al cuello,
entre energúmenos fanáticos
y clérigos sacrílegos y lúbricos,
soportando vejámenes, van los ajusticiados:
Tambor a la sordina de las ejecuciones.
Pringue y salpicaduras de carne en el cadalso.
Sonrisa-mueca del verdugo.
Siniestras cataduras. Foscas encapuchados.
Lívidas luces tambaleantes:
cirios de tenebrario

que van del calabozo hasta el patíbulo
 en una procesión de Viernes Santo.
 Plañidos, alaridos, imprecaciones,
 agónicos maullidos de los estrangulados,
 Trituración de huesos y rechinar de dientes.
 Ojos en que se cuaja el espanto.
 Cadáveres que penden de las horcas:
 péndulos de Jagrenath y de Thanatos.
 Y en escarpías y en postes de villas y caminos,
 cabezas entregadas al escarnio:
 apelmazadas cabelleras de que cuelgan,
 en racimos, los coágulos:
 estalactitas de la muerte,
 rojos carámbanos.

Tomás de Torquemada, con mucilaginosas,
 grandes alas satánicas, domina el escenario.
 Como un murciélago su sombra cabalística,
 hace aún más sombrío el espectáculo:
 paisajes y figuras de delirio;
 fenómenos e imágenes fantásticos
 del mundo incongruente de los sueños
 de Juan el Visionario.

Entre un montón informe de estremecidos seres,
 y sobre un horizonte de resplandores cárdenos,
 se renueva el horror apocalíptico,
 la vaticinadora pesadilla de Patmos:
 Epilepsia. Vesania. Lujuria.
 Pestes: Fatídicos presagios.
 Desenfreno de vicios y pasiones.

Tumultos macabros.
 Violaciones. Violencias.
 Estupros. Degüellos. Escándalos.
 Guerras. Cataclismos. Salvajes orgías,
 saturnales orgías. El caos.
 Campañas de exterminio. Soldadesca. Saqueos.
 Instintos incendiarios.
 Lllamaradas. Escombros. Chillidos.
 Poblaciones que claman en vano.
 Muchedumbres en éxodo, delirantes, famélicas:
 esqueletos que ambulan por los páramos,
 y que sin tregua sufren y sin misericordia,
 las tropelías de los vándalos.
 Amenazas, blasfemias, maldiciones.
 Subversivos conatos:
 rebeliones sin plan, dispersas, mínimas,
 que se ahogan en sangre y en llanto;
 hondo rencor de cóndores cautivos
 al paroxismo del furor atávico,
 a las hostiles almas lóbregas,
 a los orangutanes en orgasmo,
 a los bestiales apetitos del ancestro,
 a los ímpetus brutos, al estrago.

Hécuba incuba tempestades
 en su fecundo vientre profanado,
 y la justicia prevaricadora,
 como una prostituta revuélcase en el fango.
 Y las Casas predica en el desierto,
 lo mismo que San Juan el panfletario.

La dantesca pavora, la medioeval demencia,
danza su zarabanda bárbara, ¡Dios Santo!

Y surge el insurgente para vengar su estirpe:
Cuautémoc, Atahualpa, Caupolican, tronchados.
Con la abnegada fe del catecúmeno,
propaga su doctrina por cúspides y llanos.
Y el rugido de Némesis colérica,
repercute en el Ande, coloso vertebrado.
Y revive la lucha de David y el gigante
en todo el Continente Americano.

Hazañas estupendas, en una nueva Ilíada,
reproducen las glorías de los héroes troyanos:
ignoradas proezas
dignas de los homéricos exámetros.
Don Alonso de Ibáñez en los palenques épicos
de los "vicuñas" y los "vascongados",
es el valor criollo que en una noble causa
sacrifica fortuna, vida y amor . . . Lautaro
y los Catari son el espíritu indígena
que con el infortunio se torna firme y bravo.
El Conde de Oropeza,
José Gabriel Túpac Amaru,
hacia los cuatro puntos cardinales
del gran Tahuantinsuyo, repta, descuartizado
por el brusco y unánime jalón de cuatro potros
enfurecidos por los espolazos.
Tras el fatal destronque, sus palpitantes miembros
a gran distancia separados,
en una tirantez atendida
vierten sangre apolínea de su linaje incaico.

.....

De la Academia Carolina
parte el grito inicial de redención, airado.
Carta de desafío a la Corona,
se lanza el formidable "Manifiesto de-agravios".
Y la Junta Tuitiva prende la inextinguible
antorcha libertaria, que será un postulado.
Miranda enciclopédico, de educación británica,
y Monteagudo dantoniano,
predican los preceptos de vida independiente,
el evangelio magno.
Ven con el libre examen
los derechos del hombre conculcados.
Oyen el retemblar de la Bastilla en sus cimientos
y su total derrumbe, y abren campo
con sus brillantes plumas a la viril palabra
que se difunde en los andinos ámbitos.
Se crispan los reflejos de la espada de Dámocles
sobre el poder monárquico.
La rebelión fermenta
en universidades, en comicios, en ranchos.
Caldeadas las ideas, van templándose
sobre el yunque sagrado,
y las ideas se hacen hombres.
Hay cerebros arietes, fuertes brazos
que incontrastablemente ensanchan brecha
en la muralla. Lisias, Pompeyo, Rienzi, Espártaco
y sus facciones aguerridas
sacuden el letargo
de los pueblos. Se aprestan como esos adalides
los guerrilleros legionarios
para el tremendo trance, para el tremendo trance
—vencer o perecer—, para el empuje máximo.

La sangre del Borbín, a borbotones
se escapa de las venas del bastardo
Huallpa Rimachi, el último harabeco,
que dió a la libertad su existencia y su canto.
Y una pléyade lleva cien nombres al insigne
martirologio revolucionario:
Torres, Caldas, Ricaurte, Lanza, Warnes,
Murillo, Arze, Rojas, Calatayud, Betanzos,
Padilla, Pagador... y tantos otros.
Y luego las heroínas, que como Juana de Arco,
con valor numantino pelearon por la Patria:
Candia, Azurduy, Eguino, Salavarrieta, Bastos.

.....

El coloniaje, el coloniaje, el coloniaje:
supuración de úlceras de charco.
Cadaverina. Olor agudo.
Pestilencia de un mundo putrefacto.
Y un buitre —la Codicia— con las garras
y el pico agarrotados
sobre la inerme víctima, a la que gulusmea
tras las columnas de Hércules, el gran felino heráldico.
Y un puma exangüe en cuyos ojos
arde el vital impulso libertario.

DEL LIBRO
"PENTAPOLIS"

DEMENCIA

Rotas las tablas del Decálogo,
conculcados sus máximos principios,
la humanidad caduca marcha a tientas
por el cretense laberinto.

Sobre el alma y sus nobles atributos
gravita el cretinismo,
y enerva al mundo, lentamente,
un soporoso vuelo de vampiros.

En carne atormentada o placentera
de hospitales, prisiones y prostíbulos,
pasivamente se debate
con las alas cortadas el espíritu,
y nos enreda con su red viscosa
la telaraña del hastío.

Retrocediendo va la especie,
y en Zarathustra, el arquetipo
de la futura humanidad, se encarna
el microcéfalo terrífico,
molde, en pequeño, del homúnculo
de la Edad Media. El atavismo,
desde la gruta y la floresta impone
la regresión, la regresión al simio,
a la violencia de las zarpas,
al ancestro agresivo y regresivo,
al cuaternario cavernícola,
al troglodita ríspido.
Una generación degenerada
habrá de sucedernos por lo mismo.

Ha reculado hasta el origen
la humanidad, ¡Dios mío!

La vida es peso ahora;
ahora el arte es artificio:
arte sin armonía, ideal moderno,
deformación y daltonismo.
Estamos en el auge
de los valores invertidos.

Ante esta vida la conciencia
es un naufragio escurridizo,
es un pequeño esquite que se encaja
en el tirabuzón del remolino.
Horas en fila india de la angustia:
tic tac, tic tac, tic tac, horror asídúo,
martinete del tedio en una cuerda

templada hasta el martirio,
triar de la colmena del cerebro
en el pretil del desvarío,
incoherencias machacadas
por un motor de dos cilindros,
por una pértiga de ariete,
por una piedra de molino.

El berbiquí de la obsesión taladra
las neuronas, acérrimo, solícito.
La idea fija en el encéfalo
incrusta, crudamente, su tornillo,
y en la tensión perenne de los nervios,
hasta el dolor se aguzan los sentidos.

¡Ah vida estrecha y larga y opresora
como una pesadilla y un camino!

AUGURIOS

Tragico clamat moesta boatus

(Divisa del escudo de Melpómene)

I

Entre un montón de huecas armaduras
y de oriflamas ígneos,
la locura sacude
su estrepitoso tirso,
sin advertir que poco a poco
llegará la farándula al abismo.

En auras de pavor y de vesania,
de espanto espectacioso,
delata horrendas proporciones
la demencia belígera del siglo,
y en la conciencia universal se cuaja
la convicción del cataclismo.

Avanza, incontenible, la tragedia.
Avanza como un río
que ha de arrollarlo todo
con sus crecientes remolinos.

Retumba como un trueno el *Dies irae*
de los nefarios vaticinios.

Con su cortejo de desastres
se acerca el Anticristo.

Rebullen los océanos,
luciferinamente enfurecidos.

Las fauces de los cráteres parecen
atragantarse en gargarismos.

Gorgona y las euménides a Eolo
dan sus rufos cabellos serpentinos.
Erinas, grifos, salamandras,
escapan de los ámbitos fatídicos,
y la hidra de Lerna resucita
con sus siete cabezas de vampiro.

Hirsutas crestas aserruchan
el bifurcado tronco del Destino
en el cual ejercita
su destructor poder el basilisco.

Silbadoras erizanse las crines
del gran león alado que consigo
trajo con sus pronósticos
Daniel del fondo del hebraico libro.
Desmelenada y ululante
viene Medea de Corinto,
y la sentencia del Eterno fulge
en el festín de Baltazar, ¡oh Ciro!

II

Hay un aliento de Orestiada,
una concentración de exaltaciones.

Atacan a las viejas dinastías
la traición, la hemofilia y los rencores.
Y Mata Hari, Rasputín, Vabrilo Prinzis,
para operar esperan ocasiones.
Funesta trinidad de la Amenaza:
la delación, la mántica, el revólver;
noticias en dislate que transmiten
las radios y el telégrafo de Morse;
palacios con infantes reclusos;
engalanados y blindados coches...

Como las del murciélago se extienden
las alas de Belial, *urbis et orbi*.

La oprobiosa manzana del planeta,
la poma del Edén se descompone:

la van estrangulando los anillos
de la serpiente de Laoconte.

Desgarrada bandera de combate,
en las astas del toro pasa Antíope,
y las pezuñas de la bestia
desencajan terráqueas conmociones.

Ares sofrena tempestades, bárbaro,
para lanzarlas en tropel, de golpe.

Llegan desde el Antiguo Testamento
ecos de admonición, broncos clamores:
Eclesiastés, Oseas, Isaías
con sus execraciones.

Ráfagas rojas, los presagios
se propagan doquier, aterradores.

Grita Moisés en la montaña
de las revelaciones.
Chilla el Bautista enagenado,
guardado por barrotes,
y son venablos sus vocablos. Parten
a clavarse, certeros como harpones.

Cual un derrumbamiento de montañas,
cual un rodar de formidables bloques,

el vidente de Patmos
hace escuchar sus metagoges.
Y Leviatán, con más potencia
que los alborotados aquilones,
hacia los cuatro puntos cardinales
lleva los ecos precursores.

Avanza el carro de Isaías
con la celeridad de un tagarote.

Bajo el conjuro de Daniel contempla
Nabucodonosor su estatua fonge,
y el *mane thecel phares* fosforesce
junto a la espada de Damocles.

Al huracán asestan las sibilas
de Endor y Cumas sus airadas voces.

Nemrod, "el cazador ante el Eterno",
y el sagitario zodiacal, escogen
los dardos más sutiles para hundirlos
en el seno de angustias de la noche
de Job desamparando:
"la noche solitaria y sin rumores."

Sangre del fratricidio, inagotable,
se cuaja por doquier sobre los goces.

Se aproximan Perseo y la Quimera
que degolló Belerofonte,
Quezalcoatl con su *tizoc*, el ara
de sacrificios del Anáhuac prócer,
y Astarté, Kali, Calibán y Siva,
genios devastadores.

Frente a Teseo, el Minotauro
hace temblar sus corvejones.

Tifón y Encélado levantan
el inmenso peñón que desde el borde
del gran cráter del Etna,
matriz de ardientes aluviones,
Polifemo lanzó contra las naves
del naufrago de Estrófades.

Plutón y Proserpina se revuelcan
en el valle del Bove,
y ladra el mar mediterráneo
en los macizos *faraglioni*.

El martillo del cíclope destroza
el basamento de los montes,
los contrafuertes milenarios,
para extraer, por surtidores,
la exudación de Flagetín, oleosa:
el petróleo, quebranto de naciones.

El Cancerbero, desde el bátrio,
lanza miradas híspidas, feroces,
y vacilan niveles y estaturas
frente a sus ojos avizores.

Las cien cadenas de Briareo chocan
con un estruendo de ciclones,

Vulcano en el volcán del Mongibelo
como una salamandra se recoge
y se distiende, furibundo,
bajo un chocar de formidables moles.
Cruzan la tempestad los estiletes
del rayo entre mugientes nubarrones.

El vientre en llamaradas de la tierra
la pétrea costra de las cumbres rompe,
y se estremecen piélagos y playas
con sus retortijones.

Cibeles se retuerce
descoyuntada entre los bores,
con la matriz martirizada
por las internas igniciones.

Tormentas, rachas, terremotos,
amargas ondas que la tromba sorbe,
calamidades, plagas, pestes,
envuelven a la esfera en sus horrores.

La voraz absolución de la vorágine
deja sentir sus degluciones.

Disparan los cuadrúpedos centauros
por los campos aspérrimos de Dólope,
y en sus encabritados palafrenes
las amazonas van al Termodonte,

Apercibe sus flechas Artemisa
junto al león nemeo de la Argólida.

Por Poseidón y Anfítrite se inquietan
sirenas, hipocampos y tritones.
Se oye gemir a las océanidas
por el varón encadenado al monte.

Brama y se hincha en formidables olas
la gran masa tundida por ciclones.

El bóreas triza con su soplo
las alas diáfanas de Alcione,
y planea Eurídice en el seno
de las eternas combustiones.

Ulula el alalí de las Walkirias y al Walhala
los héroes muertos van. El negro bosque
donde lucharon fieramente
se cubre de nubíferos crespones.
Brindan icor en calaveras.
Son calaveras los tibores.
Votan husmea el tufo de la orgía
saciada de funéreas libaciones.

Feurir, lobo famélico, devora
en el invierno de Fimbul pastores.

Hamlet escruta nuestro enigma
en su castillo de Elsinore.
"Ser o no ser es el problema".
Ser o no ser. Partir. Partir ¿adónde?

Revolotean brujas de los sábados
del Walpurgis de Brocken.
Pausadamente en la intempesta
suenan las campanadas de las doce.

Salmodia el vaté Nostradamus
trenos agoradores.
Está Aníbal *ad portas*.
Belial prepara sus peroles.
Tentacular, siniestro, airado,
el monstruo de la guerra absorbe al orbe.

Persevera, severa, en la justicia,
la Palas Athenea del Acrópolis.

Grecia nutricia, Hélade materna
que amamantaste semidioses,
te vez de nuevo amenazada
por Hécate trifronte.

Renovará lord Byron
su aventura marcial en Misolonghi?

Nos llena de congoja la inminencia
del desastre, sus bárbaros entronques:
las llamaradas del incendio
y el crepitar de los carbones
y la gesticulación de las tinieblas
y el torbellino de los dólares
y el cuervo de la usura
que se nutre del hambre de los hombres
y las tiaras y los cetros
y los grilletes que se rompen.

Ya la fatalidad del exterminio
difunde sus sangrientos arreboles.

FUTURO

I

Cuando Marte se vaya para siempre
con sus laureles y sus mirtos;
cuando la guerra acabe; cuando sea
purificado el mundo y se haga digno
de culminar en sus ideales
y de hacer promisorio su destino;
cuando advenga la paz; cuando los pueblos
diriman sus litigios,
ha de erigirse la ciudad futura
que contempló Ezequiel en su delirio.

Traerá el rey Salomón de los "Proverbios",
de la remota Ofir de sus dominios,
al rey de las "Partidas" y "Cantigas",
el oro para el templo del Buen Juicio.

El culto de Euforión, hiperionida:
Osiris, Inti, Helios, Sol bendito,

lustral total, potente, rútilo,
se unirá en el pináculo mirífico,
con el del Justo de Judea:
eterna vida, eterna luz, Dios mismo.

Retornará la fe que hace milagros
con el sagrado signo.

Ha de venir el ser que tenga
la plural contextura de Dionisos,
reencarnación del Hermes cósmico,
del Hermes trimegisto.

Ostentando la túnica inconsútil
o el manto tritogénico divinos,
por el camino de Damasco
vendrá el Mesías prometido.

Anunciarán al Esperado
peans, evohés y sacros himnos.

Veremos resurgir —¡oh Epifanía!—,
veremos florecer el paganismo
de Juliano, el Apóstata,
tras la hoguera de amor de San Francisco
que luce, como rosas, las heridas
de la carne trigel de Jesucristo.

Promesa de ventura, el arcoiris
irá desde el Tabor hasta el Olimpo.
Y en las augustas cumbres
perpetuarán la gloria de los símbolos,
las retorcidas hojas del acanto
y las agudas hojas del olivo.

Euritmia y eufonía
confortarán, latido tras latido,
las cerebrales células
desencajadas hoy de su equilibrio.
Sabiduría y armonía humanas
serán arpegios del celeste ritmo.
Orfeo, el buen pastor, dará a su numen
los exaltados tonos apolíneos.

Por el pasado correrá el Leteo.
Nos brindará los pródigos racimos
de la nepente vid: la dulce dádiva
de la Imerida del olvido.
A nuestras almas se abrirá el ensueño
bajo el sosiego campesino.

Para todos habrá ricas cosechas:
mieses en eclosión, frutos opimos.

La silvestre frescura aspiraremos
de los efluvios matutinos.

Por la vendimia y por la siega
sabremos del rigor de los cultivos,
en opulentas pomas
y en espigas de grano comprimido.

Y en las tranquilas noches,
bajo un ambiente apenumbado y tibio,
Scherezada dirá cuentos de Oriente
y encenderá su lámpara Aladino.

II

Cuando los cuatro lívidos jinetes
que aterraron a Juan en sus visiones
sean, de súbito, arrancados
de sus ígneos corceles por el vórtice
de Leviatán enfurecido,
volverá la concordia. ¡Sólo entonces!

Cuando la humanidad sea por Hércules
arrancada del légamo a remolque;
cuando se imponga la cordura;
cuando se estanque la hecatombe;
cuando las golondrinas esperanzas
a este valle de lágrimas retornen,
en fraternal convivio los mortales,
limpios ya de flaquezas, ambiciones
y atávicos enconos;
depurados por filtros y crisoles

de contrición, podrán para el futuro
dignificarse en planos superiores.

Cuando el mundo comprenda
que tan sólo el amor eleva al hombre,
por el designio ineluctable
del omnisciente Logos, fuerza y orden,
vendrá la era germinal, la próspera,
de los restauradores.

Vendrá Miguel con el argénteo casco
de airoso airón de cándidos plumones,
y los emblemas evangélicos
elevarán sus lábaros incólumes:
el León, el Querub, el Toro, el Águila,
serán los portadores.

Tendido como un ala al mediodía,
el índice de Jove
señalará la ruta de los vuelos:
ímpetu, avance, pródigo isagoge.
Y el flamígero acero del Arcángel
persignará los horizontes.

Tendremos el Tabor de lo esperado,
la tierra prometida a los mejores,
y ante el Tabor, dos cumbres de martirio:
el Gólgota y el Cáucaso hasta donde
llevó la redención en dos emblemas
—Jesús y Prometeo— dos albores.

Transverberado Parsifal, sagrado,
del cáliz de esmeralda hará que brote
la sangre que José de Arimatea
recogió del costado del Dios Hombre.

Empuñará su espada Juana de Arco
—*turris ebúrnea y virgo potens*—,
y en la mano de Sucre, inmaculada,
rutilará la de San Jorge.

El inflamado verbo de Bolívar
irá al zenit desde el romano monte.

San Agustín desde su ciudad sagrada
nos mostrará las plácidas mansiones.

Nos dirá su secreto el Paracleto,
y en un deslumbramiento de apoteosis,
la divina Paloma de la Gracia
dará la pauta de su vuelo inmóvil.

Meleagro, el argonauta, ha de traernos
el áureo vellocino de la Cólquide,
y Eneas, el écida,
cara deum sobole,
celebrará como en el Lacio
la ferviente liturgia de los goces:
filtros de Fausto, fuente de Juvencio,
Arcadía para gratas expansiones.

Sobre las multitudes en trabajo
se agitará la mano que enarbole
la flámula pascual del *Agnus Dei*
para darles aliento en sus labores.

Por nuestros labios dirá el Verbo
su plenitud: *ex abundantia cordis*.

Escucharemos borbotar la risa
de Ruth, la segadora, en los alcores.

La esposa del "Cantar de los cantares"
encontrará al consorte.

Fluirá de la cisterna de Samaria
un chorro con frescor de agua de monte,
y de la rueca de Rebeca un hilo
del fontanar de los vellones.

Sustituirán a las insidias
las francas efusiones,
y al oro vil de los veneros,
el oro de las eras y las trojes.

Afanes compartidos, vida sana
con mariposas de ilusiones,
colmenas, hormigueros,

colonias de castores,
paisajes con amables perspectivas,
mares con cándidos alciones,
y añoranzas medidas por ingenuos
cantos de cuna y de folklore.

Por las praderas apacibles
ambularán rebaños y pastores,
y alegrarán las prolongadas tardes
con su cansino són los esquilonos.

Buscaremos el hálito del aura
recargado de gérmenes: de polen,
los paralelos surcos de la siembra,
las subterráneas gestaciones,
la tierra humedecida por la lluvia
y los besos del sol fecundadores.

La diestra del sereno Nazareno
benedicirá los nuevos brotes.

Con diáfana diadema de diamantes,
emergerá la Virgen: *Máter nostris*,
y le diremos como cuando niños
al tiempo de dormir: — "*Ora pro nobis*."

Borbotarán los manantiales
de aquellos cristalinos surtidores
que al despertar oíamos
como un loco trinar de ruiseñores.

¡Que en la risueña placidez de un sueño,
los serafines de la infancia tornen
a darnos los afectos familiares,
..... las halagüeñas emociones!

Al ajustarse el vínculo fraterno
sobre la inmensa altiplanicie en donde
Túpaj Amaru subrayó con sangre
la cruz de su destronque,
en la real Cordillera, como un faro,
ha de elevarse la figura prócer
del Esperado. . . Atlántico y Pacífico
celebrarán la paz entre los hombres.

DE LOS LIBROS

“SUCRE”

(la ciudad y el héroe)

“ILLIMANI”

(poemas altiplánicos)

“TUNARI”

(poemas del valle)

“BENI”

(canto a la vida)

“SANGRE Y SED”

(poemas del Chaco)

“ARCO IRIS”

GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

Un personaje de leyenda es Sucre;
un semidiós troyano,
un siervo del divino Galileo,
un adalid de cuento escandinavo.
Sus armas fueron retempladas
en la olímpica fragua de Vulcano.
Le dió el escudo Aquiles, el éicida,
y el triple acero Horacio.
Le dió Sigfrido sangre de dragones,
para que no le hieran adversarios.
Fué nutrido con tuétano de fieras
como el atrida nieto del centauro,
y con savia del tronco del origen:
del *arbore santuba* del Cantábrico.

Sin miedo y sin mancilla,
fué tal vez un adusto caballero templario.
El señor Don Quijote de la Mancha

le dió el espaldarazo
y le extendió la ejecutoria
de paladín andante. Fué par de Carlomagno
que de un mandoble de *Joyeuse* partía
al caballero y al caballo.

Escuchó el ulular del Olifante
por quiebras y planicies y collados,
y eclipsó con la cruz de su divisa
al "*Gesta dei per francos*" de Rolando.

Alternó con el príncipe capadocio San Jorge.
El cáliz de esmeralda del Grial tuvo en sus manos,
y también el acero de San Miguel Arcángel,
triunfalmente asestado
sobre las fauces incendiadas
del endriago.

Con la fe que inflamó de bravura
a Pedro, el ermitaño,
y a Godofredo, duque de Lorena,
habría podido, acaso,
enarbolarse el gonfalon de las Cruzadas
para reconquistar el Sepulcro Sagrado,
y hacer flamear sobre la píxide
la católica enseña como un lábaro.

Hubo un torneo esplendoroso en Flandes.
Lucían los corceles lorigas y penachos,
caparazones y gualdrapas

con los colores emblemáticos
de los soberbios justadores.
Era el duque de Alba juez de campo.

Con el gran capitán, duque de Sesa,
don Gonzalo Fernández de Córdoba, pasaron
don Manrique de Lara, el duque de Ferrara,
don Antonio de Rojas, don Luis Mendoza de Haro,
don Ruy Gómez de Silva, don Fabricio Colonna,
el gran duque de Mantua, marqués de Monferrato,
y don Andrés de Sucre, marqués de Preaux. Los premios
más pretendidos eran para el antepasado.
Por eso don Antonio José de Sucre guarda
incólume el prestigio de su abuelo hidalgo.

El forjador de cosas estupendas: Bolívar;
el demiurgo magnífico, malabarista de astros,
para quien los ejércitos son piezas
de ajedrez que él ordena, seguro, matemático;
el que tiene el empuje
en los ojos caldeados
de los desencadenados elementos
y mira las catástrofes futuras; el gran mago
en cuyo numen gnóstico palpitan,
vivas entrañas, los vocablos
con cadencia de sangre; en cuyo verbo
zumba la eternidad y se enciende el espacio;
el que con su palabra y sus hechos ilustra
las mil leguas que abarcan, extendidos, sus brazos,
y Sucre cuyo lema "*Humanidad y Patria*"
fulguró en sus ideas y en sus actos,
son dos temperamentos antagónicos

que forman en su vertice un pináculo.
Son una afirmación y dos contrastes:
dos polos imantados.

Fuente de sugerencias portentosas
y de contradicción: tinieblas y relámpagos,
cerebro genital, matriz de rumbos,
caprichoso, poliédrico, dinámico,
Bolívar es la exorbitancia.
Guarda la fuerza cósmica en su cráneo.
Como en un frenesí de calofríos
la va desarrollando.
Sucre es la ciencia y la experiencia,
es el proceso evolutivo: el árbol.
Ni una claudicación hay en su vida,
ni una injusticia, ni un engaño.
Altivo en los reveses, modesto en la victoria,
es indulgente, probo, humanitario.
Renuncia privilegios de gloria y de fortuna,
y a nada aspira en su grandeza de ánimo.
Ama sólo el honor, no los honores.
Es la generosidad en grado máximo.
Vertical, rectilíneo, inquebrantable,
él es el justo medio, el resultado;
es el alma segura de sí misma,
es la razón y el cálculo,
es el nivel y la plomada.
Bolívar el zig-zag con que rubrica el rayo.
Bolívar es el ímpetu y Sucre es el carácter,
el estadista, el estratega cauto.
Bolívar, un castillo con torreones de orgullo.
Sucre, una escuela que abre sus puertas sobre un prado.
Bolívar la semilla; el surco Sucre.

Bolívar el torrente; Sucre el álveo.
Bolívar voluntad y Sucre disciplina,
superación indefinida ambos,
se complementan y se continúan
cual ríos que en un cauce penetran al océano.

Sucre de las florestas amazónicas
llega a las altas nieves, auscultando
el ígneo corazón de las montañas.
Luego en el Ecuador, bajo el penacho
de fuego del Pichincha, bajo la línea ideal
que en dos mitades justas corta el globo terráqueo,
combate y vence. Y mira como una recompensa,
la Santa Cruz del Sur de diamantinos clavos.

Después en Ayacucho, con su vista que tiene
la rigidez vibrátil y el desarrollo raudo
y la segura puntería
de los ojos de luz del Sagitario,
domina a los ejércitos de bayonetas erizados,
y en el aire tremante de pavorosas inminencias,
oye la voz augusta que realiza el milagro.

Crispada luz en los aceros
mellados en Junín entre ambos bandos,
revuelo de cimera, banderas en oleaje,
y un eclipse de sol, y una aurora en el campo,
y abatidos pendones, y pendones erguidos
sobre sangrientos coágulos.
Tras el clamor de la victoria, Sucre
tiende al vencido generosa mano.

Desbravador de selvas y violador de cúspides,
en Ayacucho Sucre consigue libertarnos.
Y en la tierra del Inti, del padre ignipotente,
rescata el estandarte que Pizarro
enarbolara en la conquista.
Oye en la quena y el charango
la tristeza ancestral de los *kaluyos*
por la desolación del altiplano,
admira en sus vestigios
la civilización de Tihuanacu
y el esplendor de la ciudad moderna
que frente al Illimani erige sus palacios.
Y frente al hemicíclo del Ande, la vía láctea,
simiente de astros, polvareda de astros,
la señala la ruta de Occidente: los cerros
Potosí y Churuquella le llaman a sus brazos

Un alborozo desbordante
de Domingo de Ramos

Ataviada lo mismo que una novia
que espera el bienamado,
aguarda al redentor la blasonada
villa de Peranzúñez y Gonzalo Pizarro.

Viste de gala la ciudad. Doquiera
mujeres y claveles y geranios.
Señoriales mansiones coloniales.
Rumor de surtidores en los patios.
En el aire se mecen cadenas policromas.
De las paredes cuelgan tapices de brocado,

oriflamas, finísimos encajes
y mantas de Manila: Tradicional ornato.

Bajo un cielo de esmalte zafirino,
ojos de negra luz y bocas de cinabrio,
miradas que hacen fintas de florete,
risas, sonrisas, regocijo franco.

La atmósfera titila fragante y luminosa.
La ciudad de los charcas tiene un aspecto arcadio.
En el aura colmada de aroma y armonía,
niveas palomas tejen su arrullo epitalámico.

Congréganse en la calle gente del pueblo, niños,
aulas, clero, cabildo, dignatarios.

Se acerca Sucre. Le acompaña
Álvarez de Arenales, el plenipotenciario
del Río de la Plata. Los Estados Mayores
van con ellos. Aclámanles al tránsito.

Se acerca el héroe de Ayacucho
y pasa por el arco
triunfal del iris, que reúne
en tres fajas la enseña del gran imperio incaico.
Estrépito: repiques y marciales fanfarrias,
hosannas, himnos, entusiasmo.

Pleno de personales atractivos
y en el zenit de su prestigio inmáculo,

el caballero de las cumbres llega
a la ciudad de Mayo.

Impone la figura de Sucre trimegisto.
Tal es la majestad que irradia, sin pensarlo,
tal su dulzura nazarena, que parece
que hubiera descendido el Espíritu Santo.

Al verse por la culta Chuquisaca
bendito y alabado,
se le arrasan de lágrimas los ojos; cual rocío
caen sobre las flores de guirnaldas y ramos.

Emocionadamente
va agradeciendo los halagos.
Delicadeza, cortesía, atildamiento,
caracterizan al guerrero hidalgo.
Siempre tuvo, gentil, para las damas
y para el enemigo, guante blanco.

Regular estatura. Cuerpo enjuto.
Continente hierático.
Atezada la tez por la intemperie,
severa faz de inconfundibles rasgos.
Vasta comba frontal que es el dombo de un templo.
Cabellera encrespada. Finas manos
que ofrecen una flor o manejan un arma
con el mismo donaire aristocrático.
Ojos que ven muy lejos, hondamente,
como a través del tiempo y del espacio.

¿Añoranza o ensueño es la ternura
de esos ojos castaños
que parece que miran, muy adentro,
imágenes amadas? Sin embargo
ante el peligro, sus retinas
se entenebrecen. Lanzas rayos
que en las almas se incrustan.
Las perforan lo mismo que taladros.
Como las del arquero Guillermo Tell, certeras,
donde clavan la vista tiembla el dardo.
Por la meditación y las vigiliass
está ascéticamente demacrado,
pero enérgico aún, el rostro grave.
La delgadez de ese perfil cesáreo,
es digna de ilustrar un camafeo,
digna de ser tallada en un anáglifo.

Es de amargura el leve rictus
de los sutiles labios.
Una sonrisa, imperceptible casi,
hace suaves tan adustos trazos.

Ante la exaltación de la alegría
y la dulzura ambiente y el boato
y el perfume nupcial de los azahares
y los fervientes ditirambos,
en la sonrisa del invicto
se abre un paréntesis nostálgico.
Su alma es un paisaje diluido
en la melancolía de la hora del ángelus.
Alma amor, alma luz, alma pureza,
fulgor y albura diáfanos:

neblina, nube, nieve, todo
lo que libre del suelo, se va purificando.
Y es que su vida es límpido manantial de montaña
que da al valle sus linfas en floración de ampos,
y es gota de rocío que fulge sobre un pétalo,
y estrella matutina que tiembla en el remanso.

Guardia de honor harán a Sucre bellas ninfas.
Irán con él hasta el estrado
en el que se ha erigido un dórico templete
que reproduce el peristilo clásico
del Partenón, desde el que Palas Athenea
vuelve los ojos al pasado.

Conducido por miembros de la Academia Carolina,
alegórico carro
llevará al Mariscal de Ayacucho,
en un sitial con palio,
a la plaza mayor, donde habrán de ofrendírsele
poesías y lauros.
Invitan al dilecto a que lo ocupe.
Pero él a Arenales le dice: "Ciudadano
Brigadier General, a vos os corresponde,
como huésped que sois de un pueblo hospitalario."

—"¡Nunca, Gran Mariscal! ¿Cómo podría
preceder al egregio capitán, al dechado
de todas las virtudes?, contéstale Arenales.
Entonces Sucre, en un impulso subitáneo,
hace brillar al sol que le vió en cien contiendas,
la lámina de acero que rescató, peleando,

los fueros de la patria, y en la carroza, luego,
colócala de plano.
Y con garbosa diligencia,
el rioplatense hace otro tanto.
Y puestas una sobre otra
bajo el sol meridiano,
en la carroza las espadas hacen
una cruz de relámpagos.

Bizarramente unidas, la Gloria y la Hermosura
tras la reliquia van a lento paso.

Perdida la mirada en el azul etéreo,
cual con veste inconsútil, intacto, sin contacto,
es Sucre la Paloma de la Gracia
que alza su vuelo tácito.

Cada vez más su vida se depura,
se acrisola, se acendra, se va divinizando.

Hizo del infortunio una custodia
y de su corazón un tabernáculo.

Serenamente triste, busca
la perfección en sucesivos planos,
en transfiguraciones arcangélicas,
con ansia de ascender en vuelos amplios
hacia la redención definitiva;
mas como la Victoria de Samotracia, acaso

no tiene más que alas; más que alas,
en un vuelo de mármol,
de infinitud, de excelsitud suprema,
para llegar a los ideales y coparlos.

Inmolación y abnegación le hacen,
como pan eucarístico, sagradamente cándido.
Luego será el epónimo.
Le buscará la gloria sin turbarlo.
Y su bondad y su misericordia
y su desprendimiento franciscanos,
pronto se irán. Veremos florecer en su carne,
como en la del seráfico,
la transverberación de las heridas
de Cristo en el Calvario...

Y el Poder una etapa, y otra etapa el Amor, y otra etapa
[la Muerte,
para Sucre inmortal y sacrosanto.

NOSTALGIA

Hoy tengo, Sucre, al recordarte,
tal sensación de paz,
que están mis ojos titilando
como si fuesen a llorar.

Oigo otra vez bajo tu cielo
de una sutil diafanidad,
lejanas voces que repiten:
"¡Pan de Yotala!" "¡Pan del Romeral!",
y embelesado, aspiro aromas
de nardo y menta y arrayán.

Están mis ojos titilando
como si fuesen a llorar.

En tus auroras hay el fausto
de las huríes del edén,

diamantería de rocío
sobre las flores del vergel,
oro solar que va crispando
el oro de la mies,
y mariposas y canciones
y frescas risas de mujer.

En tus fragantes mediodías
hay tanta luz, hay tanta luz,
que el alma queda deslumbrada
por la celeste excelsitud,
y al ascender, como en un éxtasis,
hasta esa gran palpitación azul,
siente que al cuerpo en el que mora
le nacen alas de querub.

Con tus ocasos luminosos
nos das la clara sensación
de ir escalando el arcoiris
como en el sueño de Jacob.

¡Tardecita de lluvia loca,
llena de buen olor,
tardecita que iba lavándose
para secarse al sol,
fué aquella en que, embargado por la angustia,
Sucre, te dije: "Adiós!"

Claridad, armonía y tibieza,
dan tus noches embrujo sensual.
Hondamente sumidos
en una férvida ansiedad,

en las sombras recatan sus sombras
la dama y el galán.
Almas unidas al recuerdo
de una emoción que nunca volverá,
almas entredespertas al conjuro
de la ternura de un cantar,
siguen soñando y suspirando
por un antiguo amor quizás...

La serenata se deshoja
bajo la luna de cristal.

Hoy cumples años, madre mía;
pero en horrenda lid,
vas derramando por la Patria
toda tu sangre juvenil.

Transverberada por la gloria
como el seráfico de Asís,
llevas la cruz en carne viva:
hay cinco llagas sobre ti.

Contigo sufro y seguiré sufriendo
hasta que tu martirio tenga fin.
Cuanto más lejos en el tiempo y la distancia,
más cerca estás, más cerca estás de mí.

EN PAZ Y AMOR...

Señora de La Paz, gentil señora,
danos tu heroica voluntad de acero,
para vencer el áspero sendero
en pos de una ilusión de albor de aurora.

La ilusión que tu espíritu atesora
para alumbrar de amor lo venidero
con esa luz de bíblico lucero
que difunde la tea redentora.

Ya no el vano soñar, sino un sentido
de firmeza y de fe frente al olvido.
Perseguir esplendores, no vislumbres,

y en un anhelo de concordia humana,
ir como el Inti, padre, hacia el mañana,
sobre una extensa sucesión de cumbres

CONFESIÓN

(Homenaje al "Ateneo de Bolivia")

I

Por vosotros, hermanos, más que hermanos, amigos,
de mi alcázar interno voy a abrir los postigos
rechinantes de herrumbre, ya que siempre sus puertas
las mantuve, del todo, para todos abiertas.

Mi infancia fué de aquellas despóticas infancias
con eclosión de gritos, de risas, de jactancias;
mi adolescencia, triste, magüer los privilegios
que para mí vendían escuelas y colegios;
mi juventud, fogosa como un centauro, libre,
pulsó las áureas cuerdas del arpa del felibre.

Fué sensual mi arte, como mi vida ha sido;
mas no hay en él asomo de lúbrico sentido;
pues con atrevimiento, pero sin grosería,

sinceramente dije lo que decir quería.
Si recorrí el camino que Baudelaire abriera,
volví sobre mis pasos, sin vacilar siquiera.
De ajenas intrusiones cuidóse mi albedrío.
Pocas, muy pocas veces, me referí a lo mío.

Canté del Altiplano los vastos panoramas
de cumbres, decorados por cóndores y llamas;
canté de nuestros valles el delicioso clima,
sus campos y su gente que igual bondad anima;
canté también el trópico: perfumes en el aire,
mujeres, mariposas, hamacas en socaire.

Tentóme el caramillo del fauno en los viñedos;
tentóme la Ironía con su antifaz de enredos;
gusté el meloso jugo que sangran los racimos,
y amé de Colombina los alevosos mimos.

Me dió su olor el nardo. Cruzé los fontanares
que fluyen del ardiente "Cantar de los cantares";
hallé en el agridulce sabor de las manzanas,
un leve dejo a labios de núbiles aldeanas;
mordí, golosamente, la pulpa de la piña,
y desgrané granates que la granada apiña.

Mis culpas fueron leves; mis desengaños, hondos.
Pasé de los palacios a los plebeyos fondos,
y en ellos, fatalmente, no hallé sino falacia:
la democracia, dúctil; igual la aristocracia.
En ellos vi a los siete pecados capitales,
reptar, guluzmeadores, por salas y fangales.

Noches de claro en claro, con música y con vino,
y el seductor y frágil eterno femenino;
las turbulentas horas, la vida en llamaradas,
la sed, las inquietudes, las turbias madrugadas,
y el sacrosanto signo que hace la santa mano
en la afiebrada frente del hijo, del tirano;
ternura de la mano que borra los excesos,
con llanto, con sonrisas, con temblorosos besos:
veladas amargas del maternal cariño
que todo lo perdona, pues ve en el hombre al niño.

Después, la horripilancia, tan lejos, imprevista,
del drama en que interviene la eterna tramoyista.

Terríficos recuerdos, desde el pretil del vicio,
punzaron mi conciencia cual púas de un cilicio.
Dolor, dolor intenso, dolor y desengaños
me trajo la tediosa corriente de los años.

Y luego, poco a poco, el infalible olvido,
y mi retorno al medio trivial en que he vivido.

Cediendo a mis caprichos, en manos del demonio,
incauta y totalmente perdí mi patrimonio.
Y como nunca pude pensar en el mañana,
me fuí, sin meditarlo, donde me dió la gana,
hasta que Amor, un día, indíjome a la enmienda,
a dirigir mis pasos por la escondida senda,
y franciscanamente buscó mi panteísmo,
a Dios en todas partes, a Dios que está en mí mismo.

De entonces, mi carácter, templado en la templanza,
me hace andar erguido y alienta mi esperanza.

¡Amor de esposa, bálsamo, confortador afecto
que nos absuelve y limpia de lo pasado abyecto!

Cariños y pesares, anhelos y zozobras,
sin velo y sin afeites, mi vida está en mis obras,
despersonalizada. Tuve el pudor y el tino
de no confiarme nunca ni al docto ni al cretino.

Más que por mí yo sufro por los demás, y siento
con el dolor del prójimo crecer mi sentimiento.

Pero no importan penas mientras la casa mía
privada no se vea del pan de cada día,
y pueda yo a los míos, hogaño como antaño,
decir al acostarme: —“A nadie le hice daño”.

Mi inspiración, por eso, en castidad fulgura,
desnuda como Venus; como Artemisa, pura:
la castidad gloriosa de Helena, la tindárida;
la castidad de Ofelia, como sus dunas árida.

Naturaleza y Patria son hoy los altos temas
con los que voy forjando mis cíclicos poemas:
fuertes las emociones; las impresiones fuertes

y aparte del influjo de espíritus inertes.
O mística y pagana, mi musa se recrea
dando en ofrendas lirios a Palas Athenea.

II

Por intuición el vate conoce lo que han visto
el ojo del triángulo y el Hermes Trimegisto.

Él es el infalible revelador, la única
palabra del milagro. Es la inconsútil túnica
y el tenue velo de Isis sobre los horizontes,
arrebolando mares y brillantando montes.

Los pueblos glorifican niveles y estaturas
con sus tradicionales o míticas figuras.
Por eso es que prefiere la reina Fantasía
leyenda más que Historia para la Poesía.

Los grandes capitanes, los grandes impostores:
los Médicis, los Borgia, rodeados de esplendores.
En boca de Rolando, el són del olifante,
y el del *pututu* en boca de Túpaj arrogante.

Cirano con sus globos de vidrio en las estrellas,
su amparadora espada, sus íntimas querellas.
Sigfrido y Brunequilda viendo pasar la ronda
de gnomos nibelungos bajo la negra fronda.

Luis de Baviera insomne, y Hamlet taciturno,
por el influjo unidos de Diana y de Saturno.
Y aquel sublime loco llamado don Quijote,
desfacedor de entuertos, con Rocinante al trote.

Los dioses y los héroes de las teogonías,
los ritos, las costumbres y las alegorías;
canéforas de Eleusis, bacantes de Corinto
al recubrir de pámpanos la majestad del plinto.

Gentiles caballeros, princesas encantadas
en las maravillosas mansiones de las hadas.
Arrobador concento de coro de novicias:
distantes voces trémulas que son como caricias.
Conventuales huertos, basílicas sonoras
con monjes que no advierten el paso de las horas.
Navío de Odiseo con brújula de albures
que a Norte y Sur conducen Cortés y Peranzures,
por un camino y otro camino, sin destino,
en pos de la quimera del áureo vellocino.

Hoy que el Planeta sangra y sólo el Odio impera,
hoy que orfandad y escombros se mira por doquiera,
flor de ilusión marchita por todos los eventos,
despetalada yace la rosa de los vientos.

Caín, el primigenio primate, la tragedia
de los antiguos éxodos, del clan de la Edad Media,

la bestia apocalíptica, el monstruo sitibundo
de lágrimas y sangre, ha regresado al mundo.
Todo el horror difunde Caín, el Anticristo
que levantó en el Gólgota la cruz de Jesucristo.

Les toca a los artistas salvar al orbe, haciendo
que en "paz y amor" convivan los pueblos de la Tierra.
Salvarlos —predicándoles— del vórtice tremendo,
del huracán de espanto que desató la guerra.

CONSUELO

En su nativa tierra forastero,
sufre el indio un poder que le condena
a emparejar su inextinguible pena
con la monotonía del sendero.

Traduce su pesar en plañidero,
flébil rumor de arroyo y de colmena:
de corazón que agita la faena,
un musical y humilde compañero.

¡Oh la pequeña cavidad sonora
de su *quirquincho* que piedad implora
de retorno a la mísera morada!

En el triste refugio de la choza,
llena de amor y de dolor solloza
el alma del charango atragantada.

GÉNESIS

I

Paradisiaca zona
cerca a la línea ecuatorial que parte
imaginariamente
al mundo en dos mitades.
Tierras del trópico beniano
feroces y feraces.
Serranías y llanos majestuosos
circundados por bosques y por cármenes.
Flora y fauna vernáculos, ingentes,
de sorprendentes variedades.

Arterias subterráneas las raíces;
las arterias raíces corporales,
llevan jugo nutricio hasta las hojas,
y hasta el cerebro animadora sangre.

Corre la vida en pulsación de venas
 y en intrincada urdimbre de raigambres:
 evolución del protoplasma en núcleos
 elementales y esenciales,
 proceso de capullos y de ovas,
 desarrollo de larvas seminales,
 células oprimidas por la savia,
 nervios en conexiones medulares
 con profusa eclosión de los retoños
 y madurez del fruto y de la carne,
 miembros por el vigor atormentados
 y organismos en rápido desgaste,
 aguas de obscura o clara transparencia,
 y aguas densas, opacas, impotables,
 en una vaga agitación de gérmenes
 vitales o mortales.

Junto a la vida adormecida, lánguida,
 la vida de combate:
 la lucha por la vida y por la especie,
 la lucha ineluctable,
 la vida entretejida
 de ambiciones, de taras, de pesares,
 en los seres que piensan, y de instintos
 en los irracionales.

Todo amar y sufrir hasta extinguirse,
 y luego disgregarse y agregarse
 para volver al bátraco en materia
 y hasta en espíritu quién sabe.

¿Qué importa que de pronto, cualquier día,
 la Descarnada nos atrape
 con sus dedos, carámbanos de angustia,

si ha de volverse a ser, si ha de empezarse?
 ¿Qué importa, a fin de cuentas, si en la muerte
 está toda existencia preparándose?

II

Perpetuamente encinta,
 perpetuamente renovándose,
 reproduciéndose sin tregua
 bajo los besos germinales,
 bajo los luminosos paroxismos
 del Sol, eterno Padre,
 la selva es el enigma, la multísona
 profundidad arcana, la que atrae
 lo mismo que el abismo, la que abruma
 con su opulencia unánime.

III

La selva vió pasar a los milenios
 y los verá pasar hasta que acaben.
 Multípara, monoica: macho y hembra,
 varona, efebo, diosa, diablo, Tais,
 procrea y crea y elimina
 sin cansarse.

Nexo de epitalamio y de tragedia,
 inverecundo maridaje,

la selva es masculina y femenina:
ella a sí misma se concibe y pare.
En su caliente seno todo es génesis
y todo acabamiento y todo empalme.

Engendradora y exterminadora,
viril, viripotente y deleznable,
en su perenne angurria de autofagia
la puérpera decae;
pero en seguida vuelve a tener fuerzas;
pero en seguida sigue fecundándose.

Seno de eterna gravidez el suyo,
de eterno embarazarse.

Polifacética, poliédrica,
cuajada de paréntesis, cambiante,
siempre la misma y siempre renovada;
siempre concentración, siempre desbande,
todo el horror y la belleza
de la Naturaleza en sí comparte.

¡Misterio del principio,
misterio natural, selva salvaje
tan dolorosamente comprendida,
tan hondamente amada al alejarse!

EL AIRE

II

Poco a poco se aviva el cabrilleo
de las abejas estelares.

La noche va tomando
esa diafanidad de los fanales.

Palpita el agua demoradamente,
y sobre el agua una piragua late.
También el corazón, también la hoguera,
también los astros y el silencio laten.
Laten la tierra, el fuego, el agua, el éter.
Los elementos naturales
su ritmo acordan con el ritmo trémulo
de los celestes colmenares.

Palpita el ígneo corazón del mundo
que se va desangrando en los volcanes.

Late en la mente humana el firmamento,
vibra la eternidad en el instante.

Ir y venir, flujo y reflujo,
cadencia, vibración, sístole y diástole,
martilleo en tic-tac de los relojes,
isócronos compases,
pausado són de péndulo,
titilación sutil de antenas gráciles,
vaivén de hamaca, sosegado y tibio,
vaivén de fronda bajo el aura errante,
vaivén de amor en juvenil transporte
bajo el cobijo del bosque,
soporosa cadencia de incensarios
en las severas catedrales.

Todo, todo es latido, todo vida;
hasta la muerte es vida perdurable.
Más allá de la vida está la vida,
está Dios mismo, generoso y grande.

FLORA

VII

La selva ostenta, suntuosamente
recamada de flores, su donaire.

Con la canción de los colores
y la canción de los perfumes, trae
mil recuerdos al alma embelesada
por las profundas soledades:
olores y colores
en sucesión o entremezclándose.

Profanos paraísos del Profeta
para soñar con las huríes. Grandes
jardines encantados,
como en los cuentos nórdicos de Andersen:
jardines de Oberón y de Titania

con que a los niños dóciles distraen
el hada Mab y Scherezada, reina
de las mil y una noches adorables;
vergeles de los elfos y las sílfides
y las ondinas y las náyades;
pensiles de leyenda;
jardines de Semíramis, colgantes:
nemorosos, románticos retiros;
eglógicos lugares.

Sólo los santos en sus éxtasis
podrían tal edén imaginarse.

Flores que son como ignición etérea:
como arcoiris y celajes;
flores que son como delgadas alas;
flores que son como impalpables;
flores apétalas que tienen
la palidez veteada de los mármoles;
flores que se diría coloreadas
por un fuego interior, rubor de ángeles,
de aladas cabecitas que rodean
las telas de pintores medioevales;
flores como la asclepia, semilácteas:
flores de anemia, gráciles;
umbelas y corimbos
de esbelto varillaje;
flores radiadas, digitadas,
dentadas, crugiformes, romboidales,
estrígidas, criptógamas, aríideas:
flores en cantidad; de toda clase:
maduquis, trepadoras, espadañas,

disciplinados lirios, tulípanes,
anémonas, gladiolos,
hortensias y magnolias y clématides
y otras flores anónimas que lucen
infinidad de jaspes:
corte de amor de la Victoria Regia,
de la altiva Irupé de los estanques.

Se aspira por doquier, hasta la asfixia,
aromas exquisitos y excitantes,
como aquellos que exhalan las metáforas
del divino "Cantar de los cantares".

Olor también a labios infantiles;
olor a belfos de los recentales;
olor a incienso, a menta, a campo virgen,
a montes altos, a pinares,
a pureza, a toronja, a noviciado,
a colegialas comulgantes,
o un ambiente pesado de perfumes
que con el aura apenas si se expande.

Efluvios almizclados, pegajosos,
tangibles casi.

Rasca el olor, irrita
las circunvoluciones cerebrales.

Huele a mujer desnuda y casta,
y un poco a muerte, un poco. Trae

la leve brisa olores opresores,
afrodisíacos, excitantes.
Satírase la atmósfera
de emanaciones sensuales
ligeramente fosfatadas,
pero melíficas, suaves.

¡Ah el aroma de amor que se insinúa
por los sentidos, provocándoles!

Olor de la floresta brava
que es a la vez fecunda y fecundante.

Dan ganas de perderse en la floresta;
dan ganas de quedarse;
de hundirse hasta el olvido en sus encantos
hasta el temido, ineludible trance...

Hay jardines también de los suplicios
con sus "Flores del Mal" entre zarzales,
flores de funerario terciopelo
sostenidas por tallos con pelaje:
mosqueado terciopelo de tigrídis
que a las cantáridas atrae;
flores de adormidera, de nirvana,
de beleño, de sueño, de parálisis;
nectarios de ambrosía o de ponzoña,
nectarios rebosantes;
flores narcóticas, letárgicas,
que difunden el prana de sus gases;

flores de mórbida turgencia
de poma dura, de madura carne;
flores que endulzan sus esencias tóxicas;
flores que tienen sensaciones táctiles;
flores de fiebre en multicroma danza
cuando el cráneo parece que se parte.

Hay flores con antenas y tentáculos;
hay sutiles vampiros vegetales.
De insectos se alimentan,
casi carnívoras, voraces:
atrapan sabandijas
para engullirlas y cerrarse;
flores que como sexos se recatan;
flores que como heridas se entreabren;
labios en congestión de besos dados
junto a labios cloróticos, exangües.

Hay incubos y súcubos
hundidos en las flores, olfateándose.

Atora el polen. Se respira
tufaradas que pican como el áloe.
Inevitablemente
se estornuda al pasar. Es polvo el aire.

En sanguinosas flores,
titiladores, cárdenos estambres
de contextura fálica, se erectan
sobre melosas valvas genitales.

Conformación hermafrodita
de las corolas que en sus cálices
para ejercer el acto autogénico,
inverecundamente se contraen;
ayuntamientos lentos, invisibles,
en concepción aglutinante;
epitalámicos transportes
al abrigo de plácidos parajes.
Y los carpelos, las esporas
y las antenas vibran y se expanden.

Monstruosamente bellas, las orquídeas
penden de troncos seculares.
Hay orquídeas con cuernos o con garras.
Hay orquídeas que ciñen antifaces;
otras que son arañas o intestinos
o mariposas o falenas. Abren
sus lívidas entrañas o las cierran
—marinas conchas— al tocar sus ápices.

Hay flores que parecen arrancadas
a las riberas pútridas del Ganges:
flores de viejas plantas índicas
que hallaron lozanía en su trasplante:
flores que sudan tóxica melaza;
flores de olores animales;
flores que se dilatan y segregan
poco a poco su pus: flores biliares;
extenuados pétalos
que la gangrena rae;
flores de cementerio y leprosario,
con bacterias quizás, quizás letales:

flores que son como bubones
en concreción de piedras bezoares.
Moscas y moscardones las acosan
como remordimientos. Implacables.

Hinchadas lenguas; leporinas bocas
cloróticas encías en descarnes;
entrevero de tripas y riñones;
irritaciones glandulares;
manos de niño flácidas, traslúcidas,
chupadas por la tisis galopante;
patas de sátiro, unguladas;
corazones raquíuticos, exánimes;
tumefacciones induradas, tercas;
supuraciones acres;
trompas y hocicos que babeán
o que eyaculan nata de fangales,
azulenco matiz de uña golpeada
que va tomando tonos de azabache;
visos violáceos de vejiga;
matices de moaré, tonos cambiantes,
gamas de herrumbre, de oxidado cobre,
de abandonados orinales;
irisación de vísceras de reses
recién decapitadas, agria sangre
arracimada en coágulos
al borde de cortadas yugulares;
glaucos humores que se cuajan, vítreos,
como esas lágrimas que caen,
sin llegar a caer, de las pupilas
de atónita fijeza en las imágenes
yacentes o de pie: lirios de luna,

cuerpos de vírgenes y mártires
que en cera modelados se conservan
muchos siglos bajo urnas y fanales.

Jardines de locura y pesadilla;
jardines de balada y de romance:
satánicos jardines;
jardines celestiales.

La bayadera bárbara, la selva,
para el generador, para el radiante,
trenza la danza de los siete velos
y los siete misterios conyugales.

CONQUISTA

.....

III

El alma de la estirpe, el alma hispana,
tozuda, indeclinable,
inflamada de fe, de fe en sí misma,
abroquelada en sus ideales,
confiada en su vehemencia,
segura de alcanzar lo inalcanzable.

Gerión, Loyola, don Pelayo:
las catapultas del carácter.
Mío Cid Campeador; Roger de Lauria;
Roger de Flor, templario militante;
Sáncho Dávila, "rayo de la guerra",
y Bernardo del Carpio en Roncesvalles,
y el *gesta dei per francos* de Rolando

noblemente abatido en el combate
por los mandobles que le asesta
la espada del ibero a "Durandarte".

Severo orgullo, mística potencia,
violencia a veces en fatal rebalse,
raptó, rigor, testarudez en pugna
con la naturaleza circundante,
intrepidez de acción, perseverancia,
más bien temeridad en el ataque,
virtud de persistencia,
congoja trashumante:
inquietud vagabunda de las prognos
en derredor de los alares,
arcana sugestión de lo imprevisto
que es a la vez empuje y acicate:
imperativo categórico
de atávica raigambre,
y frente a todo mal y a todo riesgo,
denuesto y terquedad y hasta desplante.

Adusta austeridad de la existencia,
irreductibles voluntades
a las que sólo animan
el astrolabio y el sextante.

Corazones impávidos, troqueles
de consistencia indoblegable.
Ferrados corazones
por igual obstinados y retráctiles.

Penurias en la tierra,
castillos en el aire.

Disciplinadas vidas
exentas de latinas veleidades.

Varones que soportan impertérritos,
con singular empaque,
las contingencias, las vicisitudes
y las adversidades.

Hombres formados a plomada,
verticales,
apremiadoramente compellidos
por la fascinación de lo distante,
por ese más allá del horizonte,
por ese más allá de otros lugares,
alerta los sentidos
al aura que les trae
vagos efluvios de otros climas
y anónimos mensajes.

Hombres que sólo anhelan
partir, partir, partir, sin equipaje,
y no saber a dónde ni hasta cuándo,
y no saber si para siempre. Darse
del todo, en alma y cuerpo,
a lo que no se sabe.

Vivir la arcanidad bajo el peligro.
Llegar sin retrasarse,
salvando cumbres, trasponiendo montes,
cruzando estepas o violando mares.

Pasar como las nubes.
Lanzarse tras el sol y acompañarle
en su parábola lumínica
y al mismo tiempo fecundante.

La vida libre, libre, libre.
La vida sin arraigue.

Por el amor, la gloria o la fortuna,
darse al azar sin vacilar. Jugarse
la vida a cada paso y sin motivo,
en atrevidos lances.

Atropellar obstáculos, salvarlos,
o en sus aristas descrismarse.

Bregar contra las olas.
Romper los valladares.
Cerrar los ojos a las sirtes;
cerrar los ojos. . . y adelante.

Ir con Moisés llevando a la ventura
los fatigados clanes.

Ir con Agar, estrella de los éxodos,
guiando a los aduares.

Ir con Meleagro, el argonauta heroico,
en pos del vellocino inencontrable,
y con Eneas, el eácida,
de Grecia al Lacio conducir el arte.

Ir con Simbad, Rurik, Erico el rojo:
los legendarios navegantes;
con el "monstruo del mar" Vasco de Gama,
Vespucio, Marco Polo, Magallanes,
Gaboto, Elcano y Núñez de Balboa
que bautizó un océano desafiándole.

Imponerse al rotundo *nec plus ultra*;
surcar el tenebroso *ignotus mare*;
pasar con rumbo al *Aurea Quersoneso*.
las columnas del fin Abila y Calpe,
hacia el *Antique Insulam* que conserva
las torres herculáneas por guardianes.
Encontrar los países de la fábula
en los que todo abunda y todo es fácil:
Ofir tal vez; tal vez Cipango;
la misteriosa Cílique quién sabe;
la isla que buscaron los fenicios,
o Manoa, Tulé, Quingay, Dabaibe,
Cenú, la heptápolis Cibola,
y Enim y sus alcázares.

Navegar, caminar, ver con los vientos
la rosa de los vientos deshojarse.
Recomenzar las lueñas travesías
de los itinerarios sin remate.
Dar el adiós definitivo siempre;
dar al acaso el alma y el velamen.
Más allá del confín
finalizar el viaje,
para emprenderlo nuevamente
en pos de la quimera inalcanzable,
hasta que algún cualquiera, en cualquier sitio,
grave sobre un madero, el "Aquí yace".

Para triunfar, la vida
tiene que ser avance.
Vida sin dimensiones, vida ilímite;
destino sin distancias, ambulante,
destino sin destino; albur, evento,
destino sin después, por eso grande.

Penetran en la Historia, enaltecíendola,
las carabelas augurales:
la magna trinidad de la aventura
que conduce el profético almirante
al Continente niño
amamantado por dos mares.

Abismos encrespados de torrentes,
cordilleras floridas de volcanes,
ubérrimas comarcas guarnecidas
de bosques vírgenes y valles,

altiplanicies infinitas, tristes,
erizadas de viento y pajonales.

En estrellada dispersión de rumbos
y en aluvión de espíritus errantes,
precipitadamente
del Romancero salen
los propulsores de la empresa insigne:
los engrifados gerifaltes.

Profusamente llegan a estas Indias
hijosdalgo, plebeyos, menestrales,
y se efectúa el peregrino entronque,
y da sus frutos el racial trasplante.

"Polvo, sudor y fierro",
van los descubridores adentrándose
en el hallado edén del nuevo mundo
para imponerle vasallaje,
dominar florecientes señoríos
y esclavizar raleas montaraces.

Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste,
como una cruz radiada de ansiedades,
con su punzón magnético la brújula
—concentración de latitudes— abre
los treinta y dos caminos que conducen
a todas partes.

Sobre la cruz de acero de la espada,
tatuada de oxidados gavilanes,
lucen la cruz del austro en el vacío
sus clavos de diamante.

La señal de la cruz de la conquista
que va con el católico estandarte,
persigna al Continente
con lágrimas y sangre,
del mar Caribe al cabo de Hornos
y del Río Amazonas hasta el Maule.

El gonfalon de San Ignacio
y las sandalias franciscanas, hacen
que el alma del teólogo, severa,
y la del conversor, edificante,
forjen a fuego las de los ilusos
aventureros en desbande.
Asperidad de espíritu.
Asperidad de cotas y sayales.

Los "Caballeros de la Entrada",
los peruleros capitanes,
los "Marañones" y los "Césares"
de obstinación indoblegable,
acometen acciones insensatas
de insólitos percances,
para trocar un día
el guantelete por el guante,
hacer miniar mayúsculas de código,
empenachadas iniciales,

en las rescriptas nobiliarias
o en los exergos rimbombantes,
y exornar los heráldicos escudos
con angeles, jaqueles y losanjes,
entre frondosos lambrequines
y sobre fieros símbolos rampantes:
ejecutorias de hidalguía
que serán patrimonio de holgazanes.

Jornadas sin reposo y sin camino,
etapas de odisea interminables,
peripecias que lindan con la hipérbole,
con las más temerarias realidades,
que instigaron tal vez al unigénito
de don Miguel Cervantes,
a ejercitar hazañas estupendas
en su marcial peregrinaje.
Sublimes hechos que empolvados duermen
en archivos de anales coloniales.

Frustradas tentativas al principio,
contiendas que el demonio pone en jaque,
cuando dirimen a estocadas
sus ambiciones los compadres:
conspiraciones, conciliábulo
de los perabazanes,
y el dorado fantasma que se aleja
cada vez más de sus afanes,
igual que el mito de las amazonas
que dió su nombre al líquido gigante.

Después, el predominio
de la energía en prodigioso alarde:
frente al Pactolo, el Potosí de argento
que en esplendor como su nombre vale,
y el soñado jardín de las Hespérides
en las bajas llanuras orientales:
el Candire, por fin, el gran Paititi,
el imperio de Enim tras los Xarayes.
Campos de Grigotá, cacique máximo,
extensos y feraces;
de Grigotá como Thogorma, el bíblico
príncipe de Tubal, indomeñable.

PAISAJE

.....

Chaco de los contrastes bruscos, Chaco
en donde sólo impera lo imprevisto:
inhóspita comarca, que parece
consagrada a los númenes fatídicos.

Visiones mórbidas, paisajes
de pesadilla foscas, terroríficos,
en los que alternativamente
el desierto y el bosque están contiguos,
crujientes arenales,
suelos estériles de nitró,
calcinadas llanuras
con resoles fulmíneos,
o inmensas extensiones
de cenagosas aguas sin declivio:
estagnación pluvial de los esteros
de hálito mefítico,
emanación palustre
ligeramente coloreada de jacinto.

Mato de ramazones espinosas
y chatas, troncos revestidos
con pieles de batracio y paquidermo,
grupos exóticos, plumizos,
grupos indescriptibles
de árboles artríticos.
Gigantes de madera empedernida
torcidos, retorcidos,
que están como animados
por el temblor febril del paludismo.

Rezuman zumos de letargia
o de ponzoña los mucílagos.
Se arrastran las raíces
en una absurda trabazón de ofidios:
culebrean, se crispan, se distienden,
a flor de tierra buscan líquido.
Agudas y retráctiles antenas;
puntiagudos hocicos
en lucha por la vida con las armas
del pulpo y del vampiro.

Garras de los *garranchos* que rasguñan
a los que van en pos de un escondrijo.

Albas de plombagina; mediodías
de opaca refulgencia de oro antiguo,
y cielos en los cuales
rabiosamente brilla el sol de estío;
hepáticas auroras,
crepúsculos de minio.

lunas de múrice que vagan
en una atmósfera de limbo
de una traslucidez de fuego lácteo:
de ópalo y absintio.

Temperatura cambiadiza: vahos tórridos
tras la embestida del surazo frígido,
y torrenciales lluvias y sequías
contra las cuales no hay cobijo.

¡Todo tan anormal, todo tan lúgubre,
y todo tan distante y tan distinto...!

EVOCACIÓN

Villa Imperial de Carlos V,
la de leyendas peregrinas...

El sol ilustra las famosas
magnificencias potosinas.
Moscas de argento, las estrellas
decoran noches cristalinas,
y ostentan diminutas
mariposas de luz las hornacinas.

Mientras seides del Santo Oficio
cruzan, de ronda, las esquinas,
espadachines y tahures
arman juergas y tremolinas;
encapuchados y tapadas
sostienen charlas clandestinas,
y "vascongados" y "vicuñas"
dirimen clásicas inquinas.

El viento asalta a tajos de hielo
las callejuelas serpentinas.

El viento, como un condenado,
se revuelca en las bocaminas.

En los zaguanes, con el viento,
se cuelan las celestinas.

Lleva un monje la calavera
del rival en las manos finas.

VALLE

Lejano runruneo de colmenas,
trinos, arrullos, aura en la espesura,
voces de la montaña y la llanura,
oye el indio al volver de sus faenas.

Para ponerles música a sus penas,
asiduamente afánase Natura...
Charangos en delirio de ternura
y en entrecorte de sollozos, quenás.

Fru-fru de espigas o bramar de abismo
hay en esa tonada tornadiza
de idilio y de elegía a un tiempo mismo.

Amor feliz o amor sin esperanza,
en las quenás la fuente gargariza,
y el aguacero en los charangos danza.

CIUDAD ABIERTA

Ciudad tendida sobre el yermo, austera,
en la que viera Castro de Padilla,
cual don Quijote en tierras de Castilla,
la glorificación de su quimera.

¡Cómo al viajero obsedes, altanera
villa de San Felipe de Austria, villa
en la cual el pasado se encastilla
y el progreso, entre rieles, se acelera!

Eres el horizonte ilimitado.
Eres como tu nombre, igual de un lado
que del otro, destino sin distancia...

Dispersión de caminos al futuro
son los cerebros que te dan prestancia
y tus entrañas de metal, Oruro.

CONQUISTADOR Y FUNDADOR

Nuflo de Chávez, capitán, tu gloria
resplandece lo mismo que tu espada,
cuando alcanzó, jornada tras jornada,
por tierras del Paititi la victoria.

Tu aventura en su inmensa trayectoria
por la fecunda tierra ambicionada,
margina con fulgores de alborada
la más grande odisea de la Historia.

Santa Cruz de la Sierra que es hoy día,
como antaño, solar de la hidalguía,
celebra en epinicios tu memoria.

La ciudad seguirá tu derrotero,
cuando una doble rúbrica de acero
le refrende su limpia ejecutoria.

DULCE ET DECORUM EST PRO PATRIA MORI

Aquí yacen los héroes, las egidas;
inerte pueblo en épicas jornadas;
mujeres desafiando a las espadas
entre una ardiente floración de heridas.

Pan con sabor a lágrimas sorbidas,
y noches por la angustia estranguladas.
Niños contra soldados, a pedradas
defendiendo su vida... y otras vidas.

Tan excelsas figuras de epinicio,
no requieren, Jesús, misericordia;
pues como tú —perdón y sacrificio—,

nos redimieron de oprobiosos amos,
para que "los discordes, en concordia,
en paz y amor", a tu piedad volvámos.

ÍNDICE

DEL LIBRO
EL COFRE DE PSIQUIS

	Pág.
Loa al rey de las quimeras	9
La llama	10
Epitalamio	11
La cabeza del precursor	12
Decadencia	13
Lucrecia Borgia	14
Aquellas noches	15
No analices, poeta	16
Cronos	17
Panteísmo	18
A un cadáver	19
Conformidad	20
Envío	21
El envidioso	22

DEL LIBRO
HORAS TURBIAS

Voces de la fiebre	25
Incertidumbre	28
¿Cuándo?	29
Retratos antiguos	30
Pubertad	31
Viaje	32
Cisnes y cuervos	33
Imposible	47

DEL LIBRO
PRISMA

Kempis	51
Omar Kheyyam	57

Al caminante	63
Antifaz	68
Yo	85

DEL LIBRO DE ANTIFAZ

To be or not to be	93
Arcanidad	99
Neurosis	100
Madurez	103
Poker	104
Titeres	105
Monotonía	108
Farándula	110
Vagabundeo	113
Convalecencia	115
Llanto y lluvia	117
Velatorio	118
Final de fiesta en Otoño	119
El molino	121
Orfandad	125
Fatalidad	126

DEL LIBRO ETERNO FEMENINO

Amor	
I.—Pantheo, encarnación del Universo	135
II.—Aire de amanecer de Primavera	136
III.—Fuego de meridiano en el Verano	137
IV.—Agua en Otoño que el ocaso enciende	138
V.—Tierra en Invierno ante el eterno enigma	139
VI.—Jaculatoria al Sagitario	140
Pagana	141
Venus	142
Princesa	144
Oaristis	146
Anheló	148
Exaltación	149
Lunas	150
Ansiedad	151
Así hablaba Zaratustra	154
Menta	155

DEL LIBRO BURBUJAS

I.—Para el ensoñador meditabundo	163
II.—Hay algo de risible y de macabro	167
III.—Las cosas de muy cerca, ve muy lejos	168
IV.—Jamás me fascinó la fantasía	171
V.—Por la soberbia del Frenético	176
VI.—La campana llama a misa	177

DEL LIBRO NATURALEZA Y ALMA

El caballero de la mano en el pecho	183
Ricardo Jaimes Freyre	184
Epístola	190
Busto	196

DEL LIBRO HOMENAJES

A Maritza Tardío Zegarra	199
Versalles ilusorio	206

DEL LIBRO HOGAR

Sugestión marina	209
Perennidad	213

DEL LIBRO CAMINOS DE LOCURA

Don Miguel de Unamuno	221
Agmar	232
Miserere	242

DEL LIBRO REDENCIÓN

Gesta	249
Logos	265

Pan Theos	Pág. 266
Conquista	267
Coloniaje	274

DEL LIBRO PENTAPOLIS

Dementia	283
Augurios	286
Futuro	296

DE LOS LIBROS SUCRE, ILLIMANI, TUNARI, BENI, SANGRE Y SED, ARCO IRIS

Gran Mariscal de Ayacucho	307
Nostalgia	319
En paz y amor	322
Confesión	323
Consuelo	330
Génesis	331
El aire	335
Flora	337
Conquista	345
Paisaje	355
Evocación	358
Valle	360
Ciudad abierta	361
Conquistador y fundador	362
Dulce et decorum est pro patria movi	363

JUICIOS CRÍTICOS

En Reynolds seguramente culmina, acaso para concluir, el gran ciclo renovista que iniciaron y sostuvieron con tan lírica fortuna Darío, James Freyre, Chocano, Nervo.—FEDERICO MORE.

Reynolds es de la estirpe de James Joyce y Marcel Proust un radiólogo de su alma y de sus pasiones.—RAÚL BOTELHO GOSALVEZ.

Consideramos a Reynolds como uno de los altos valores literarios de la América del Sur. Gran artífice de la rima, es al mismo tiempo hombre de pensamientos profundos.—PEDRO GONZÁLEZ BLANCO.

Más que boliviano es éste un poeta de todas las latitudes, como todos los grandes poetas.—MARIO NERVAL.

Gregorio Reynolds es en la América hispana un insigne artífice del soneto. En este difícil género de poesía hay quienes le igualen en el Continente. Alguien que le supere, no.—RICARDO SÁNCHEZ RAMÍREZ.

Gregorio Reynolds es considerado por muchos como el más grande poeta de Bolivia, y por todos como una de las figuras culminantes de la poesía americana.—CARLOS RAYGADA.

Quiero decir loores de Gregorio Reynolds, ministro que fué de Bolivia, su patria, en Río de Janeiro; del poeta diplomático que acertó a cumplir, como pocos, una altísima misión de acercamiento continental, por donde no sólo Brasil y Bolivia le quedan de hoy más herederas, sino todas las naciones de nuestra común América.—ARTURO CAPDEVILA.

Oserai-je affirmer que Mallarmé et Paul Valéry ont une influence en Amérique latine? Les œuvres du poète bolivien Gregorio Reynolds sembleraient tout au moins l'indiquer.—ADOLFO COSTA DU RELS.

Es, entre los poetas de la generación que sigue a la de Ricardo Jaimes Freyre, el de personalidad más formada y completa.—ENRIQUE DÍEZ CANEDO.

Gregorio Reynolds, insigne poeta.—JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Glorioso poeta didascálico, el único poeta épico de Bolivia, autor de tantos poemas en que la historia de su país ha adquirido la perennidad del bronce y la gracia dórica del mármol.—GAMALIEL CHURATA.

C'est, par contre, un jeune classique que M. Gregorio Reynolds dont le livre "El cofre de Psiquis" contient quelques magnifiques sonnets. Leur grace surprend en Amérique, ou Ruben Dario et Valencia exceptis, le parnasse n'a pas eu de tres bon élèves.—VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

Gregorio Reynolds representa en el Brasil no sólo a su gran país boliviano en cuanto nación política, sino, principalmente, como poesía e intelectualidad americanas.—LUISA LUISI.

Los sonetos de Reynolds son, en su mayoría, de factura brillante y sabia. Los hay gloriosamente bellos y, por fin, tiene algunos que tocan a la cima de la perfección.—AURELIO MARTÍNEZ MUTIS.

Grande, peregrino poeta es Reynolds.—AMADO NERVO.

Em Gregorio Reynolds a poesia americana se afirma como num deslumbramento. Todos os metros, todas as cordas vibram nas suas Estrophes plenas de magia e de docura comunicativa.—CECILIA MEIRELLES.

Se revela, al fin, en "Horas Turbias", a la vuelta de no sé qué misteriosas tormentas, la verdadera y genuina personalidad de Reynolds, el irónico dentro del lírico.—VÍCTOR DOMINGO SILVA.

Poete transcendental et mondial, a la vision large et tourmentee, sa pensée ne pourrait contenir dans les limites d'une patrie ou d'une Continent. Pour se rendre compte de la grande valeur de ce poète, il est nécessaire de lire son œuvre, œuvre d'émotion, de douleur, de tremblante inquietude, mais aussi quelque fois œuvre pleine d'esprit, de ironie et toujours penetrante et originale. C'est encore le grand poète qui a sondé le chair et l'ame de l'homme de tous les temps, et pour le quel rien n'est inconnu.—ARMANDO SOLANO.

Los versos de Gregorio Reynolds —oro y acero— recuerdan los damasquinados de Toledo.—FRANCISCO VILLAESPEA.

Para él (Reynolds) como para Wagner, la orquesta es mezuquina para interpretar su torrente lírico.—MANUEL FRONTAURA ARGANDOÑA.

FINES DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA "SIMÓN I. PATIÑO"

La Fundación reconoce que el futuro de Bolivia, su estabilidad institucional, la reintegración de su soberanía marítima y su prosperidad, descansan virtualmente en la capacidad cívica de sus dirigentes y conductores. Persigue por ello el progreso moral y mental de las nuevas generaciones de universitarios, responsables de ese futuro, inspirándoles el amor al trabajo y el respeto a la ley, como deberes ineludibles con la Patria.

Dentro de tal principio son sus fines:

- a) Prestar ayuda económica a los estudiantes sin recursos suficientes, que por sus condiciones de moralidad y capacidad se hagan acreedores al apoyo de la Fundación. Esta ayuda económica por principio de dignidad personal y de solidaridad, constituye un "préstamo de honor" que los beneficiarios se obligarán a reembolsar a la Fundación cuando comiencen a obtener beneficios con el ejercicio de su profesión o antes si se hubiera modificado su situación económica.
- b) Contratar profesores y maestros en el extranjero, sobre determinados ramos técnicos.
- c) Promover el intercambio de profesores y alumnos entre los distintos distritos universitarios de Bolivia.
- d) Adquirir para los laboratorios y bibliotecas de las Universidades, Institutos y Escuelas Normales aparatos científicos y libros.
- e) Cooperar al establecimiento de institutos técnicos, industriales, mineros y agrícolas.
- f) Estimular el perfeccionamiento profesional de profesores nacionales de capacidad sobresaliente.
- g) Fomentar la publicación de libros y textos de excepcional interés nacional.